
El insigne poeta Antonio Machado entra en la Academia Española

A propuesta de los Sres. Martínez Ruiz, León y Palacio Valdés, fué presentada á la Academia Española la candidatura del insigne poeta Antonio Machado para ocupar la vacante producida por el fallecimiento de D. Miguel Echegaray. Esta candidatura ha triunfado, y el autor de *Campos de Castilla* es académico á estas horas.

Con Antonio Machado entra en la Academia un gran poeta, noble, sincero, profundo y racialmente español: un poeta que lo ha sacrificado todo á la independencia y á la alcurnia espirituales, y ha hecho poesía tan sólo por el placer de sentirla y guardarla como un aroma del alma en la ferma perdurable de sus versos.

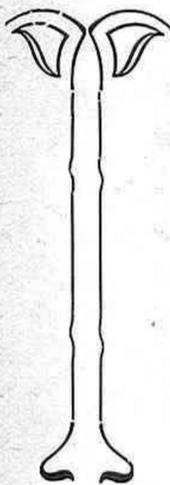
ANTONIO
MACHADO



Machado no quiso profanar jamás su inspiración, haciendo de ella mercado; por eso ha vivido pobremente, de su cátedra, y ha escrito muy poco: tan sólo aquello que en alma y conciencia creyó deber escribir.

Soledades, Campos de Castilla, Nuevas Canciones, Canciones y Dedicatorias, Galerías y Otros poemas, son los volúmenes de versos publicados por el gran poeta, y cuyas ediciones están agotadas.

¿Por qué no se aprovecha esta ocasión del ingreso de Machado en la Academia para ofrecerle, como homenaje, una reimpresión de sus versos admirables en edición digna de ellos?



CÁMARA-FID

VIAJE

Ya en los campos de Jaén
 amanece. Corre el tren
 por sus brillantes rieles,
 devorando matorrales,
 alcaceles,
 terraplenes, pedregales,
 olivares, caseríos,
 praderas y cardizales,
 montes y valles sombríos.
 Tras la turbia ventanilla
 pasa la devanadera
 del campo de primavera.

La luz en el techo brilla
 de mi vagón de tercera.

Entre nubarrones blancos,
 oro y grana.

La niebla de la mañana
 va huyendo por los barrancos.
 ¡Este insomne sueño mío!
 ¡Este frío
 de un amanecer en vela!...

Resonante,
 jadeante,
 marcha el tren. El campo vuela.

Enfrente de mí, un señor
 sobre su manta dormido;
 un fraile y un cazador,
 el perro á sus pies tendido.

Yo contemplo mi equipaje,
 mi viejo saco de cuero,
 y recuerdo otro viaje
 hacia las tierras del Duero.
 Otro viaje de ayer
 por la tierra castellana...

¡Pinos del amanecer
 entre Almazán y Quintana!...

¡Y alegría
 de un viajar en compañía!

¡Y la unión
 que ha roto la muerte un día!

¡Mano fría
 que aprietas mi corazón!

Tren, camina, silba, humea;
 acarrea
 tu ejército de vagones;
 ajetrea
 maletas y corazones.

Soledad,
 sequedad.
 Tan pobre me estoy quedando,
 que ya ni siquiera estoy
 conmigo, ni sé si voy
 conmigo á solas viajando.



VEJOS

ANTONIO

MACADO



RETRATO

Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla
 y un huerto claro donde madura el limonero;
 mi juventud, veinte años en tierra de Castilla;
 mi historia, algunos casos que recordar no quiero.

Ni un seductor Mañara ni un Bradomín he sido
 —ya conocéis mi torpe aliño indumentario—
 mas recibí la flecha que me asignó Cupido,
 y amé cuanto ellas pueden tener de hospitalario.

Hay en mis venas gotas de sangre jacobina;
 pero mi verso brota de manantial sereno;
 y, más que un hombre al uso que sabe su doctrina,
 soy, en el buen sentido de la palabra, bueno.

Adoro la hermosura, y en la moderna estética
 corté las viejas rosas del huerto de Ronsard;
 mas no amo los afeites de la actual cosmética,
 ni soy un ave de esas del nuevo gay-trinar.

Desdeño las romanzas de los tenores huecos
 y el coro de los grillos que cantan á la Luna.
 A distinguir me paro las voces de los ecos,
 y escucho solamente, entre las voces, una.

¿Soy clásico ó romántico? No sé. Dejar quisiera
 mi verso como deja el capitán su espada,
 famosa por la mano viril que la blandiera,
 no por el docto oficio del forjador preciada.

Converso con el hombre que siempre va conmigo
 —quien habla solo, espera hablar á Dios un día—;
 mi soliloquio es plática con este buen amigo
 que me enseñó el secreto de la filantropía.

Y al cabo, nada os debo; debéisme cuanto he escrito.
 A mi trabajo acudo; con mi dinero pago
 el traje que me cubre y la mansión que habito,
 el pan que me alimenta y el lecho en donde yago.

Y cuando llegue el día del último viaje,
 y esté al partir la nave que nunca ha de tornar,
 me encontraréis á bordo ligero de equipaje,
 casi desnudo, como los hijos de la mar.

—AR 1870



PROYECCIONES ACTUALES

La conferencia que no dió «Azorín»

«Ahí está un señor que dice que es "Azorín"».—El vehículo del hombre.—La obsesión del fotógrafo y de la actitudes.—El magnesio conciencia.—«Señoras y señores»...—Un auditorio superrealista.—«Azorín» actor y «Azorín» autor.—Ahí queda eso...

Dos actitudes de «Azorín» durante su conferencia en «La Nación»

A

IRE DE FÁBULA

Este fué un hombre que habitaba en un aposento todo de vidrio. Su imagen física, sus ideas después, eternamente reflejadas y eternamente devueltas de uno á otro cristal, le persuadieron de sí mismo, más tarde de los otros. Creyóse la mentira del reflejo, y un día febril, por un olvidado poso de juventud que le brotaba en el espíritu, lanzóse fuera del aposento. Se hizo á la voluptuosidad de que las restantes cosas del mundo eran igualmente del propio vidrio, y que su imagen, sus ideas mudaban de emplazamiento, mas no de cristal. En las pisadas iniciales, la refracción, aun reciente, seguía mintiéndole; forzó la marcha ilusionado, caminó con prisa; pero muy en breve aquella andadura reposada y grave, del primer empujón fué menguando. Los ojos, ya perseguidos por otra luz distinta y por un aire libre y un sol sin tamiz, acobardaron al caminante: no veía ya su rostro ni reflejado el juego de sus ideas. *Azorín* no se encontraba, *Azorín* se desorientó. Estamos en el *Azorín de Brandy, mucho brandy*, que fué, al principio de este torpe vagar, el *Azorín de Old Spain*.

UNA PELÍCULA INTELLECTUAL

Los grandes animadores de la escena exótica creen que muy pronto se podrán hacer películas «cerebrales». Un dispositivo de sensibilidad magnética, aplicado sobre la frente del escritor, recogerá el pensamiento de una obra futura desde el crítico é ignoto segundo de producirse la idea hasta el de la plasmación total, matiz por matiz, volición por volición. Si hoy fuese ya posible esto, *Azorín* nos habría regalado una gran película.

Su obra en el libro, su desdén por el teatro, su cariño apasionado por este «arte inferior», *Old Spain*, la campaña contra la crítica, *Brandy, mucho brandy*, y su fracasada conferencia, estas mutaciones, con ritmo de aventura, en un espíritu tan equilibrado, tan tradicionalista como el de *Azorín*, es un jugoso argumento para un film intelectual. ¿Qué tragedia soliviantó así su ánimo? Pocos escritores más realistas, en la noble acepción del adjetivo, que *Azorín*; buche á buche paladeó la vida; su labor está formada del pequeño latido de las cosas.

AYER Y HOY

El tenía una casa ancha y baja con huerto frente á un encinar, en la diminuta parte montuosa de Levante: por Sax, por Petrel, por Elda. Una casa limpia de cal, con un tejado rojo por cresta; ante el portón, un roel de guijos—*stadium* de grama para el sol, que descende de unos álamos—es alcatifa de un cuadrado de sombra húmeda é íntima. El claroscuro, que á veces se inflama de luz por la perfidia de los árboles, destaca sobre la aguadera de pino la panza de unas orzas con el dosel de la leja cargada de cristalería. La casa tan muellemente se rodea de paz, que el reposo se antoja un maleficio.

La vida es de dentro afuera; desde aquí, desde tan hipotético punto, *Azorín*, cada aurora, salía en busca de su realismo. Y en la piel del paisaje hallaba su cosecha. Un buen día trastrocó su técnica. Era el mundo y era su ritmo el que había de salvar su portón, hundirse en su sombra húmeda é íntima...

Estamos, pues, ante el superrealismo de sus comedias y el más pintoresco de su charla.

LA PARADOJA DEL FILÓSOFO

En su aposento de vidrio, *Azorín* rehuía siempre al público; su público era él; le bastaba, é imaginóse que al salir de su retiro el milagro seguiría. Fresca se halla la memoria del estreno de *Brandy*, y más fresca aún la de su charla *post-brandy*. La muchedumbre, espejo del superrealismo, no se encontró. Nadie fué al teatro, y su conferencia, al clausurarse éste, hubo de pronunciarla desde las páginas de *La Nación*. ¿Cómo?

LA CONFERENCIA

Un día de Marzo gris. Un fino orvallo enceniza la luz y convierte el barro en charol. Las cuatro de la tarde. A esa hora, en un diario de la noche, la rotativa hace la digestión de las ediciones de provincias. Su zumbido monocorde es tomada de siesta. Desde el vestíbulo á la redacción todo dormita. Y hay unos redactores que odian el teléfono y fuman y escriben, y unos ordenanzas que imitan á Buda en el *hall*. Un timbre, con su calambre de urgencia, levanta, muy de vez en vez, pesadamente á los mandaderos... Es que á algún redactor se le ha ocurrido tomar café... El edificio de *La Nación*, de Madrid, está enclavado en una calle recóndita, cerca de la Castellana. No se pasa por allí; hay que ir allí determinadamente. La menuda crónica del callejón recogerá emocionada este hecho insignificante: el miércoles 23 de Marzo de 1927, á las cuatro de la tarde, un *taxi* de «cuarenta» desembocó y paróse en el número tres. De este *taxi* bajó un hombre y un paraguas negro; ese hombre era *Azorín*. Pagó, oteó la calle unos instantes, vaciló algo y hundióse, á la postre, en el portal. No tomó la escalera con premura; en los escalones iniciales se detuvo; miró y remiró el decorado... Dijérase por el gesto que, al aire de un local desconocido, su instinto se empinaba interrogante. Por fin sube, y sin percatarse tropieza con una pregunta y con un portero.

—Ahora no está el director.

—No le hace. Anúncieme. Soy el Sr. Martínez Ruiz.

—¡Ah! ¿Usted es *Azorín*?

El «maestro» queda solo y sonríe, gustando el éxito menudo de popularidad.

El ordenanza, frente á Delgado Barreto, ha dicho, un poco incrédulo:

—Ahí está un señor que dice que es *Azorín*...

Y *Azorín*, que aguardaba con simpatía la vuelta del fámulo, oye crujidos de pasos, voces imperativas, y de repente le rodean tres, cuatro, cinco, seis personas.

—Por aquí, maestro, por aquí.

Todos le conducen. Alguien le despoja del gabán, alguien del paraguas, alguien del sombrero. Sin enterarse se encuentra en un despacho en *tenue* de orador. *Azorín* se refugia tras una mesa. Su semblante, de arriba abajo, tiene ese goloso hermetismo á la vez que esa frialdad de la naranja. *Azorín* se ve atendido, asediado, y se concentra más. Seguramente querría ser amable, pero no puede. Seis presentaciones concluyen por recluirle en una sonrisa fatigada. Responde con monosílabos. Sus dedos impacientes persiguen hilachos invisibles en el traje.

—¿Dónde está el fotógrafo?—inquire *Azorín*.

La decisión del *maestro* es tan clarísima, que acaba con el protocolo.

Primera *pose*: un grupo. El fognazo del magnesio lo disuelve. Segunda *pose*: *Azorín*, delante de un *bureau*, extiende la mano izquierda en actitud muy Maura ó muy de jugador de bolos... Alguien le pide una postura pensando en los críticos; sonríe *Azorín* y modifica la posición del brazo con un ademán vencido. Pero el magnesio no funciona; los fognazos no consiguen la expansión precisa. Otra vez *Azorín* se pone triste y algo rojo. Se percata del agrio camino de la popularidad. Ante el «tribuno» no ruge una multitud loca en la ira ó en el entusiasmo. Seis periodistas contemplan curiosamente la farsa. Pero *Azorín* es hombre terco, y sigue. Todavía no se arregla el magnesio; parece una conciencia vidriosa.

—Recordaré toda la vida—dice *Azorín*, chapoteando en el bochorno de un largo silencio—que Pradera se retrató así una vez en la terraza de un casino...

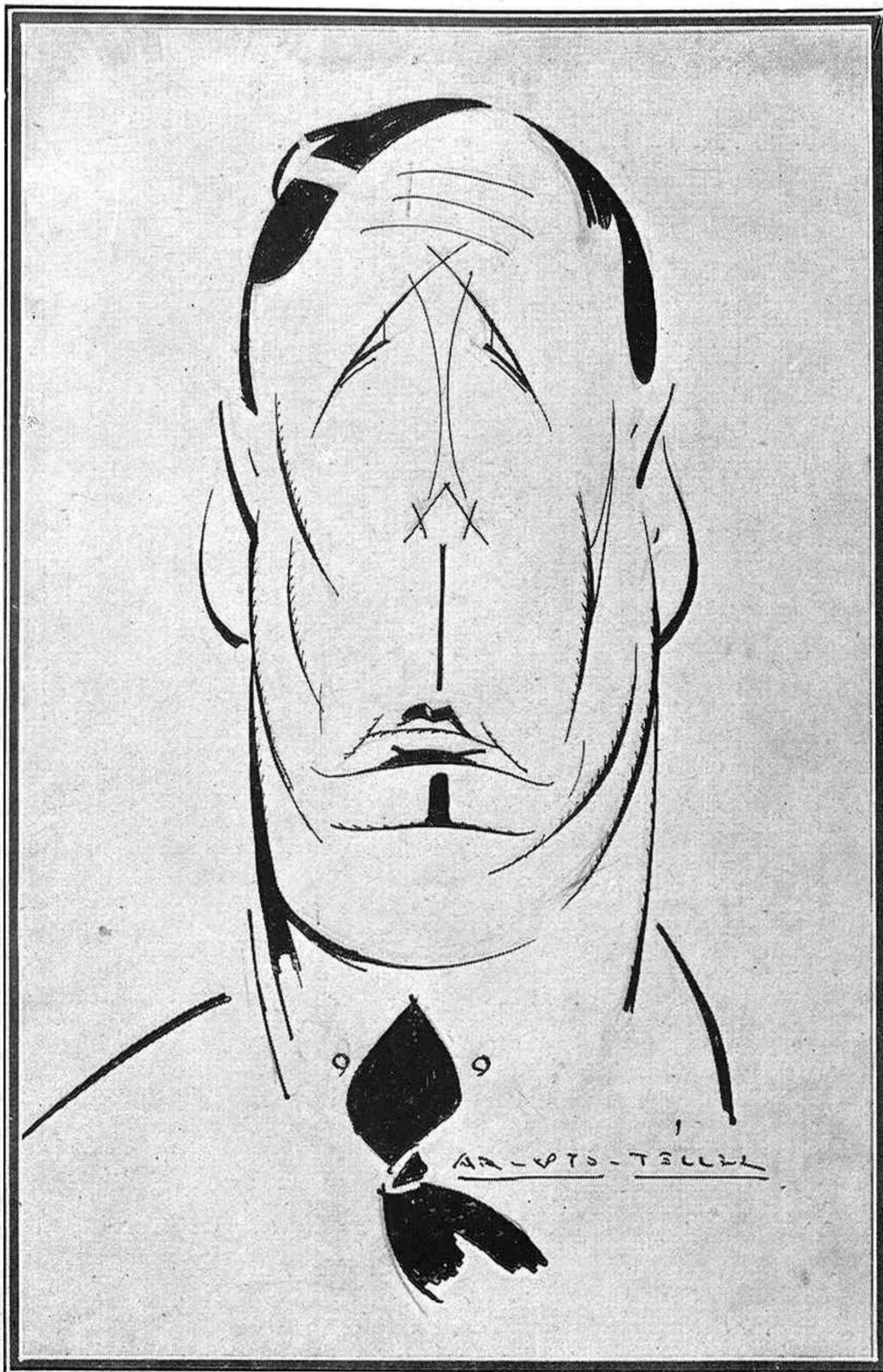
¡¡¡Paff!!! El magnesio, al fin, cumplió. Y *Azorín* cercena con avaricia su recuerdo.

—Ahora hablaré como si hubiese público—dice á Delgado Barreto.

Todos se han marchado, y, pese á esa evocación del auditorio, se ve que *Azorín*, ante los taquígrafos, sin más espectadores, se halla muy bien. Sin otros rodeos, *Azorín* saca una tarjeta de visita con unas anotaciones en lápiz, y en voz mediada dice á la par que pasea:

—Señoras y señores...

«Azorín»
visto
por
Aristo
Téllez



Pausa, un trago de agua y un carraspeo concienzudo.

—No una conferencia doctoral, ¡Dios me libre!...

Ya se lanzó. Su diestra se afincó en la barbata; con la otra mano, libre ya de las anotaciones, estruja un pañuelo. En un tono uniforme habla, habla y habla. ¿Recita? ¿Improvisa? Más bien lo primero... Sus ojillos relucen tardíamente. La mirada brinca de un sillón á un armario, de un «fin de raza» á un búcaro, inquiriendo de las cosas. ¿Por qué cuando se habla las palabras no tienen más terminaciones que en on, en aba ó en ia?

¡Qué río tan largo es este que atraviesa *Azorín*! Mas pronto el sonsonete fatal de las frases se atenúa, muere. Canta el hechizo de París bajo el pavor en una soleada primavera. El hotel que hospedara á Isabel II en el destierro, el Sena, los libros viejos...

Pero pronto también vuelve al realismo y al superrealismo y á los on, á los aba, á los ia. Y, por consecuencia, á las actitudes: cruces de dedos, tirones de barbilla, laxitud de brazos.

Es el *Azorín* actor de hoy y el *Azorín* autor de ayer que luchan. La verdad de *Los Pueblos* enfrentada con el histrionismo superrealista. Transcurre una hora. Sigue el orador fluyente y gris. Quince minutos más.

—No quiero cansaros, porque ahora, dentro de unos instantes, veréis á esos personajes de *Brandy* que evoqué hace rato...

Y de repente, con la misma media voz que

empezara, rubrica el «he dicho»... Ni un grito, ni un estridor. Una admirable conferencia para enfermos del sistema nervioso.

Y apresurado, con el mismo desasosiego que entrara, busca el gabán, el sombrero y el paraguas... La frialdad crece. *Azorín* reconoce sus prendas al ponérselas, se prepara y saluda. Alguien le señala la conveniencia de corregir las cuartillas de los taquígrafos.

—No; ya para qué... Ustedes mismos...

Pasa rápido *Azorín* entre la ceremonia de porteros con el cuello del gabán alzado. Sin vacilaciones irrumpe en la calle y desaparece en la sombra del anochecer.

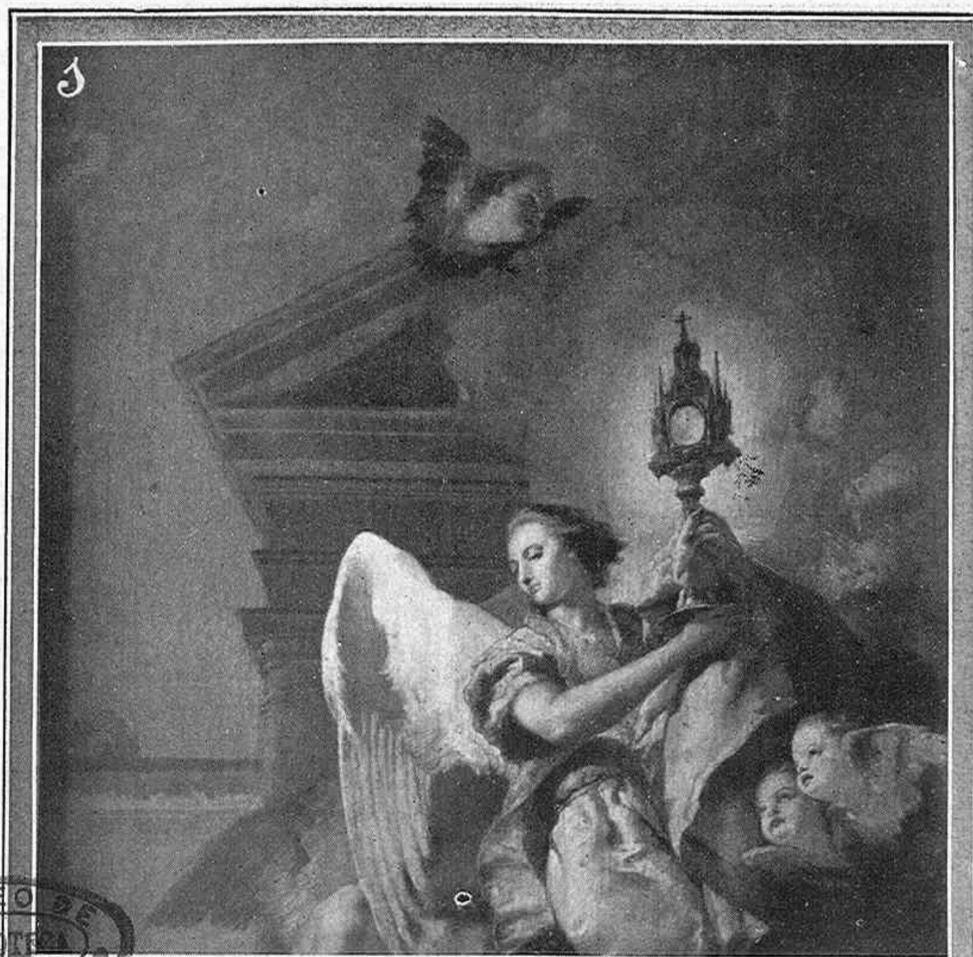
La redacción vibra ahora ante la inminencia de las ediciones de Madrid; el nombre de *Azorín* surge en controversia entre despachos de Fabra, montones de periódicos provincianos y alarmas del teléfono... Ya dió su conferencia *Azorín*.

Su persona, sus palabras pasaron sin releje sobre la sensibilidad de unos periodistas jóvenes é iconoclastas...

Fué nuestro desencanto igual al del niño que á prima tarde compra una naranja en el parque, juega al sol con su globo de zumo, ya le tomó cariño, y aun cuando la tarde y el juego acaban, no se decide á comer la naranja. Vuelve á la ciudad, y en descuido, dejándole en las manos una estela fría, la naranja se le cae, la ve huir entre sombras, entre coches, y de pronto el fruto dorado y querido se hunde por el escotillón de una alcantarilla...

FRANCISCO LUCIENTES

*El Museo del Prado
se enriquece
con cinco nuevos cuadros
legados por
D. Luis de Errazu*



EL LEGADO ERRAZU

- 1.—El cuadro de Tiepolo que de antiguo figuraba en la soberbia colección del Prado y que se completa con el nuevo Tiepolo legado al Museo por el Sr. Errazu
2.—El Tiepolo que representa á San Pascual Bailón adorando al Sacramento, y que forma parte del legado Errazu donado al Museo (Fots. Cortés)

3.—Grabado antiguo en el que aparece, completo, el proyecto de cuadro de Tiepolo. Este grabado acompaña al cuadro legado por el Sr. Errazu al Museo del Prado (Fot. Cortés)

DON Luis de Errazu, patrono que fué del Museo del Prado, legó á este Museo una colección de cinco cuadros magníficos, que acaban de ingresar en las salas de nuestra pinacoteca nacional.

Constituyen esta colección los lienzos siguientes:

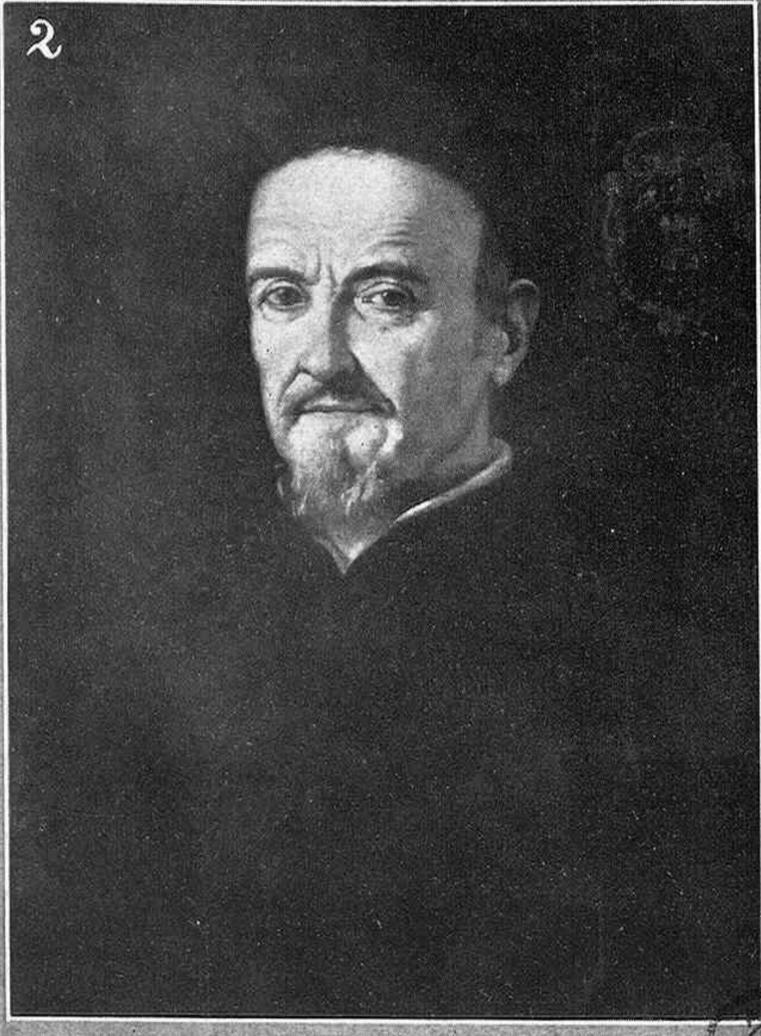
Un Greco, que representa á un caballero santiaquista arrodillado; un Tiepolo, que sirve de complemento á otro existente de antiguo en el Museo; dos retratos de damas, atribuido uno á la famosa Angélica Kauffmann, y original el otro de John Hoptner; y, por último, un retrato de eclesiástico, notable obra de escuela italiana.

Estos cuadros se hallan reunidos temporalmente en una sala del Museo para que puedan ser contemplados por el público antes de la distribución del legado en los grupos correspondientes á cada obra.

ATENEUM DE
BIBLIOTECA
MADRID



Julian Romero,
el de las Azañas N.
de Antequera Com.
en la Or. de S. Tiago
M. de Campo el
mas famoso de los
E. exercitos de Italia
y Flandes de cujos
hechos Gloriosos
estan llenas las
Historias.



MUSEO DE
BIBLIOTECA
MADRID



ANGELICA KAUFFMANN
1741 y. 1807
RETRATO

EL LEGADO ERRAZU

- 1.—Retrato del caballero santiaguista Julián Romero, el de las Azañas, por El Greco
- 2.—Retrato de un eclesiástico, que se supone ser Inocencio X antes de ser Papa
- 3.—Retrato de una dama, por John Hoptner, primer ejemplar de la escuela inglesa que entra en el catálogo del Prado
- 4.—Retrato, por Angélica Kauffmann, único lienzo de esta pintora famosa que existe en el Museo (Fots. Cortés)



El homenajeado Sr. Lafarga, teniendo a su derecha al decano honorario del Ilustre Colegio de Procuradores de Bilbao, D. Ricardo de Arana; a la izquierda, al decano, D. Mariano de Aróstegui, y rodeado de otros

miembros del Colegio, del presidente y vicepresidente de la Asociación General de Empleados de Oficina de Vizcaya, Sres. Amézaga y Gutiérrez, y de otros concurrentes al acto de la entrega del álbum (Fot. Espiga)

EN HONOR DE UN ILUSTRE * PERIODISTA BILBAÍNO *

EN el Colegio de Procuradores de Bilbao tuvo lugar un acto altamente simpático y cordial, llevado a cabo para rendir justísimo homenaje al ilustre periodista D. Saturnino Lafarga y Freixa, director del diario bilbaíno *La Tarde*.

El Sr. Lafarga celebra, al cabo de veinticinco años de labor ejemplar, sus bodas de plata con la Prensa. Tal ocasión ha permitido a la población bilbaína, entre la que el director de *La Tarde* cuenta con unánimes simpatías y admiraciones, exteriorizar estos sentimientos ofreciendo valioso testimonio de ellos al Sr. Lafarga.

La iniciativa de este homenaje fué tomada por el diario *Euzkadi*, y adoptada con entusiasmo por los demás periódicos bilbaínos: *El Pueblo Vasco*, *El Nervión*, *Excelsior*...

Por otra parte, y fuera del sector de Prensa, muchas entidades y agrupaciones hicieron suya la idea y se sumaron al acto, destacándose entre ellas la Asociación General de Empleados de Oficina de Vizcaya, de la cual es el Sr. Lafarga uno de los fundadores; la Colonia Aragonesa que preside el director de *La Tarde*, los abogados y procuradores de los Colegios de Bilbao, con los que, en los diversos cargos judiciales ejercidos por el Sr. Lafarga, mantuvo éste las más cordiales relaciones siempre, así como numerosísimas personas de todas las clases sociales: banqueros, negociantes, ingenieros, médicos, obreros, etc., etc.



Cubierta del artístico álbum ofrecido al Sr. Lafarga en el acto del homenaje organizado en honor del gran periodista. En este álbum, obra de D. Félix Agüero, han sido recogidas centenares de firmas de los amigos y admiradores del Sr. Lafarga



DON SATURNINO LAFARGA
Ilustre periodista bilbaíno, director de «La Tarde»

Homenaje de Bilbao al director de «La Tarde», D. Saturnino * Lafarga y Freixa *

El director de *La Tarde*, dando ejemplo de modestia poco frecuente, rehuyó el acto ruidoso que se preparaba—un gran banquete—, y sólo aceptó una comida y un homenaje íntimo, consistente, este último, en un álbum donde han sido recogidas las firmas de cuantos amigos y admiradores del Sr. Lafarga deseaban sumarse al homenaje.

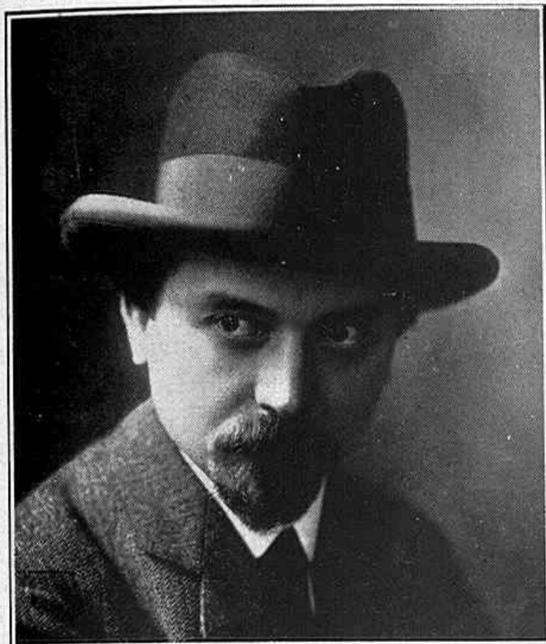
Todas las personalidades representativas de Bilbao estamparon su nombre en las páginas de ese álbum, y para la formación del mismo se nombró una Comisión integrada por el decano del Colegio de Procuradores y ex alcalde de Bilbao, D. Mariano de Aróstegui; el vicepresidente de la Asociación General de Empleados de Vizcaya, D. Arturo Gutiérrez; el redactor de *Euzkadi*, D. Ramón de la Fuente; el de *El Pueblo Vasco*, D. Antonio Olascoaga, y el redactor jefe de *La Tarde*, D. José Albéniz, que ha dado cima a su labor confiando a un insigne artista, D. Félix Agüero, gran amigo y admirador del homenajeado, la confección del álbum. Secundado por artistas industriales de Bilbao, el Sr. Agüero ha realizado una verdadera obra de arte.

El acto de entrega de ese álbum fué, dentro de la intimidad deseada por el Sr. Lafarga, un solemne acontecimiento al que asistieron más de cien personas, entre las que había representaciones de la Magistratura, del Ejército, de la Asociación de la Prensa y de todas las fuerzas vivas de Bilbao.

LOS ESTRENOS DE PARIS.—EN LA GRAN OPERA

«L'IMPERATRICE AUX ROCHERS»

Misterio en cinco actos y un prólogo, de M. Saint-Georges de Bonhelier, música de M. Artur Honegger



GEORGES DE BONHELIER
Autor de «L'Imperatrice aux Rochers»



EL MAESTRO ARTURO HONEGGER
Autor de «L'Imperatrice aux Rochers»

MADAME Rubinstein inspira el amor ó el odio. Tiene fervorosos que la adoran y detractores que se irritan», dice Nozière en un pequeño folleto dedicado á esta artista, la de mayor prestigio que en estos momentos tiene París.

La gran trágica ha pretendido—y va triunfante en su propósito—definir una idea clara y precisa del arte dramático en los instantes en que más obscuro se presenta para todos. Los que le mantienen en el reflejo cotidiano de la vida, ateniéndose á la definición shakespeariana, de que debe ser un espejo de la época, lo empequeñecen y se irritan contra la artista. La adornan, por el contrario, los que saben que lo real en estos momentos carece de substancia poética, porque tiene la Humanidad una fisonomía bastante superficial y son sus sentimientos demasiado positivistas para que por sí puedan facilitar al poeta su labor, si se atiende á lo que ve, en lugar de buscar, con un sentido humano, su obra en sus sueños y en su corazón, simulando una vida que será tanto más artística y tanto más verdadera cuanto más se eleve sobre lo cotidiano, que con frecuencia suele tener marcados rasgos de verdadera caricatura.

En efecto, madame Rubinstein se ha proporcionado el lujo de interpretar las obras maestras del género y el de dar vida escénica á los mejores poemas que ha podido encontrar en su biblioteca, como *Helene de Sparte*, *Le Martyre de Saint Sebastien*, *la Salome*, de Wilde; *Fedra*, *la Cleopatra*, de Shakespeare; y ha hecho trabajar á Debussy, á Schmitt y á Honegger, el músico, en estos momentos de su preferencia.

Ama la tragedia que define y siente como nadie, y por imponerla ha hecho los más enormes sacrificios. Decidida á vencer, ha logrado hasta que la Gran Opera se salga de su género habitual. Al fin de llegar á ser una trágica al

servicio de los poetas, ha puesto toda su alma, haciendo del arte su única vida. Alentada por la gran Sarah Bernhardt, que conoció su naturaleza y apreció en ella una mujer de su raza, se destacó en la interpretación de la *Gioconda*, de Gabriel d'Annunzio, que parecía haber sido soñada por el poeta para ella. La belleza plástica, que tanta importancia tiene en la obra; la musicalidad de la frase, su fervor por el misterio de las almas y la riqueza de su paganismo corresponden á la naturaleza y al arte de Ida Rubinstein, que posee el gran secreto de llevar los personajes que crea al medio que le es más propio, transfigurándolos, poetizándolos, haciéndoles perder su aspecto demasiado humano para convertirlos en criaturas estéticas. Y esto mismo, que fué acaso el único defecto de su maestra Sarah Bernhardt, es en ella una cualidad más de encanto, porque la reflexión filosófica no ha matado su instinto, que la hace crear interpretando para que, al par que su propia creación, no se merme en nada la del poeta. «Hágase en mí según tu genio—parece decir—; pero dentro de mi temperamento apasionado y ardiente»; y pone en ello todas las blanduras de un feminismo dócil, que no pretende el *esprit* de la originalidad ni las *boutades* que tanto rebajaban á Sarah Bernhardt, y que á las que no alcanzaron la cumbre de su genio y pretenden una personalidad demasia-

do definida las conduce á la vulgaridad de un talento gracioso, de escaso valor, como produc-

to de una estética aventurera. La Rubinstein es toda para su arte, No ve en la escena una industria ni un palenque de vanidad, ni menos un espejo de coquetería. Su figura, llena de líneas suaves, armónicas, conservan en todo momento una belleza estatuaría y justa de actitud, y su voz, de dulce modulación, tiene calor y emoción en todos los registros, adquiriendo un volumen que recuerda á nuestra María Guerrero en los graves, y una dulzura inconcebible en los agudos. Su voz canta cuando habla, sin empalago ni propósito en la actriz de hacerla cantar, por el prodigio de sus facultades naturales.

Colaboradora nativa del genio—ha dicho uno de sus admiradores—, haría surgir de la tierra un poeta cada año, si los tiempos no fueran tan poco á propósito para ello. Y es que ama la poesía como consubstancial á sus dotes naturales. Durante las vacaciones del verano, cuando todo el mundo busca las playas, ella corre al desierto á pasearse por las arenas del Senegal ó de Abisinia, donde, indudablemente, fué vista por Pierre Benoit en admirable sugerencia para la Antinea de su famosa novela.

A tal predisposición á lo maravilloso, al ensueño tal vez de lo pasado, se debe, sin duda alguna, su equivocación actual, en la que el arte tiene que agradecerle el más soberano de los esfuerzos por hermanar sus tres grandes modalidades, pintura, poesía y música, en su última creación *L'Imperatrice aux Rochers*, estrenada días pasados en la Gran Opera de París.

EL LIBRO

El autor del poema, por propia inspiración, ó de acuerdo, que es lo más probable, con la gran artis-



IDA RUBINSTEIN

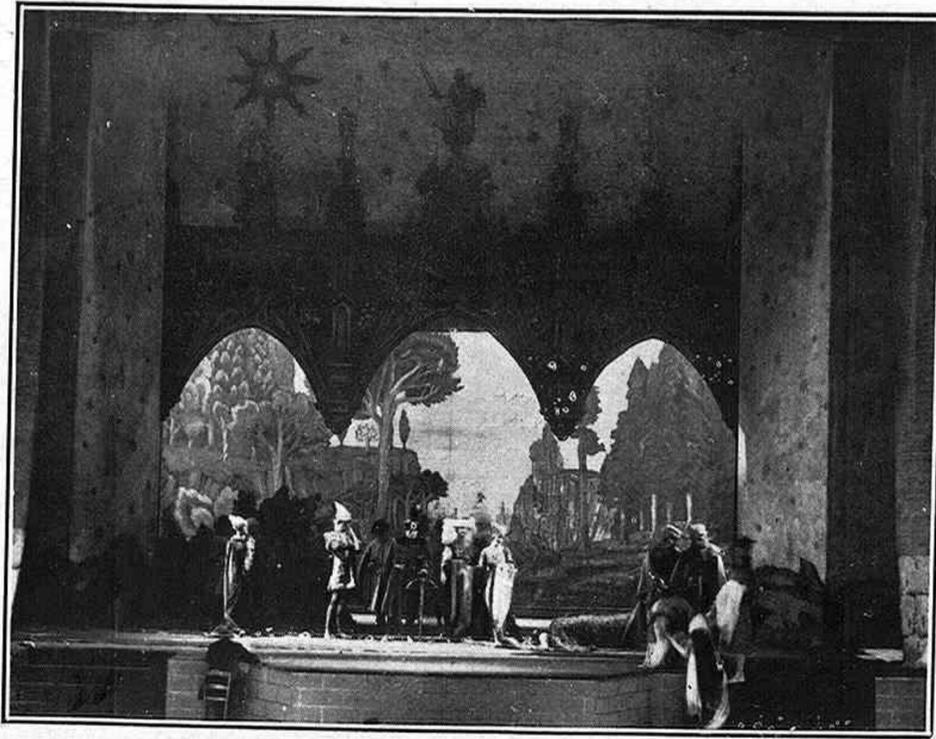
ta, dirige su labor hacia la moderna escuela rusa, en la que la música, los elementos plásticos y la decoración adquieren valores de igual importancia en la tonalidad de la obra. Para encontrar todo lo que necesita se encamina á la reconstitución de un viejo misterio, buscando los elementos indispensables en un auto del siglo XIV, titulado *Los milagros de la Virgen*.

La acción se desarrolla en Italia, en el siglo II. En una partida de caza hiere al emperador Aurelio una flecha lanzada no se sabe por quién. La joven emperatriz Victoria pide al Cielo que se salve su marido y éste vuelve á la salud, no sin antes haber hecho el voto de ir en peregrinación á Tierra Santa.

Durante su ausencia, su hermano Othon, á quien le ha sido entregado el poder, ambiciona con los honores á la emperatriz, y como ésta se opone á sus deseos, hace que la encierren en una torre, y á la vuelta del hermano la acusa de haber sido infiel.

El emperador cree la calumnia y condena á la emperatriz á morir abandonada sobre unas rocas, en las que se le aparece la Virgen y realiza el milagro de salvarle la vida, otorgándole poder para que con sólo su deseo pueda realizar á su vez el milagro de devolver la salud á los atacados de lepra.

Desde Nápoles, donde ha hecho curas prodigiosas, es conducida por su fama á la catedral del reino para devolver la salud á Othon, que ha sido atacado del terrible mal. En presencia de todos le obliga á confesar la calumnia, y le torna á la salud, perdonándole su crimen. La emperatriz vuelve á los brazos del amado esposo en



Una escena de «L'Imperatrice aux Rochers»

medio de la más grande alegría de su pueblo, que la aclama.

A mi juicio, demasiado encañonado sin duda con la idea de hacer revivir con procedimientos nuevos y más ricos de expresión los valores de la obra, tan emotivos para el erudito, ha olvidado el autor varios elementos indispensables en la moderna dramática; entre ellos, uno tan esencial como el de producir una emoción rápida en el auditorio. Los tiempos actuales no son en nada semejantes á aquellos en que en los atrios de las catedrales se congregaba la multitud, dispuesta á la sorpresa de lo maravilloso y á la emoción del milagro. Varios siglos han cam-

todos permanece ausente de lo que pudiesen ser valores poéticos ó valores de máxima expresión.

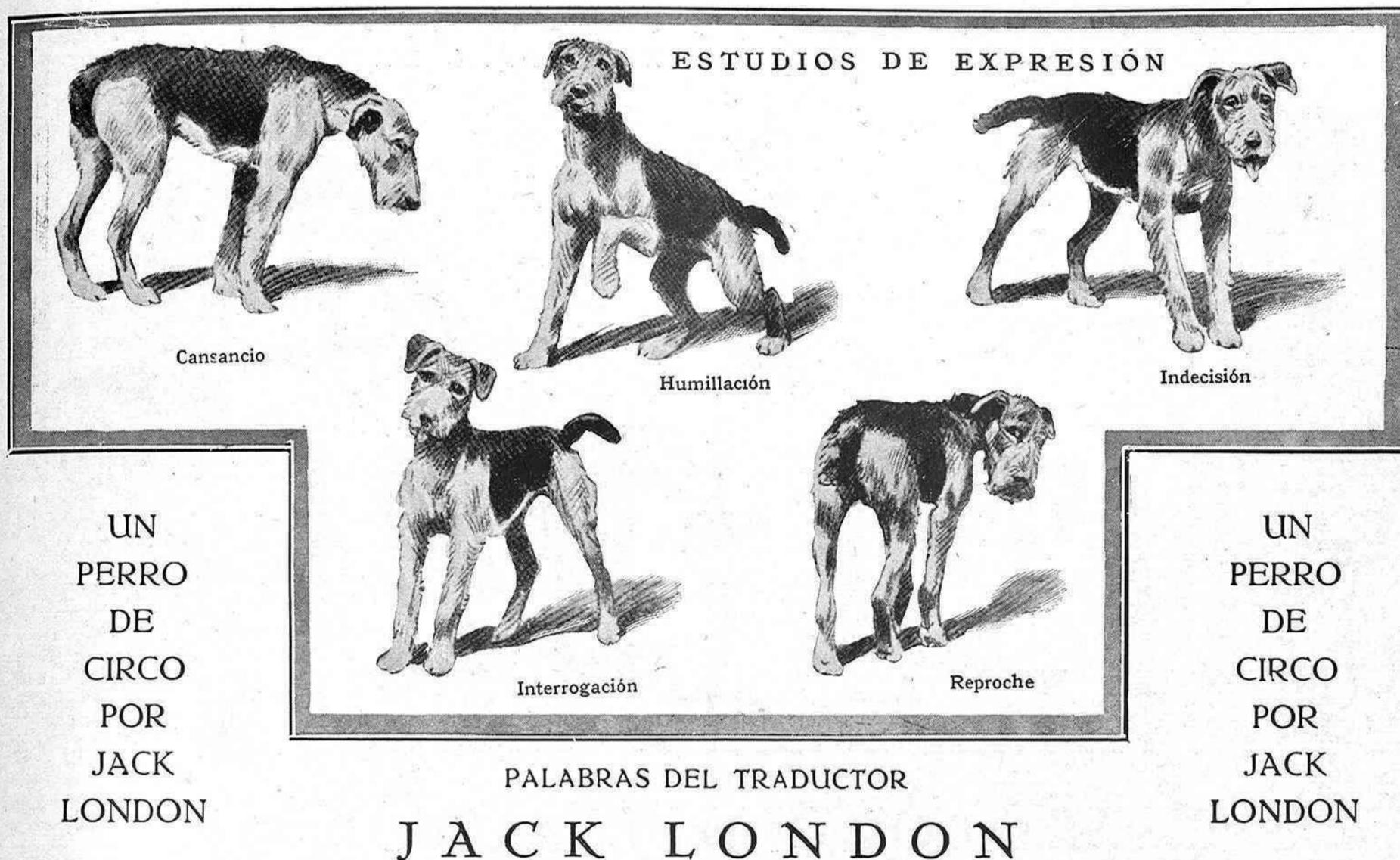
El público, sin embargo, en atención á lo grandioso del espectáculo, hizo á la obra un *succès d'estime*, y asiste á las representaciones porque los franceses entienden la protección al arte en su verdadero sentido, que es el de alentar; todo lo contrario de lo que hacemos nosotros, que con frecuencia nos complacemos en un afán suicida de hacer fracasar obras muy superiores á la que motiva esta crónica.

ANGEL S. SALCEDO



Una escena de conjunto de la ópera «L'Imperatrice aux Rochers»

CÁMARA-FIJO



CADA vez que en cualquier sala de espectáculos se presente al público un número de animales sabios, haced constar vuestra protesta levantándoos del asiento y saliendo de la sala hasta que el número haya terminado.»

Esto dice Jack London en el prólogo de su bellísima obra, *Un perro de circo*, la novela —la tragedia— de un perro amaestrado, esto es «sabio». En toda la obra de Jack London resplandece su amor por este leal compañero del hombre. Inteligencias poderosas y corazones magnánimos se han ocupado siempre del hombre esclavo, del semejante oprimido. Jack London, ante el desamparo en que se dejaba á los animales, se erigió espontáneamente —más aún, en un movimiento irrefrenable de su gran corazón— en su paladín esforzado. Es conmovedor el absoluto desinterés de su gesto. Nada podía esperar de la gratitud de sus defendidos, quienes ni siquiera sabrán nunca de la existencia de su defensor...

La vida de Jack London es un ejemplo irrefutable de la falsedad de esa vulgar creencia de que la vida dura endurece los sentimientos del hombre. Pocos hombres más castigados por la adversidad que el grande y evangélico escritor norteamericano. Y, no obstante, toda su obra es un canto de amor franciscano, de ardiente amor á todas las criaturas.

Nació en San Francisco de California en 1876. A los ocho años trabajaba ya en un rancho, encargado de la custodia de las colmenas. Sus livianos ocios dedicábalos á leer y á soñar. Desordenadamente devoraba folletinesseudoliterarios, *La Alhambra*, de Washington Irving, y los poemas de Edgar Poe. Hacia los once años se trasladó á Oakland, en donde la necesidad le obligó á vender periódicos por las calles. Las horas libres pasábalas en la biblioteca pública. Dedicado á otros oficios humildes, frecuentando la escuela en la medida que se lo permitían las circunstancias, llegó á los diez y seis años. La atracción inesquivable de la aventura—casi siempre imprudente consejera—le hizo unirse á unos pescadores de ostras. En aquella época era éste un contrabando largamente remunerador. En seguida se alista como marinero á bordo de una gole-

ta, luego se dedica á la pesca del salmón, y, por último, el ex contrabandista considera más juicioso entrar al servicio del Estado en calidad de carabinero.

Pasan unos años; el niño ya es un mozo, y volvemos á encontrarle navegando hacia las costas del Japón con una partida de cazadores de focas. Después de siete meses de navegación vuelve á California. Y otra vez la entrega obligada á los oficios más diversos.

Hacia esta época corresponden sus primicias de escritor. Trabajaba por entonces en una fábrica de yute trece horas diarias. Un periódico de San Francisco abre un concurso de artículos descriptivos. Jack London, aún agotado de fatiga y de sueño—tenía que entrar en la fábrica á las seis de la mañana—, se sienta á escribir su trabajo, *Un tifón en las costas japonesas*. El artículo debía constar de dos mil palabras. En efecto, al amanecer, las dos mil palabras están escritas; pero la obra se ha quedado en su primera mitad. Siguen dos noches de la misma tarea aniquiladora: una para terminar la descripción y otra para reducir el número de palabras á las exigidas en las condiciones del concurso.

Aquellos tres días de ininterrumpida labor habían de constituir la base de una gloriosa carrera literaria.

Porque obtuvo el primer premio, y la natural satisfacción por el éxito obtenido le sugirió la idea de dedicarse á la literatura. Pero había demasiado ardor en sus venas, demasiados ímpetus juveniles en su espíritu aventurero para someterse á un trabajo regular y disciplinado. Como le rechazaran varios trabajos, creyendo que su anterior y único éxito respondía á una determinación caprichosa de la fortuna, vencido, desazonado, echó camino adelante y erró por los Estados Unidos, de Norte á Sur, de Este á Oeste, al azar de su fantasía ó de inesperadas y eventuales ofertas de trabajo. Y aún atravesó las patrias fronteras, incansable en su trajinar indesignado, si no fuese ya un firme designio el de no dirigirse á ninguna parte. En el Canadá supo de los ocios más indeseables: el de la celda carcelaria, castigado al transformarse inesperadamente en delito su divina ansiedad ambulatoria. Le encerraron por vagabundo, extravagante tera-

péutica para los, como él, sedientos de caminos y horizontes...

Diez y nueve años. Vuelve á Oakland. Le atraen las aulas de los estudiosos y sigue unos cursos en la *High School*, el centro de enseñanza norteamericano correspondiente en cierto modo á nuestros Institutos. Para sufragarse los gastos y atender á sus necesidades más apremiantes, solicita y logra un cargo de subalterno en la misma *High School*, en donde estudia. De allí pasa á la Universidad de Berkeley, á la que sólo le es posible asistir durante unos meses, y aún esto trabajando simultáneamente en un taller de lavado y planchado de ropa. Vuelve, entonces, á vencerse de su fracaso, y emprende la ilusionada y dramática ruta de los buscadores de oro. Pero tampoco en Alaska, en el famoso—casi fabuloso—Klondike había de demorarse mucho tiempo. Una epidemia de escorbuto le arroja del prometido El Dorado, y para volver á su país tiene que navegar mil novecientas millas á bordo de una barca. «Todo se ha perdido, menos el valor de una nueva experiencia» pudo decir. En su lugar, escribió estas palabras en uno de sus libros: «En el Klondike aprendí á conocerme. Allí no se habla: se piensa. Cada uno se ve tal como es. Y yo me vi.»

Vuelto á California, su situación se hizo más aflictiva, porque durante la estancia en Alaska había muerto su padre, y el hijo infortunado tuvo que hacerse cargo de toda la familia. Al fin consigue que una revista de California le admita una novela, por la que recibe el parco estipendio de cinco dólares. Poco después, otro *magazine*, *The Black Cat* (*El gato negro*) le ofrece cuarenta dólares por una narración de aventuras.

Su primer libro, *The son of the Wolf* (*El hijo del lobo*) aparece en 1900. Desde entonces, Jack London, que sabe por experiencia que es punto menos que imposible escribir acosado por el cotidiano conflicto económico, aprovecha con noble codicia los años de relativa tranquilidad que la fortuna le depara, y produce con increíble rapidez é imperturbable regularidad veinte novelas, que se disputan las principales editoriales americanas.

FERNANDO DE LA MILLA



UN
PERRO
DE
CIRCO
POR
JACK
LONDON

UN
PERRO
DE
CIRCO
POR
JACK
LONDON

PRÓLOGO DEL AUTOR

Por fortuna, y á causa de mi natural curiosidad de conocer el fondo de todas las cosas, he aborrecido la exhibición de los animales sabios. Tal curiosidad ha destruído el encanto que hubiesen podido proporcionarme los espectáculos de esta naturaleza. Tuve la manía de saber cómo se conseguía esta obra que emboba á las multitudes, y pronto adquirí el convencimiento de que la parte interna del trabajo distaba mucho de tener esa belleza externa. Hay en el fondo de tan brillante diversión tal conjunto de crueldades, que, después de conocerlas, ningún hombre digno puede mirar con calma á cualquiera de las pobres habilidosas bestias.

Si hemos de creer á las críticas literarias que se han escrito acerca de mi personalidad y de mis obras, nada tengo de *snob* y muy poco de individuo civilizado. Paso por un hombre que se deleita con la violencia y el terror.

Dejando á un lado esta reputación, verdadera ó falsa, permitidme que declare que he realizado el aprendizaje de la vida en una escuela muy ruda, y que en todo momento he podido observar que el hombre pasa, en cuanto á maldad y barbarie, de una medida razonable. Y esto lo he comprobado desde el castillete de un barco, donde he navegado; en las prisiones en que me han metido; en el fondo de las zahurdas que he frecuentado; en los desiertos que he de recorrer; en los patios sombríos donde se ejecutó la justicia de los hombres, y en los campos de batalla, así como en los hospitales militares ó civiles. Recuerdo muertes espantosas y mutilaciones terribles. Vi ahorcar á necios por el solo hecho de serlo y de no disponer de un buen abogado defensor; he visto desfallecer espíritus bien templados y caer vencidos cuerpos robustos que parecían invencibles. Vi que algunos seres llegaban al espanto doloroso de la locura incurable, en que los gritos no tienen término, empujados por los malos tratos, y asistí al espectáculo de la muerte por inanición de viejos, jóvenes y aun de niños. Vive en mi memoria el recuerdo de negros adultos é infantiles golpeados violenta-

mente, ya con los puños, ya con garrotes, ya sacudiendo sobre sus carnes látigos, cuyas correas eran de piel de rinoceronte; correas que producían, al chocar sobre las espaldas desnudas, unos verdugones sangrientos.

Sin embargo, nada produjo en mi ánimo la indignación que esas bestias pacíficas, sumisas, sin defensa, que ante un público divertido, propicio al aplauso, ejecuten raros ejercicios aprendidos bajo la coacción de la tortura.

Cualquiera que, como yo, tiene la cabeza bien equilibrada y un buen estómago, puede tolerar, sin desfallecimiento, un espectáculo de sufrimiento y, sin indignación exagerada, asistir á todas las miserias, á todos los males que, en la excitación de su loca estupidez, se inflige mutuamente la Humanidad. Pero vacila mi cabeza y se subleva mi corazón cuando veo poner en práctica la crueldad fría y consciente para enseñar cualquier ejercicio á los animales, de los cuales el noventa y nueve por ciento han de ser sometidos á bárbaros suplicios. Llegada á este extremo, la crueldad se convierte en un arte, y este arte llega á su apogeo en el presente momento. Ahora que tengo de estos horribles tratos y del deber humano una conciencia más clara, creo que tales exhibiciones son intolerables, y cualquiera—á no ser que se trate de un loco—que sepa cómo llega á lograrse la destreza del animal aplaudido, tiene que reprobarlas como yo.

En consecuencia, y desde un punto de vista práctico, no dudaría en emitir aquí esta proposición:

Primero. Que cada uno procure inquirir cómo se enseñan los ejercicios que menciono y que paga por presenciarlos.

Segundo. Que todos, hombres y mujeres, muchachos y niñas, que conozcan el arte, se afilien á sociedades humanitarias, públicas ó privadas, ó que formen otras que tengan como fin principal la protección de los animales.

En fin... Pero es preciso un breve preámbulo antes de formular la tercera proposición.

Como millares y millares de personas, he lu-

chado en la vida en distintos terrenos, esforzándome en dar á la masa de humanos una orientación que la condujese al mejoramiento de su espíritu, para librarla del peso de sus miserias y ruindades. La tarea es dura y difícil. Sin embargo, es más dificultosa la que el hombre realiza para aliviar las penas de los animales inferiores. Seguramente cada uno de vosotros va á rebelarse contra la irritante brutalidad de muchos al tener conocimiento del número de crueldades sobre el que está fundado ese pequeño mundo de animales sabios. Pero, por desdicha, uno por cada ciento—quizá menos aún—se tomará la molestia de luchar verbalmente y ejecutivamente en cualquiera de esas Asociaciones protectoras, para prestar su concurso en una tarea eficaz. Concebir y no realizar es, al fin, el rasgo más acentuado de la debilidad humana. Es un hecho que me importa destacar como indiscutible, así como admitimos la verdad del frío y del calor, de la opacidad en lo que no es transparente y de la gravedad atractiva de la tierra.

Quisiera proporcionar á todos aquellos que se dejan dominar por esta debilidad un procedimiento sencillo de hacer patente su protesta y de contribuir á eliminar de la tierra la barbarie practicada con las bestias por algunos hombres con el fin de distraer á sus semejantes.

Nada de cuotas, ni crecidas ni modestas; ninguna correspondencia entre organismos é individuos. La fórmula es la siguiente: Cada vez que en un teatro cualquiera se presente al público un número de animales sabios, haced constar vuestra protesta levantándoos del asiento y saliendo de la sala hasta que tal número haya dado fin.

Eliminemos por este sistema, de todos los lugares públicos, esos géneros de representación. Advertamos mudamente á los *managers* que tales exhibiciones son impopulares. De este modo comprenderán que deben buscar substitutos á las mencionadas maneras de distraer á las multitudes.

JACK LONDON

UN PERRO DE CIRCO

NOVELA

POR

JACK LONDON

Traducción de FERNANDO DE LA MILLA

(ILUSTRACIONES DE ECHEA)

I

«MICHAEL» HACE CONOCIMIENTO CON DAUGHTRY

Cada cinco semanas, el vapor *Makambo*, que en la ruta hacia Australia tocaba las islas Salomón y la Nueva Guinea, hacía escala en Tulagi. La noche del día en que el *Makambo* debía levantar anclas para proseguir su camino, el capitán Kellar, del negrero *Eugenia*, habiendo saltado á tierra con objeto de visitar al comisario de las islas, olvidó en la playa á su perro *Michaël* al realizar el recorrido de regreso.

Cerca de media noche se dió cuenta de la ausencia del can, y entonces hubo de volver nuevamente á tierra. En vano buscó por un lado y por otro; inútilmente hubo de realizar minuciosas pesquisas á lo largo de la costa, en compañía de algunos hombres. Indagó igualmente, sin resultado, en los cobertizos de las piraguas.

Michaël había desaparecido pasando del *Eugenia* al *Makambo*. He aquí cómo:

Dag Daughtry, mayordomo del *Makambo*, era capaz, por su viva inteligencia, de ocupar puestos muy superiores á aquel en que estaba colocado. La Naturaleza le había dotado de un carácter desprovisto de maldad, de una salud extraordinaria y de una espléndida constitución física. El prestigio, no obstante, de este hombre, que durante veinte años no había dejado de trabajar un solo día, consistía en que, en el curso de todo ese tiempo, no había abandonado nunca la costumbre de introducir en su estómago, diariamente, seis litros de cerveza.

Era para él tal hábito una ley inflexible. Tan arraigado tenía el vicio, que cuando se hallaba de paso en las islas Alemanas, de lo que él mismo se alababa, no dejó de ingerir los seis litros, á pesar de que la cerveza servida en tal lugar contenía una disolución de quinina como preservativo contra la malaria.

Todos cuantos capitanes á cuyas órdenes sirvió, el del *Makambo* como los del *Moresby*, *Masena*, *Sir Edward-Grace* y otras embarcaciones de la Compañía marítima *Burns Philp*, lo atestiguaban y lo presentaban á los viajeros como un *specimen*, como algo único en su género, algo extraordinario en los anales de la vida del mar. Mientras el capitán refería la vida de Dag, éste, en el castillo del barco, fingía no darse cuenta de nada, y mientras realizaba su trabajo lanzaba furtivas miradas á su alrededor, sobre su superior y los pasajeros, é hinchándose de orgullo su pecho, suponía adivinar la charla.

«Contémplesle ustedes—creía que decía—. Es Dag Daughtry. Desde hace veinte años no ha rehusado sus seis litros de cerveza. Sin embargo, si no puede aplaudirse la sobriedad, tampoco puede acusarse de ser un borracho. Parece increíble, pero así es. Le admiro y no le comprendo. Realiza su servicio de una forma intachable. En cambio, cuando yo me hallo trabajando, un sencillo vaso de cerveza perturba mis facultades y me quita el apetito. El, contrariamente, trabaja con todo entusiasmo, lleno de bienestar.»

Y Dag, envanecido, silbaba con alegría, y para demostrar que era digno de tales elogios y que su constitución física era superior, se bebía el séptimo litro en su honor.

Esta era la base de su popularidad. Por ella

y para ella dijérase que Dag existía. Todo su pensamiento y toda su energía tendían al mantenimiento de la reputación de ser «el hombre que bebía cada día seis litros de cerveza».

Con el fin de disponer de medios materiales para sostenerla, cuando no se hallaba de servicio, ocupaba el ocio en fabricar peines de concha y otros objetos menudos, fuente de pequeños ingresos. Con aquel motivo también se distinguía por su facilidad para encontrar arbitrios ingeniosos: el de robar los perros de los demás, por ejemplo. Era imprescindible que alguien pagase aquellos seis litros cotidianos que, multiplicados por treinta días, ascendían á ciento ochenta al mes.

He aquí por qué Dag Daughtry había juzgado conveniente hacer pasar aquella noche á *Michaël* al *Makambo* por la puerta de batería de babor.

Errante, como se ha dicho, en la playa de Tulagi, preguntándose en vano qué suerte habría corrido el ballenero que le había llevado á tierra con el capitán Kellar, *Michaël* había encontrado al rechoncho mayordomo, cuyos cabellos comenzaban entonces á adquirir una tonalidad gris. Rápidamente se estableció entre ambos una amistad, pues *Michaël* era mucho más bondadoso y cordial que su hermano *Jerry*. Aunque había conocido pocos hombres de la raza blanca, tenía formado un buen criterio acerca de éstos, los cuales, á su juicio, eran deliciosamente diferentes de los negros que formaban algunas de las tribus por él conocidas, y que le inspiraban un profundo desprecio. Había conocido á Mr. Haggin y sus dos perros, *Derby* y *Bob*; después, en el *Eugenia*, al capitán Kellar y á su segundo; después, á Harley Kenwau y á los oficiales del *Ariel*.

Dag no formaba excepción en la acostumbrada amabilidad de los hombres blancos.

—¿Qué haces aquí entre los negros, hermoso perro?—le saludó al verle.

Michaël respondió á la amabilidad retrocediendo unos palmos y moviendo ágilmente el rabo y enderezando las orejas, al mismo tiempo que sus ojos los iluminaba con resplandor de alegría.

Esta actitud simpática no pasó inadvertida para Dag. Era persona que juzgaba rápida y acertadamente cuando veía un perro. Sin embargo, observó al animal detenidamente á la claridad mortecina de los faroles que llevaban algunos negros para alumbrarse en la operación de descargar de los balleneros las mercancías procedentes del *Eugenia*. Pronto apreció el mayordomo que *Michaël* no era solamente un perro de aspecto agradable, sino un animal de positivo valor.

Dag Daughtry miró á su alrededor. Nadie le miraba. Únicamente se hallaban próximos los negros de los faroles, y éstos miraban al mar, donde el ruido de remos, al chocar movidos por las olas, denunciaba en la obscuridad la llegada próxima de un barco. Más lejos advertíase la presencia del secretario del comisario residente y la del sobrecargo. Pero ambos personajes se hallaban discutiendo, sin prestar atención á nada que fuese ajeno al tema de la charla.

El mayordomo lanzó una nueva mirada sobre *Michaël*, y puso en práctica su deseo de apode-

rarse hábilmente de este animal. Comenzó por alejarse simulando pasear distraídamente por la playa. A una centena de yardas de distancia se sentó sobre una tabla y esperó.

«El perro—pensó—vale cien dólares, tasándolo muy bajo. Si no fuese yo capaz de sacar cien dólares á cualquier cliente sin más palabras casi que el «gracias, señor», no sería sino un indecente borracho incapaz de distinguir un fox-terrier de un lebre. Sí, sí—murmuró convencido—, estoy seguro de sacar cien dólares en cualquier *bar* de la costa de Sydney.»

Y pensando en la trasmutación de ese dinero en litros de cerveza, tenía la sensación de hallarse en una inmensa *brasserie*, la cual caía en un chorro por su gáznate.

Un trotecillo sobre la arena y el ruido de unos resoplidos le volvieron á la realidad. Todo ocurría como lo había meditado. El perro le tomaba afecto y le seguía. Y llegó á acercársele. Entonces Dag se agachó y, alargando la mano, fué á cogerle por la piel del cuello, cerca de las orejas. *Michaël*, en vez de enfurruñarse, le miró con agrado. El gesto del mayordomo era cordial é inspiraba confianza. Aunque su mano tenía la rudeza de los hombres fuertes, no le apretaba. Al contrario, le ceñía con una presión suave y acariciadora, y le pareció la cosa más natural del mundo que le cogiese en vilo y que le llevase de derecha á izquierda y de izquierda á derecha, en tanto que le decía con voz cariñosa:

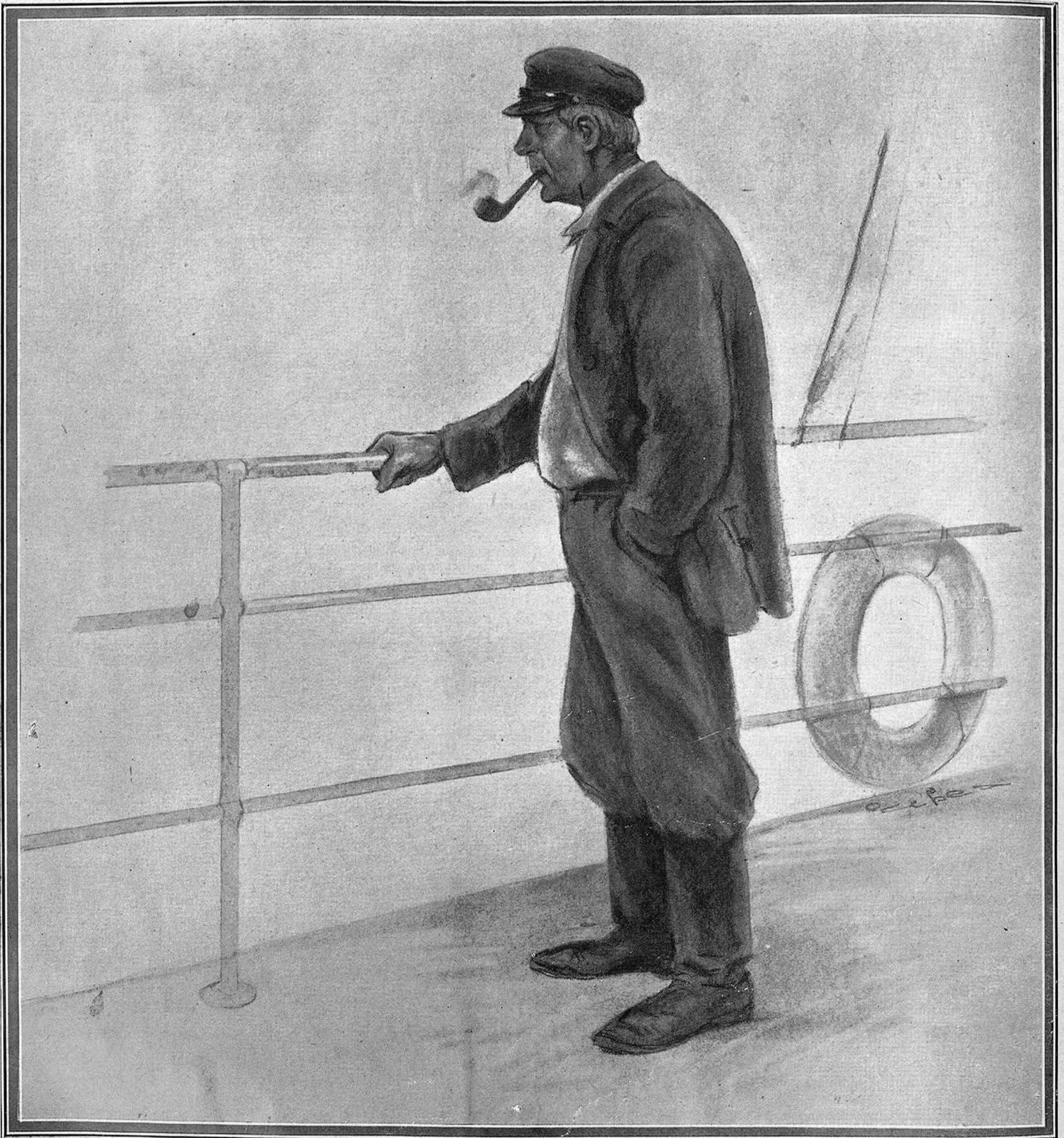
—¿Te encuentras bien á mi lado, simpático perro? Quédate conmigo y te trataré con mimo. Quizá llegue un día en que te veas vestido elegantemente y tengas botones de diamantes.

No. Jamás *Michaël* había tropezado con un hombre de tan exquisita amabilidad. Dag, por un don especial, conocía el modo de proceder con eficacia para conquistarse la simpatía de un perro, y discretamente solicitaba su amistad.

Entregándose, con estudiado aire distraído, á la tarea de encender la pipa, Dag rascó sucesivamente varias cerillas, como si el viento las fuese apagando. Pero procuraba conservar el fuego hasta que casi (al consumirse el cabo de cera) le quemasen los dedos. Y así, poco á poco, fué observando minuciosamente al animal. A falta de cerillas, le iluminó más tarde con la roja brasa del tabaco, que avivaba por medio de fuertes y repetidas inspiraciones.

Michaël, durante este tiempo, las orejas rectas, fija la mirada, no cesaba de contemplar al extranjero, y experimentaba una decepción al sentirse desdeñado por este dios amable de dos piernas. Juzgando que dependía de él provocar un conocimiento más íntimo, resolvió invitarle á jugar. En efecto: levantó su cuerpo, sosteniéndose con las patas traseras; después dejó caer, haciendo descansar el vientre en el suelo, y estirando hacia delante las otras patas, tocaba casi el pecho contra la arena. Finalmente, lanzó, á modo de llamamiento, un agudo ladrido y movió con nerviosidad el muñón del rabo, en señal de buen humor. El hombre, sin embargo, parecía desinteresarse. Succionaba cachazudamente su pipa en la obscuridad, después de haber consumido una cuarta cerilla.

El perro hizo varios esfuerzos por conquistar la curiosidad del hombre de los seis litros, y, por último, viendo la obstinada indiferencia, sin-



... Este, en el castillo del barco, fingía no darse cuenta de nada...

tiéndose vejado, hizo como si se alejase. Entonces Dag Daughtry le contuvo con voz autoritaria:

—¡Quieto, chucho! Quédate aquí.

Y sonrió disimuladamente al contemplar cómo *Michaël* avanzaba hacia él y cómo acercaba su hocico á su ropa, lanzando leves gruñidos de satisfacción. Aprovechando la proximidad del animal, le hizo objeto de un examen más detenido.

—¡Buen perro! ¡Buenas cualidades!—exclamó en voz alta con aire satisfecho—. ¿Sabes que tendrías un éxito en cualquier Exposición Canina? Lo único que te afea son las orejas, quizá po-

co arrugadas y mal proporcionadas. Sería conveniente acudir al fuego para que adquiriesen una mayor belleza. De esto podría encargarse cualquier veterinario.

Y, negligentemente, pasó su mano por una de las orejas, y con la punta de los dedos, en un movimiento simpático, tateó la parte que la unía al cráneo. *Michaël* recibió la caricia con gratitud. Experimentaba tal placer que agachó el cuerpo como dando las gracias.

Los tironcillos continuaban, y el animal sentía un cosquilleo bienhechor.

Dag comentaba:

—La cabeza tiene buena forma.

Y la acariciaba lentamente.

—¡Qué admirable boca! Ni débil ni demasiado fuerte...

Introdujo un dedo entre los dientes para cerciorarse de su solidez. Después midió la longitud de las patas; cogió una, y después las otras entre sus manos, alumbrándose con una cerilla.

—Son negras—dijo—; perfectamente negras hasta las uñas. Apostaría que tu padre y tu madre tuvieron en su juventud un gran éxito entre los aficionados á los canes.

A *Michaël* comenzó á inquietarle una inspección tan minuciosa. Dag, que proseguía palpando las patas para cerciorarse de la pureza de

líneas, se dió cuenta de ello, y para calmar la nerviosidad del animal, cogió el rabo entre sus dedos. Tactó los músculos después; palmoteó el lomo y recorrió con una caricia la columna vertebral.

—Eres perfecto; tienes ligereza para la carrera y el peso conveniente para el combate, y tus patas no son lanudas ó algodonosas. Nada, señor perro, hay que reprocharte, salvo la oreja, que, como te he dicho, será preciso rectificar. Me jugaría la cabeza si no es cierto que en este momento no hay en Sydney cien personas, por lo menos, que no vacilarían á pagar cualquier precio el derecho de poder llamarse tu dueño.

Dag se puso en pie, dió una fuerte chupada á su pipa, y para que no fuera á creerse *Michaël* que era la octava maravilla, comenzó á silbar, fingiendo olvidarle. Entonces el animal imploró su atención con significativos movimientos, y se acercó al mayordomo hasta rozarle las pantorrillas, levantando el hocico á la altura de la mano, con objeto de que reanudase las caricias.

Dag le cogió por la cabeza, y sacudiéndola lentamente, prosiguió su discurso:

—¿Quién es tu dueño? Quizá algún negro, y esto no me parece bien. Sin duda, te ha robado... ¿Es que nunca pensaste en la suerte terrible que espera á los perros de los negros? El día menos pensado serás sacrificado, y esa es una vergüenza... Ningún hombre blanco puede tolerar que un negro posea la propiedad de un perro de tu importancia. Por mi parte, no lo he de consentir. ¿Cómo un negro puede ser capaz de darte una educación distinguida? Si el granuja que te robó, pues juraría que fuiste robado, cayese en mis manos le castigaría dándole tan fuertes golpes que viese las estrellas. Dime quién es, y verás si cumplo mi palabra. Sólo la idea de que un negro pueda ordenarte, y tú obedecerle, me causa malestar. No, señor perro; imposible que continúes bajo tal férula. Vas á estar conmigo, y espero que no te harás rogar.

Dag comenzó á marchar por la playa con paso perezoso. *Michaël* le siguió con la mirada, pero permaneció inmóvil. No es que le faltase deseo de seguirle, sino que pensó que no había sido invitado á ello expresamente.

Por fin, Dag Daughtry se decidió á llamarle. Pero lo hizo con voz tan imperceptible, que un hombre no le hubiera oído á aquella distancia. *Michaël* le entendió perfectamente, y, saltando, fué hacia él en una carrera alegre.

II

CÓMO «MICHAEL» EMBARCÓ EN EL «MAKAMBO»

Dag Daughtry anduvo á lo largo de la playa, seguido muy de cerca por el animal, el cual movía alegremente el rabo.

El mayordomo evadía el círculo luminoso de los faroles, á cuya claridad trabajaban afanosamente varios hombres descargando los balleneros, mientras que el secretario del comisario y el sobrecargo del *Makambo* discutían. Si *Michaël* se desviaba algunos metros de su ruta, Dag le llamaba la atención con unas palabras casi imperceptibles.

El pintoresco hombre de los «seis litros» procuraba no ser visto mientras que se apoderaba del perro, y su fin inmediato era llegar al barco sigilosamente.

Amparado en las sombras, llegó hasta el poblado indígena.

Como había imaginado, todos los hombres útiles habían acudido á la playa para cooperar á la descarga de las mercancías. Las chozas, consiguientemente, aparecían desiertas. De una de ella, sin embargo, á cuya puerta golpeó, salía una voz doliente y cascada, voz de anciano. Y se entabló el siguiente diálogo:

—¿Tu nombre?—preguntó el de dentro.

—No importa—respondió Dag en esa jerga inglesa que se emplea en gran parte del Pacífico—. Pertenezco al vapor que está en la bahía. Si tú te prestas á conducirme hasta él, te daré, á cambio, dos bastoncillos de tabaco.

—Dame diez, y acepto.

—Doy cinco—regateó «el hombre de los seis litros».

—Si no aceptas los diez, vete al diablo.

Hubo un momento de silencio.

Dag Daughtry insistió:

—¿No convienen cinco?

—Está bien—replicó el de dentro.

Abrióse la puerta, y en la obscuridad de la noche avanzó un cuerpo.

El mayordomo encendió una cerilla.

Un negro, viejo, legañoso, se erguía ante él balanceándose sobre una muleta. Tenía la vista empañada por sendas nubes, que cubrían casi enteramente los globos oculares. La parte visible de éstos aparecían rojos y congestionados.

De una cabeza tiñosa emergían los cabellos en matas aisladas, de un gris obscuro. La piel del rostro, arrugada y pecosa, tenía coloraciones azulencas y rojizas, bajo una especie de costra grisácea que, á primera vista, hubiera parecido un *maquillaje* voluntario.

—Un leproso podrido—pensó Dag, mientras sus ojos examinaban rápidamente los pies y las manos del negro, como queriendo convencerse de que todos los dedos estaban en su lugar todavía.

No le faltaba ninguno. Sí le faltaban, es decir, los de un pie, pues que era cojo de una pierna, amputada desde medio muslo.

—Pero, hombre, ¿dónde te la has dejado?—preguntó Dag designando con el dedo el lugar del miembro ausente.

—Se la llevó un tiburón—respondió el viejo, descubriendo en lugar de una boca, un horno inmenso y desdentado.

—Yo estoy viejo—siguió diciendo—, muy viejo. Hace mucho que no fumo tabaco. Maestro blanco, dame unos «bastoncitos» y remaré para llevarle al vapor.

—¿Y si no me diera la gana?

Por toda respuesta, el negro giró sobre su único talón, y, apoyándose en la muleta, balanceó su muñón horrible, fingiendo retirarse á su jergón.

—¡Bueno, hombre, toma el tabaco!—gritó Dag.

Hundió una mano en un bolsillo de la americana y sacó un paquete de pequeños rollos de tabaco que sirven de moneda en las islas oceánicas. Cogió uno y se lo ofreció al negro.

El vejete se arrojó sobre él, y pareció transfigurarse. Lanzó unos sordos gruñidos, entrecortados por gritos agudos, que podían haber sido, indistintamente, de dolor y alegría. Después se sacó del agujereado lóbulo de la oreja una pequeña pipa de arcilla negra. Con dedos trémulos estrujó el rollo hasta convertirlo en picadura, y llenó la pipa.

Mientras empujaba el tabaco con el pulgar, se dejó caer en el suelo, la muleta á su lado, y la única pierna plegada bajo su cuerpo. Daba la impresión de un torso completamente despojado de las extremidades inferiores. De un saquito, tejido con fibras de coco, que, colgando del cuello, reposaba sobre el pecho descarnado, sacó un pedernal, un eslabón y una yesca. Desdeñando la caja de cerillas que le ofreciera el mayordomo, hizo saltar una chispa que recogió habilidosamente en la yesca, sopló con fuerza y encendió la pipa.

Bastaron las primeras fumadas para que interrumpiera sus roncos aullidos. Su agitación fué calmándose poco á poco, y sus manos dejaron de temblar. Sus labios, que palpitaban con un movimiento rítmico, permanecieron inmóviles, y una beatitud inefable asomó á la ruina de sus ojos.

En cuanto á *Michaël*, contemplaba á la débil claridad de la pipa el grupo formado por los dos hombres, uno de los cuales estaba agachado en la sombra y el otro de pie. El ignoraba las tragedias de la vejez humana, y su única intuición era la de la extraordinaria benevolencia de aquel dios blanco, que recorriendo con dedos maravillosos la columna vertebral de los perros, había penetrado tan blandamente hasta su corazón.

Cuando terminó su pipa, el negro, con celeridad sorprendente, se irguió con ayuda de su muleta, y á grandes saltos se dirigió hacia la playa. Dag tuvo que ayudarle para desencallar la piragua de la arena y meterla en el agua. La embarcación era tan vieja y estaba tan destaralada como su amo. Para poder entrar en ella sin volcarla, el mayordomo se introdujo en el

agua hasta las rodillas. El viejo hizo la misma operación, balanceándose tan rápidamente, que en el mismo instante en que el esquife parecía volcarse, la hacía volver al equilibrio.

Michaël se había quedado en la arena, como en espera de una invitación. Aún no se había resuelto del todo á seguir á aquel desconocido, aunque estaba por decidirse de un momento á otro. Vigilaba, para la resolución final, el menor movimiento de sus labios.

Le llamó Dag, al fin, pero en voz tan baja, que el negro no le oyó. Pero *Michaël* sí la percibió perfectamente, y de un salto limpio y ágil se puso en la piragua. Apenas si se había mojado las pezuñas. Ya en la embarcación subió por la espalda de Dag y luego descendió al fondo de aquella. El mayordomo volvió á besarle, y *Michaël*, de cara hacia él, descansó el hocico sobre sus rodillas y se quedó mirándole fijamente.

—Juraría—bromeó Dag á la oreja del perro—que eres tú «en persona» el animal que me ha seguido hasta aquí.

Y ordenó:

—¡Con que! A remar...

El negro obedeció, y puso proa hacia el grupo de luces que indicaba el lugar en que estaba anclado el *Makambo*.

Como se detuviera á cada instante, débil y achacoso, para reponer sus fuerzas, el mayordomo, un poco irritado, le cogió el remo y se puso á bogar en su puesto.

A medio camino, el negro, que había vuelto á recobrar la respiración, inclinóse hacia *Michaël* y preguntó:

—¿Es este perro del gran maestro blanco del buque?

Y después de una pausa, como queriendo dar más peso á sus palabras, añadió:

—¿Tú podías darme diez «bastoncitos» de tabaco.

—Un bofetón es lo que te voy á dar si no te callas. El maestro blanco del vapor es gran amigo mío. Como en este momento está á bordo, le llevo el perro.

Cuando más tarde, aquella misma noche, el capitán Kellar recorrió la playa en todos sentidos y armó un zafarrancho de dos mil demonios buscando á *Michaël*, el negro unipernado, viéndolo y oyendo toda aquella confusión, se guardó muy mucho de desplegar los labios. El no estaba precisamente muy dispuesto á buscarse disgustos con gente desconocida. Allá cada uno...

Dejando á un lado la escala del *Makambo*, Dag dió la vuelta al navío en la piragua, y se detuvo bajo una pequeña tronera en donde brillaba una luz.

—¡Kwaque!—llamó en voz baja una vez, dos, tres veces.

A la segunda llamada, la claridad fué obscurcida por una cabeza que pasó á través de la estrecha abertura.

—Diga, mi amigo.

—Toma este perro y guárdalo en mi cabina.

Elevó á *Michaël* en el espacio, y unas manos, saliendo del costado del buque, cogieron al animal é introdujéronlo en su seno.

Dag continuó bogando hasta una puerta de carga y saltó á ella después de arrojar al negro un puñado de «bastoncitos». Luego, con un pie, dió un impulso á la piragua, y entró á bordo.

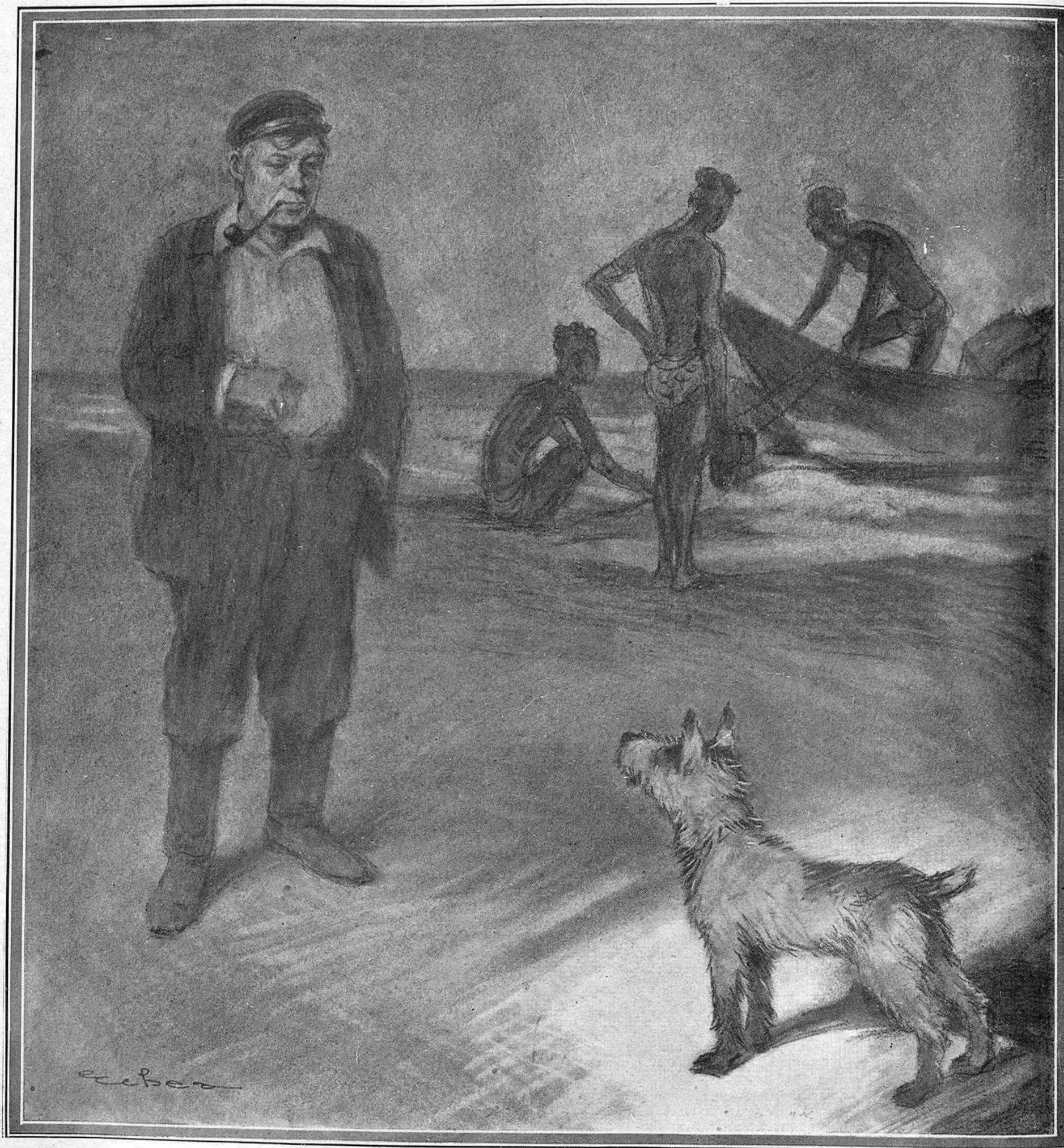
El negro se quedó extasiado ante el puñado de rollos, aunque sin asombrarse excesivamente. Nada que hiciera un blanco podría sorprenderle. La única sorpresa para un negro es que un blanco haga cualquier cosa que á él, como negro, no le sorprenda.

Ahogándose y descansando alternativamente, olvidado del mundo fantasmagórico de los hombres blancos y su mirada sucia fija en la colina de Tulagi, que recortaba su cresta sombría sobre la luminosa obscuridad del cielo estrellado, el pobre negro se encaminó lentamente hacia la orilla.

III

QUIÉN ERA KWAQUE

Michaël, entretanto, cogido por manos invisibles, pasaba á través de una estrecha circunferencia de cobre, y se encontró en un lugar ilumina-



... Sin embargo, observó al animal detenidamente á la claridad mortecina de los faroles que llevaban algunos negros...

nado, en donde sus ojos, maquinalmente, buscaron á Jerry.

Pero Jerry, en aquel preciso momento, estaba apaciblemente enroscado junto á la litera de su amo, en el puente inclinado del *Ariel*, que, dejando tras sí las islas Salomón, había puesto proa hacia Nueva Guinea.

¿Y Kwaque? ¿Quién era Kwaque? Kwaque era un ser verdaderamente extraordinario. Nunca fué arrojado á la corriente de la vida restos de un naufragio humano más barrocos y miserables. El negro Kwaque tenía diez y siete años. Pero en su rostro descarnado, en su frente arrugada, en sus sienes huecas y en las cuencas pro-

fundas de sus ojos parecían expresarse las huellas de un siglo entero de existencia. Sus piernas flacas, envueltas en una piel como pergamino, dijéranse de un pelele de paja.

De este ligerísimo soporte emergía un busto enorme y craso. El pecho, amplio y protuberante, y los hombros, hercúleos, doblegábanse sobre unas caderas macizas. Pero caderas, pecho y hombros, que vistos de frente daban esta impresión de fuerza, se aplastaban y casi desaparecían cuando se miraban de perfil. Era una anatomía doble, toda fachada. Los brazos eran tan esqueléticos como las piernas, y el conjunto, como *Michaël* había observado desde el primer

momento, ofrecía el aspecto de una araña negra de vientre enorme.

Nada más sencillo que la explicación de cómo Kwaque había llegado á ser propiedad exclusiva del mayordomo. Había sido en la isla del Rey Guillermo, que forma parte de las islas del Almirantazgo, en la Melanesia, donde Dag Daghtry había «cazado» al negro.

Kwaque, que huía sobre los alambres de sus piernas á una velocidad inverosímil, perseguido por otros dos negros armados de lanzas con puntas de acero, había venido á rendirse, agotado,

(Continuará en el número próximo)



TIERRAS PARDAS

LETRILLA DE LA VENTERA

por EMILIO CARRÉRE

*Vereda de Salamanca
caminito de Medina,
¿cuándo volverá el mozo
que me quería?*

*Camino real castellano,
ó vereda de andadura,
todos los caminos llevan
al amor y la aventura,
y yo sentada al borde
de la vereda
contemplo á los que pasan
muerta de pena.*

*Un amor que yo tenía
se fué por ese sendero
al son de los cantares
de los arrieros.*

*Y encontrará, si es que vuelve,
las ojeras como lirios,
de llorar, á la ventera
de la venta del camino.
Quizás no vuelva nunca
por la vereda,
mientras yo aquí le aguardo
muerta de pena.*

*Sendas que cruzais el mundo,
muy contrario es mi destino,
soy el árbol inmóvil
junto al camino.*

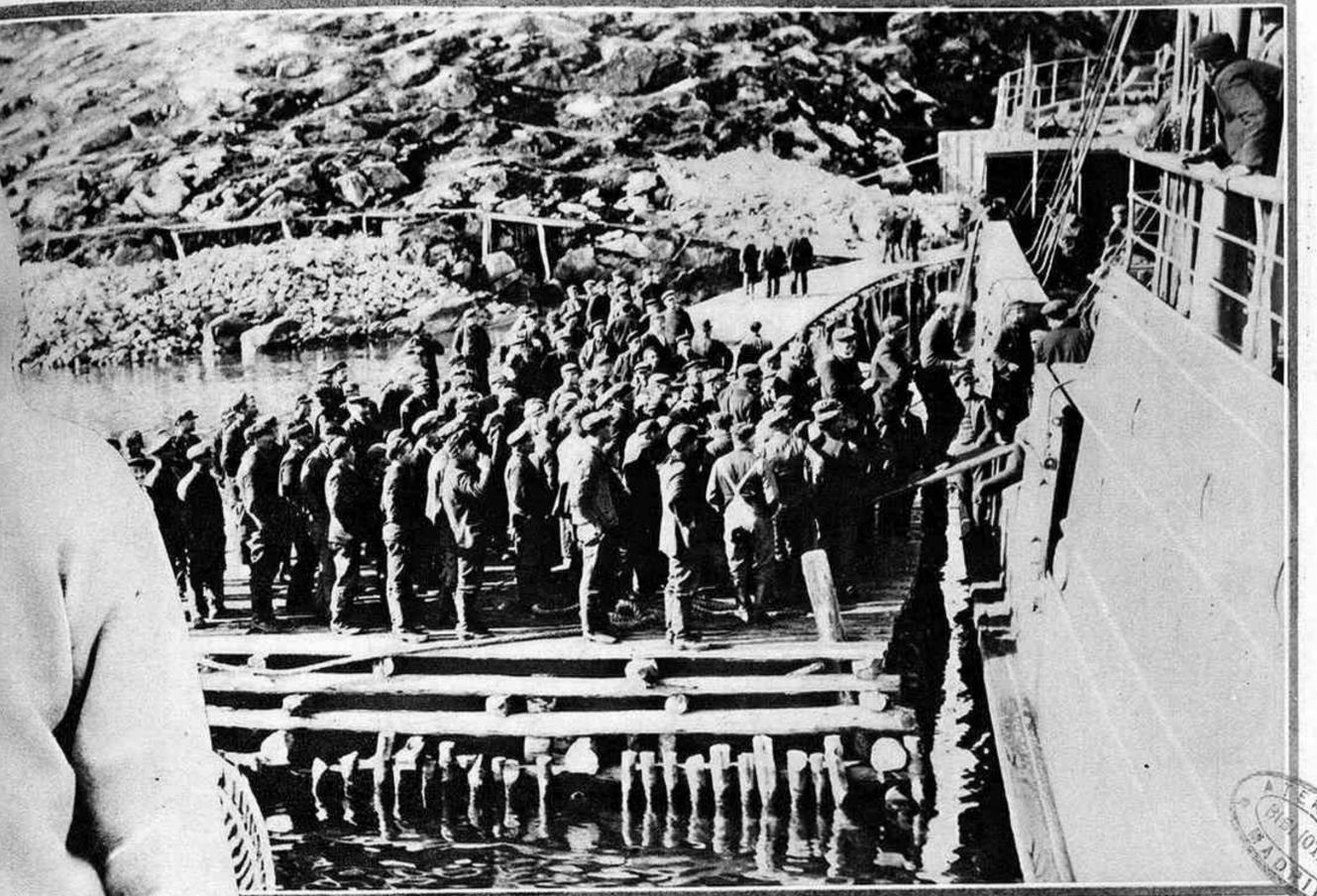
*Cantares de los arrieros,
por veredas de andadura,
canciones de los gitanos
que marchan á la ventura.
Mi alma va tras vosotros
por las veredas,
mientras yo aquí le aguardo
muerta de pena.*



Vista panorámica de «Belle Harbor» en la Península del Labrador. Aparece fondeado en la bahía el «Bowdoin», barco que condujo a la expedición Mac Millan



Una bella raza ártica



Pescadores norteamericanos y canadienses embarcando en Terra Nova para la campaña invernal del bacalao en Labrador



Un polluelo de pato marino del Labrador

LA EXPEDICIÓN MAC MILLAN AL CÍRCULO POLAR ÁRTICO

DURANTE el otoño último, y bajo el mando del geógrafo y etnólogo norteamericano Donald Mac Millan, se ha realizado un largo viaje de estudio en Groenlandia, Bahía de Baffin y Labrador. Tenía por principal objeto esta expedición científica descubrir las huellas de los primeros navegantes normandos, que en los comienzos del siglo XI visitaron aquellas lejanas costas americanas. La península del Labrador forma, como es sabido, la costa Este del continente americano, entre los 50°30' y los 62°30' de latitud Norte, y los 56°79' de longitud Oeste. Los navegantes normandos llamaron a esta región, una de las más inclementes y áridas del mundo, *Helluland*, ó sea país de la piedra. Fue su descubridor Leij, hijo de Erico el Rojo, suponiéndose que el nombre dado a la península, á todas luces español, debió serle dado por los pescadores del Cantábrico, que yendo en busca del bacalao y de la ballena visitaron el país en el siglo XIV. Sebastián Cabot exploró sus costas en 1497 y 1498, y en ellas murió, en

1501, Corterreal, á quien algunos creen inventor del nombre de Labrador.

Por tradición oral entre los esquimales, eran atribuidos los *igloos*, ó casas de piedra que, arruinadas hasta casi los cimientos, aparecen en algunos lugares de los numerosos fiordos del Labrador, á los primeros pobladores europeos, sin que hasta el presente se hubiera logrado confirmar lo que ello tuviese de cierto. La expedición Mac Millan, aunque pudo comprobar la permanencia de las antiguas construcciones escandinavas, no logró gran éxito en sus investigaciones arqueológicas, debido á que los grandes temporales de nieve llegaron á imposibilitar los trabajos de excavación. En cambio, el viaje ha sido en extremo fructuoso desde los puntos de vista étnico, botánico y zoológico, recogiendo interesantes *specimens* de la flora y la fauna de la península, hasta ahora escasamente conocidas. El referido Donald Mac Millan se propone repetir la exploración durante el próximo verano.



Niña esquimal de pura raza, de cinco años de edad



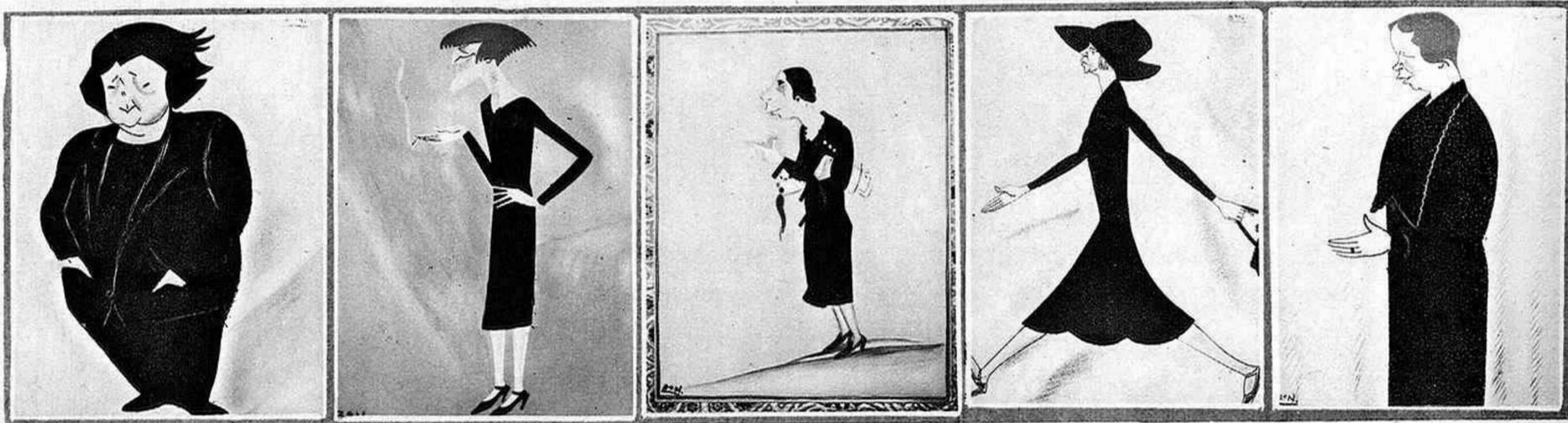
SEÑORITA VICTORIA KENT

SEÑORA DE UCELAY

SEÑORITA MARIA DE MAEZTU

SEÑORA DE RIAÑO

SEÑORA DE MARTINEZ SIERRA



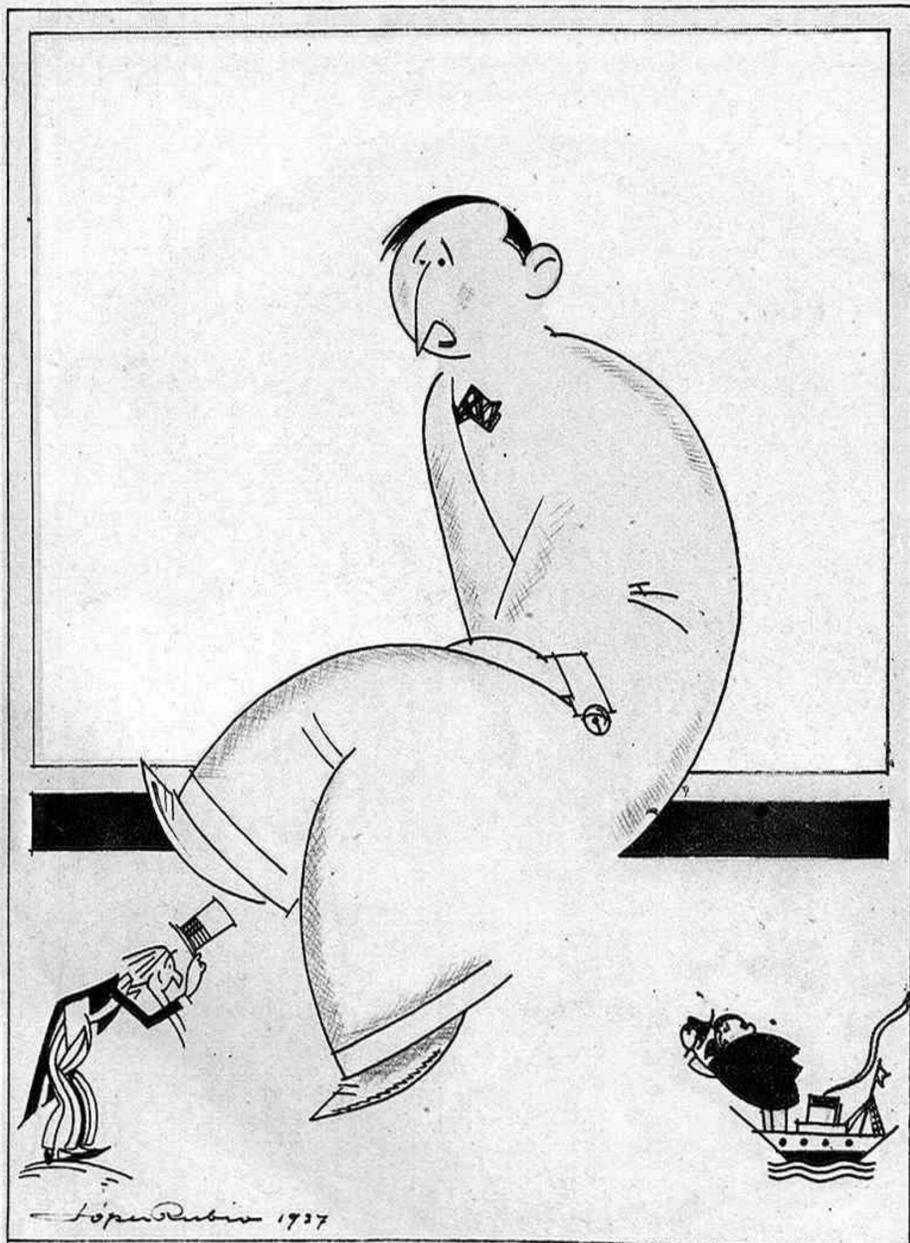
SEÑORA DE ARCOS

SEÑORA VIUDA DE PEÑA

SEÑORA O. DE PALENCIA

SEÑORA DE MADRINAGA

SEÑORA DE LUZURIAGA



Algunas de las caricaturas de damas del «Lyceum» expuestas por «Bon» en este club femenino

“ B O N ”

Su exposición del «Lyceum» femenino

** * Su próximo viaje á América * **

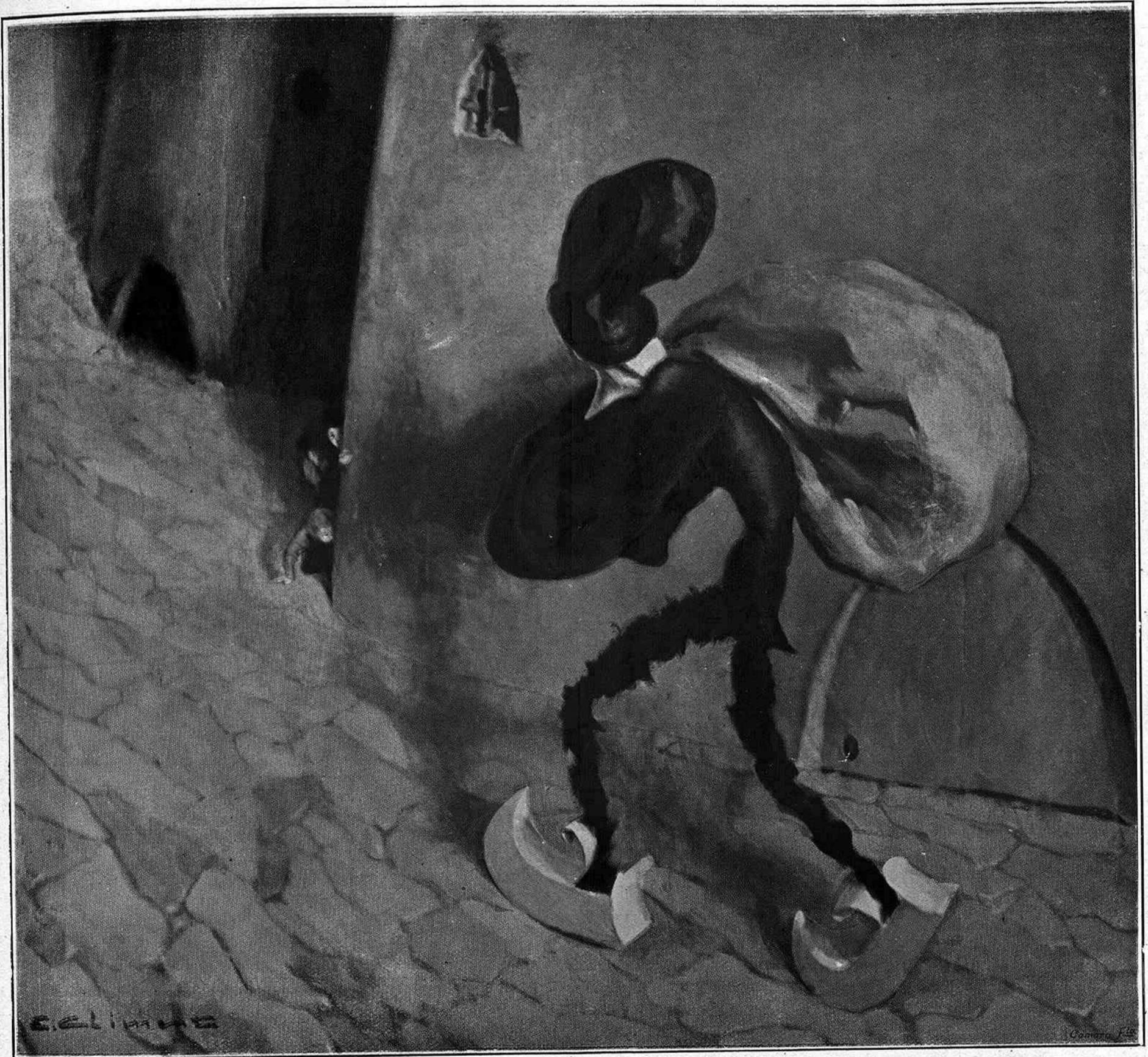
«Bon», el dibujante que sabe dar á su vida el humor y el desenfadado de su arte, partirá muy en breve hacia los Estados Unidos para representar á la Unión de Dibujantes Españoles en la Exposición que estos artistas van á celebrar en Nueva York.

Antes de su partida, «Bon» ha querido celebrar una exposición de dibujos suyos en Madrid. Y ha expuesto en el «Lyceum» femenino una serie de admirables caricaturas de señoras y señoritas pertenecientes al citado club. Caricaturas en las que triunfa, certero, ágil, burlón, ese trazo desenfadado, tan personal, del excelente artista...

«Bon» sabe prolongar en su vida, en sus horas de la calle, el espíritu risueño de su arte. No se da en él ese caso, tan frecuente, del artista que divorcia su labor artística de su vida corriente. «Bon» es un humorista, un gran humorista, en el dibujo. Pero lo es, también, en su vida, á la que él sabe dar ese sentido de burla, de canción y de pirueta que tras su apariencia frívola y su máscara alegre encierra, acaso, un fondo de muy humana filosofía...

Esta doble simpatía de sus dibujos y de su vida hará conseguir á «Bon» en América—en su labor propia y en la representación de sus compañeros—el éxito que fervorosamente le deseamos.

«Bon», visto por López Rubio



«El hombre del saco», cuadro original de Enrique Climent

EL LEJANO HOMBRE DEL SACO

EL arte extraño, personal é inquietante del pintor Climent ha imaginado este raro muñeco, fantoche de trapo que avanza con un saco á cuestas, por una calle pina, empedrada, entre muros que parecen de fortaleza hosca. Tras una esquina se esconden unas figuras menudas, temerosas, acobardadas.

Caemos pronto en la cuenta de quién es este hombrecillo delgado, extraño, cuyo cuerpo flaco se curva bajo el peso enorme que gravita sobre las espaldas. Es un viejo amigo de la infancia de todos. Un amigo quimérico, inexistente, pero que puso un ritmo de zozobra en aquellos primeros días nuestros. Un amigo olvidado ya, como tantos otros amigos—también quiméricos, inexistentes—que quedaron lejos, al quedar lejos aquellos primeros pasos en la vida...

¿Lo recordáis ya? Es *el hombre del saco*, aquel hombre siniestro que robaba los niños y los me-

tía en su gran alforja para llevarlos á un lugar misterioso. Los niños le temían, le huían... Por eso se esconden tras la esquina estas figuras menudas de la estampa...

En las claras horas infantiles, el hombre del saco—y algunos otros personajes de aquel mundo misterioso y amenazador—fueron una sombra. ¿Por qué en las historias de niños lo feliz, lo amoroso y lo risueño se ha de acompañar siempre de lo medroso, de lo obscuro, de lo turbador de sueños y de risas? Las heroínas blancas, los príncipes prodigiosos, los cuentos de alegre fantasía vienen junto al gesto torvo de los ogros, á la siniestra sonrisa de las hadas maléficas, al prestigio atemorizador de este hombre del saco que se lleva á los niños... Al lado de Caperucita, asoma el lobo su hipócrita crueldad...

Nunca llegamos á ver, en aquellas jornadas, al hombre misterioso. No lo vimos materialmente.

Nuestra imaginación, milagrosamente, lo vió muchas veces, hecho de nieblas, de vaguedades, de sombras, de formas indefinidas, maléficas, fantasmales. El hombre del saco era para nosotros impalpable, incorpóreo y, sin embargo, tenía en nuestro espíritu una vida poderosa, como si fuera real. A lo largo del tiempo, este hombre del saco, hermano de otros parecidos personajes que atemorizaron nuestra frente, fué quedando atrás, olvidado... Y he aquí que hoy, en la estampa de un pintor, encontramos al viejo amigo. Y al tenderle nuestro saludo, no podemos evitar un poco de melancolía. Porque en nuestro espíritu—¿dónde están aquellas horas claras?—ya no hay aquel lejano temor, substituído ahora por una sonrisa tristemente irónica y grave hacia el raro fantoche de trapo y de pesadilla...

GABRIEL ARACELI

DESPUÉS DEL TEATRO

La camarera, que había saltado á tierra, iba á tocar el timbre cuando dió un grito.

—¿Qué hay?—preguntó desde el coche la voz de Lota.

Pero ya la otra se le había ido á reunir, fijando en el portal de la casa sus ojos asustados.

Una figura de hombre se aproximó al estribo; entonces, á su vez, Lota se echó atrás con un movimiento instintivo.

—Perdón, señora—dijo él, al tiempo que el cochero iba á intervenir—. Soy el padre de Julio. Vine infructuosamente durante varios días, y, como me urge hablarla, he aguardado esta noche su vuelta del teatro.

Lota se había repuesto; ahora examinaba al desconocido, un sujeto alto y casi viejo vestido con modestia; parecía resuelto á todo, y ella, exhalando un suspiro, empujó á su doméstica.

—Anda, Sidonie, y que nos abran pronto.

El viejo, desde la acera, divisaba en aquel interior acolchado donde se replegaba la actriz todo un confuso montón de encajes, joyas y, sobre todo, flores; las había hasta en el pescante en manos del cochero, y desbordaban por las portezuelas, como si aquello fuese una jardinera.

—¿Quiere usted ayudarme, caballero?

Le tendía su mano, enguantada de blanco, y él se estremeció al contacto de aquellos dedos, que tantas veces habría besado su hijo.

Descendió con un rumor de sedas, y una como atmósfera tibia y perfumada se esparció por aquel trecho de calle tan solitario y tan húmedo.

—Ve delante, Sidonie, para que nos muestres el camino. ¡Ah, Francisco! Deme usted el ramo; el señor me lo llevará.

Echaron á andar por la escalera angosta, tapizada de rojo. Arriba, la criada, soñolienta, acababa de encender un mechero.

La camarera iba como avanzada, abrumada por el peso de las flores; Lota, un poco más atrás, recogía con ambas manos sus faldas, y cerraba la marcha el viejo, cargando el *bouquet* de honor.



Una serie interminable de ladridos estalló en lo alto, y, con un rumor de cascabeleo, una perrita se arrojó sobre los que subían, retrocediendo á medida que avanzaban.

—¡Eh, *Gri-Gri*! ¿Qué te pasa? ¡Es un amigo, hija mía!

Habían alcanzado por fin el vestíbulo, adornado con plantas y estatuillas. La perra hacía fiestas á su dueña, sin dejar de gruñir de cuando en cuando.

—Pase usted, pase usted; en un instante vuelvo.

Y con la misma familiaridad con que poco antes había empujado á su doncella, lo empujó á él á un saloncito guarnecido de rosa con grandes cortinajes blancos; allí también había flores, pero marchitas, como de la víspera.

Al encontrarse solo, repasó el viejo el delicado discurso que iba á decir. El corazón parecía llenarle el pecho. En las manos de aquella liviana criatura estaba la última esperanza de su hijo, y era preciso mostrarse muy elocuente para llegar á conmovérsela.

Mientras tanto, en toda la casa se oían órdenes y gritos. Sidonie penetró al saloncito en busca de algo; parecía francesa y vestía casi con igual elegancia que su ama; tornó á salir al cabo de algunos instantes.

El que esperaba volvió á considerar lo que le traía allí. Desde hacía quince años que lo abandonó su mujer, había concentrado en el hijo todo el amor. Eran pobres, pero vivían con tranquilidad, y cuando Julio concluyó las humanidades, pudo emplearse en su misma oficina, y ya fueron dos á sobrellevar la carga. ¡Qué delicia de vida, juntos siempre, porque ya no eran como padre é hijo, sino compañeros de trabajo y de pensión; todo hasta esa maldita temporada que trajo á Lota como primera actriz! Desde su modesta butaca, el mozo ya no apartó su anteojo de ella, creyendo haber descubierto su estrella, la que todos buscamos en la tierra.

Estrella, sí; sólo que demasiado alta y en un firmamento imposible. ¡Oh, señor! ¡Cuántas vigiliadas dolorosas, cuántas confidencias! Después el mutismo, el ensimismamiento desesperado; después la ilusión, el capricho de ella, el cielo, y después la caída más honda, sin esperanzas de rehacerse. ¡Cómo había sufrido el viejo delante de aquel drama en que todo su amor de padre no podía nada!

Pero ahora era otra cosa: su hijo se le moría, ya no quedaba duda, y sólo se trataba de endulzarle los últimos instantes: que piadosamente ella le cerrara los ojos con un beso; que, como compensación de haberle mentado..., le volviese á mentir.

Un rumor de faldas lo trajo á la realidad. La tenía allí, ante él, ves-

tida con un peinador de noche y la cabellera suelta por la espalda

—Naturalmente. ¿Tomará usted el té conmigo?

El viejo no quiso decirle que había salido furtivamente; que si el enfermo despertaba y no lo hallaba cerca de él, se volvería loco.

—No, señora; gracias. Es una breve atención la que solicito de usted; un favor tan grande y tan fácil.

Contemplaba los dibujos claros de la alfombra. Sus zapatos, que estaban sucios con el barro de la calle, habían dejado huellas, y esto aumentó su embarazo.

—Pero, ¿por qué no se sienta?—insinuó Lota, dejándose caer ella misma en una mecedora—. Siéntese, mi querido señor.

Ahora le tocaba el turno de mirarse los pies, tan pequeños, calzados con botinas de raso azul.

—El padre de Julio...—murmuró, abstraída—. El padre de Julio... ¡Cuánto habíamos hablado de usted!

Este recuerdo que habían hecho de él en otro tiempo le aproximó a ella; entonces expuso su pensamiento con más libertad.

—Usted va a hacerse cargo... ¡Oh, yo no la culpo de nada; nadie manda en su corazón!; pero

Julio se me muere, señora, y, como obra de misericordia, es preciso que usted le lleve su presencia; será como el Santísimo para el pobre.

El rostro de la actriz se había puesto sombrío. Dejó de balancearse y permaneció así, muda y retraída.

Su interlocutor la miró de soslayo, con inquietud. Creyó ver que la batalla estaba ganada.

—Vivimos lejos; es cierto; pero usted tiene carruaje, y luego no es preciso que sea esta noche misma; mañana, a cualquier hora. No le prevendré, por si usted tarda; pero, créame, él no se sorprenderá absolutamente. Sabe todo lo buena que es usted.

¡Oh, blasfemia! ¡Creerla buena él, después que le había desgarrado el corazón, que se lo había pisoteado como un bolsillo vacío, como hacen todas las mundanas con los corazones humildes que se les ofrenda! Si el amor fuese una joya...; pero, ¡Dios mío!, en el empeño no pagan nada por el amor.

—¿Vendrá usted, no es cierto?

Estaba próximo a echarse a sus plantas. Todo el mal que le había hecho, todo lo que la había odiado, desaparecía en un momento.

—Pero usted cree de veras...—murmuró ella, contrariada.

—¿Que se muere? El médico ha dicho que no concluirá la semana. Me lo ha dicho porque pensó que sería mejor prepararme el ánimo para



que esto no me coja de sorpresa; ya ve usted, ¡voy a quedar tan sólo! Era mi todo. A veces, cuando estoy cerca de él, me desespera esta idea. ¿Cómo retenerle? ¡Ahora, tan cerca, y mañana, el abismo por medio!

Ocultó la cara en el pañuelo y sollozó con fuerza. Su largo cuerpo temblaba, las manos, todo en él sufría.

Un ruido de cascabeleo sacudió el silencio. Acababa de entrar Gri-Gri, vestida con su capita de paño blanco.

—Eh, Gri-Gri, viens ici ma fille, ma jolie petite fille; oh, qu'elle est drôle! Comme elle est drôle!

Este francés salía tartamudeado, con una pronunciación horrible. Mademoiselle Sidonie asomó la cabeza.

—¿Traigo el té?

—Diga una palabra, señora—interrumpió el visitante—; nada más que una palabra, y me retiro.

Ella hizo un gesto desolado.

—Todavía no, Sidonie. Llévate a Gri-Gri. Tengo que terminar un asunto con el señor... Y no olvides de poner agua a las flores—gritó cuando ya la camarera había desaparecido.

Reclinada en la silla, comenzó a hablar con voz lenta. Quería explicarle al viejo que a ella nada le quedaba que hacer cerca de su hijo, que mejor era dejarle en paz; pero como en el fondo

de todo estaba su egoísmo, su horror a sacrificarse, la explicación se hacía trabajosa.

—No es por mí, créamelo, sino por él, por evitarle malos recuerdos. Sería arrancar la venda de la herida, y, ya ve usted, aquí no hay culpables: le amé; un buen día aquello pasó, y... ¡tan amigos como antes!

Todo estaba dicho, y para que el otro insistiera se necesitó que hubiese traído a la memoria la imagen del ausente, tan pálido y doloroso. En el afán de conmovérsela, llegó hasta las revelaciones íntimas y, violando el secreto de confesión, mostró al moribundo con todas sus debilidades de enamorado, sin otro efecto que aumentar el menosprecio de la mujer y halagarle su vanidad. Tampoco comprendía que la hora era avanzada y que, si quiera por cansancio, ella no volvería sobre su resolución.

—¡Figúrese usted, mi buen señor, si cada uno que una amase exigiera otro tanto! Pasaríamos a ser hermanas de caridad. ¡Oh, no! Eso da mala sombra, y luego es superior a mis nervios ver sufrir. ¡Qué quiere usted, no está en mí!

Avergonzado de haber venido a implorar una limosna de caridad, preci-

samente a quien no tenía corazón, el viejo se puso en pie; hasta alzó el brazo como para maldecirla.

—¡Ah! Cuando usted no sea ya hermosa ni tenga ya voz; cuando...

—Por eso mismo—interrumpió con frialdad la actriz—, cuando no me quede juventud ni talento, ninguno de los que ahora se arrastran en torno mío querrá tenderme la mano.

—Entonces...

—... Entonces tampoco importunaré yo a nadie, y, como los pajaritos, me esconderé para morir; como los pajaritos, mi buen señor.

Sonreía tan insinuantemente, que se hubiera podido pensar que nada había hecho ni dicho que no fuera perfectamente amable. El viejo recogió su sombrero.

—Quede usted con Dios, señora, y que El la perdone.

—¡Sidonie, sirve el té!—gritó ella, esbozando una reverencia.

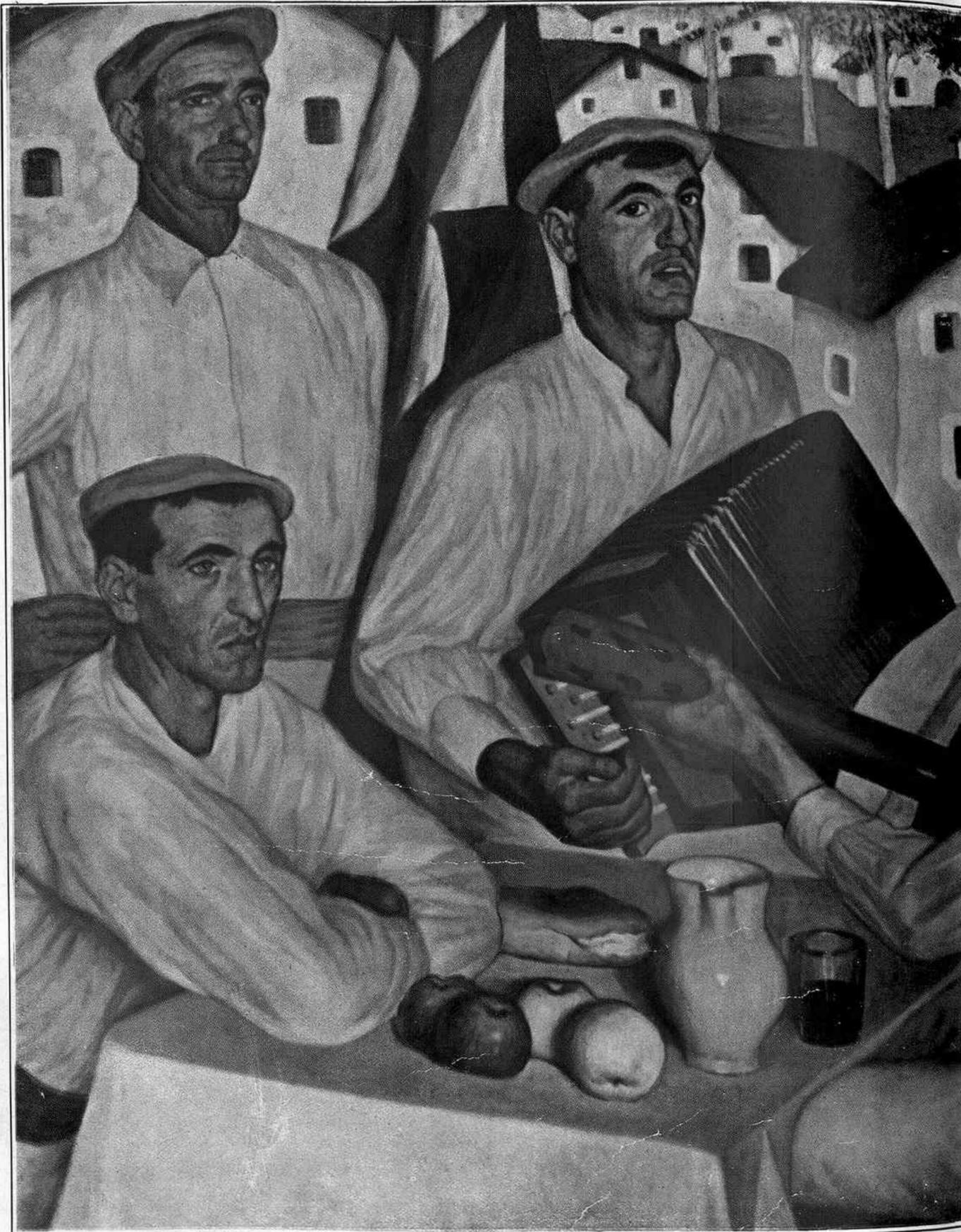
En la escalera la perrita volvió a ladrar. El descendía, descendía; le faltaba el último tramo cuando oyó sobre su cabeza la voz de la criada, que se inclinaba sobre la barandilla:

—Apriete bien la puerta, si hace el favor.

... Y el cascabel del perro sonaba furiosamente.

AUGUSTO D'HALMAR

(Dibujos de Tejada)



COSTUMBRES VASCAS



« Los espatadantzaris », cuadro original de Valentin de Zubiaurre

HONRANDO AL SABER MÉDICO

MONTPELLIER EN SU ESCUELA DE MEDICINA



EL DOCTOR ESPAÑOL ARNALDO DE VILANOVA
Profesor célebre de la Universidad de Medicina
de Montpellier



Sello de Jaime I, señor de Montpellier, que figura
en los privilegios por él dados á la Universidad



EL PROFESOR BOISSIER DE SAUVAGES
«La Medicina y el Amor en el tiempo», de Marivaux, que figura
en la sala de Consejos de la Facultad de Medicina

Si bien nuestros archivos están plenos de interesantes datos, de demostrativos documentos, que podrían dar en definitiva la

razón de que nuestra Patria ha figurado siempre á la cabeza de la actividad docente, no es menos cierto que bien porque el sol, que, colgado del azulísimo telar de nuestro cielo, invita á diario, por ser más adelante, á rendirle adoración con nuestra presencia, huyendo lo más posible de los lóbregos recintos donde se apilan informes legajos dormidos bajo el polvo de la ignorancia, ó ya porque la sangre meridional que bulle en nuestras arterias, y hace trepidar más bien que nutre el organismo, por ello mal dispuesto á un pacienzudo trabajo de búsqueda, el hecho es que las bibliotecas no cuentan con muchas demostraciones de una ordenación metódica y realista de cuanto hace referencia á las viejas Universidades españolas.

Chacón nos dice algo, no mucho, en el siglo XVI sobre la vida universitaria de Salamanca.

Es verdad que en la centuria XVIII se escribió por Figuerola, Ortí, Floranes y Valladares sobre la Universidad citada, además de la de Valencia, Valladolid y la primitiva castellana, asentada en la ciudad Palentina.

Después de transcurrir la tercera decena del siglo XIX, cuando se quiso injertar en los centros docentes españoles el Código de Napoleón, dada la savia nueva con que se pretendía rehacerles, surgió la apetencia de conocer la primera implantación de sus raíces y fueron evocadores de las indicadas instituciones, y además de las de Sevilla, Zaragoza, Granada y Santiago, aquellos ilustres escritores que se llamaron Martín Villa, Gil y Zárate, Boroa, La Fuente, Viñas...

Pero todos adolecieron del defecto que se nota, incluso en las obras históricas que de todas las Universidades europeas, publica-

ron Rasdhall en Inglaterra, Denifle y Kaufmann en Alemania, donde se conoce de la vida oficial, monótona, encasillada, pero se prescinde de todo el ambiente poético que vive á expensas de la juventud de sus actores, y que forma la característica de los núcleos escolares.

Por esto ha surgido un deseo que es la respuesta de una necesidad que de tiempo atrás se hace sentir, de desmenuzar la vida humana en sus diversos sectores, buceando precisamente en la sección anecdótica y dejando á un lado la prosa de

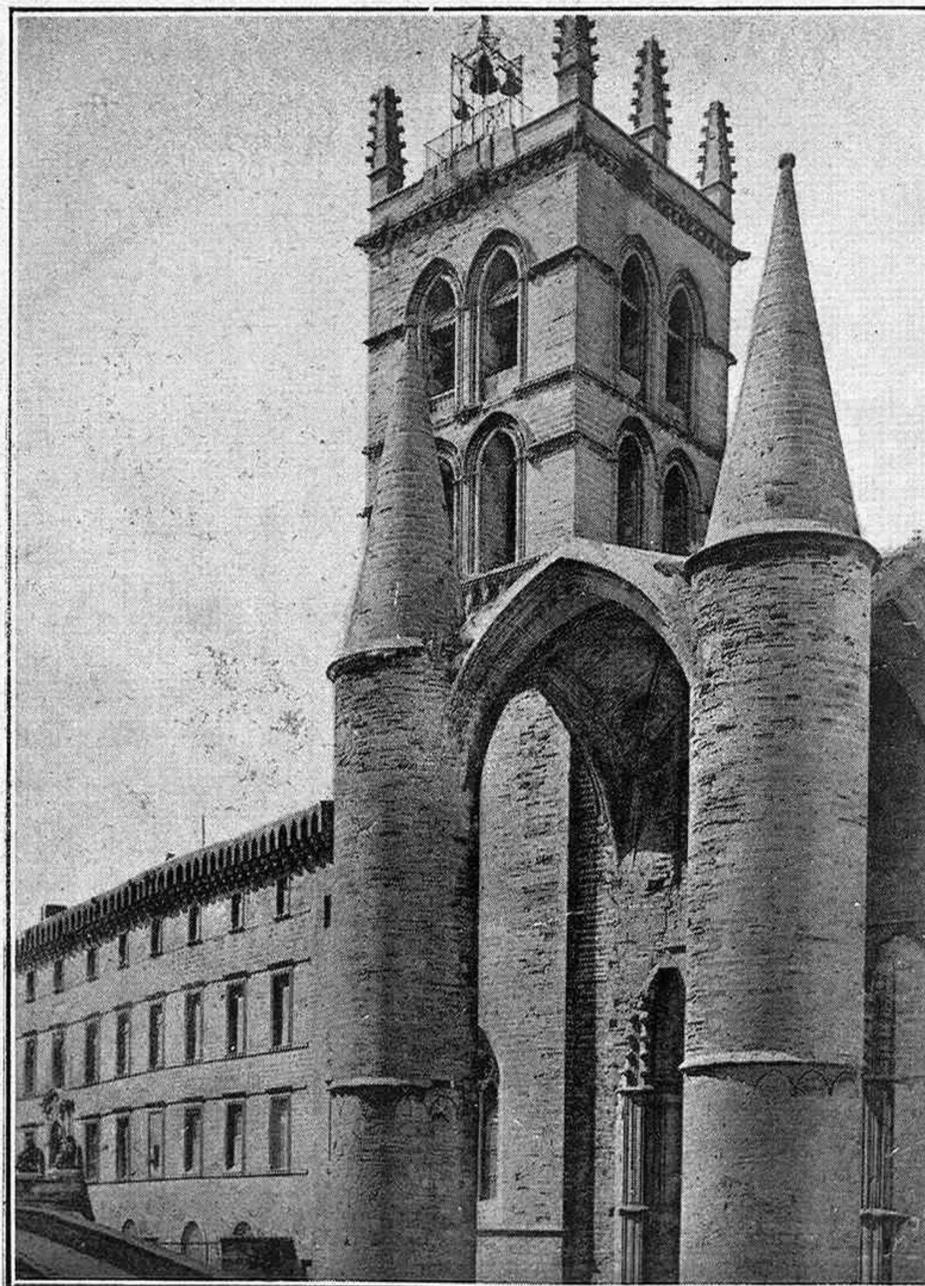
la que siempre se nutrió la Historia, con su anodino cortejo de datas y pasajes de menor cuantía.

La masa profesoral de Montpellier responde al unísono, desde casi su fundación, á no permitir pase un minuto que constituya motivo de ensalzamiento; á no dejar olvidado personaje alguno que forme por sí ó en unión de los demás, digna base de orgullo universitario, sin que se le recuerde en los momentos de más oportunidad.

De este modo ha venido constituyendo, á través de los siglos, la ininterrumpida cadena que, integrada por eslabones distintos, en forma y tamaño con relación á las distintas épocas en que se forjaron, es por su extensión y trabajo la más valiosa presea que con justo orgullo exhibe al mundo esta ínclita Universidad.

El pétreo y más anciano documento viviente que, aunque caduco por las mordeduras del tiempo y las ambiciones humanas, aún se yergue, si bien trabajosamente sostenido, es la Catedral de Maguelone, único símbolo que resta y viene diciendo á los contemporáneos de muchas centurias, que fué núcleo de atracción de todas las riquezas orientales y africanas que á sus plantas rendían los nautas mercaderes. Nos habla también de la fiera tenacidad de Carlos Martell, que quiso ver por sí mismo destruido el solar de sus mayores, antes que dejarlo en manos de los enemigos de su Patria y de su Fe.

Si pasamos una ojeada por el archivo que es ornato de la actual Facultad de Medicina, una de las escasas que se restablecieron después de la Revolución Francesa, vemos que es la única que se parangonea con los sabios de la Sorbona y con los doctores de Salamanca, allá en el Siglo de Oro de nuestras letras, en que los estudios de Humanidades sobre urdimbre teológica, con recamados de filoso-



La Catedral y la Universidad de Medicina



Escalera de honor de la Facultad de Medicina de Montpellier

ña, precisas aplicaciones á las que nunca faltaba el atrayente festón de la Medicina astrológica. Todo ello viene hilvanado con un purísimo latín y oportunas citas helénicas, y es la base del saber de aquellos varones hoy por nosotros tan admirados.

La dinastía de los Guillermo, que eran condes de Montpellier desde que su señorío denominóse en la infancia *Mons Pistularius*, es el linaje de sagaces gobernantes, que en el *fastigium* de su

vida permiten al Pontificado, que, dentro de su jurisdicción, vaya beneficiando con acertados Ordenamientos el desarrollo de la Escuela de Medicina, la que tomó gran incremento merced á los buenos deseos que en 1220 manifestó el cardinal Conrado, en los que más tarde abundó el obispo de Sora, y á los que pusieron digno remate los franciscanos, prior de San Fermín y Freyre Hugo Mans.

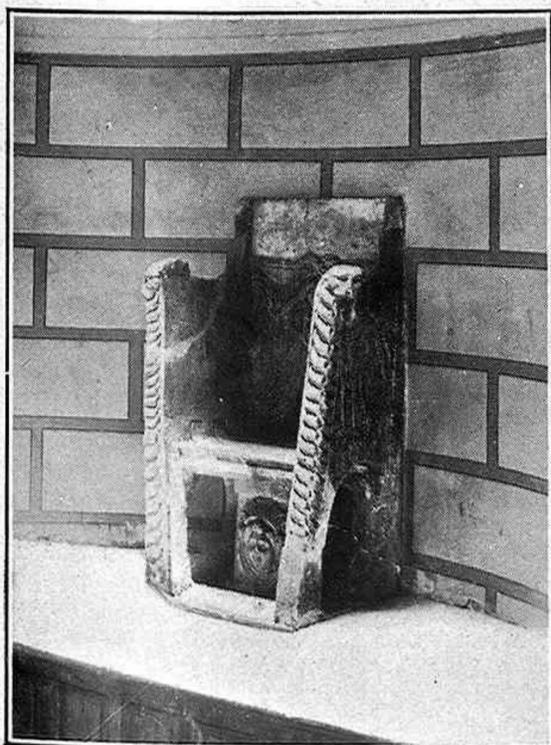
Tan preciada herencia fué recogida por los Reyes aragoneses y mallorquines que desde Pedro II hasta el cuarto del mismo nombre tuvieron especial empeño en abonar aquel vergel de la ciencia de su feudo, y ufanos pudieron contemplar su obra en la opulenta cosecha galardonada con los frutos que llevan por nombre acrisolado Arnaldo de Villanova, Gui de Chauliac, el excelso Raimundo Lulio, el clarividente canciller Guntonia, y todo un enjambre de pontífices y guerreros, en el que no falta la púrpura cardenalicia. Van y vienen desde Avignón, pasando por Montpellier á Roma, y avaloran el romano camino de la Monnai durante los dilatados años en que las villas francesas discuten el derecho como Sede pontificia con la Ciudad Eterna...

Rabelais se nos muestra en su muy azarosa vida muy semejante á la de nuestro Morales de Villarreal. Los Proto-Medicatos montpellerinos son tan considerados en la Aulica Facultad cual los de la Escuela de Guadalupe. Así vemos cómo el médico alavés Lope de Escoriaza, consejero y guardador de la salud del Emperador Carlos I, tiene el mismo relieve por haberse doctorado en Montpellier, que el alcanzado por el lupiense Sorapan de Rieros.

De la antigua Escuela médica, hoy Facultad de Farmacia, fundada por Jaime el Conquistador, es la que avivó los primeros momentos de entusiasmo que, en los comienzos del siglo XIX, aureolaron la fantasía de Balard, antes de que tomara cuerpo y cristalizara en invención práctica su

grandiosa concepción sobre el «Murido» que, después de pasar por la constatación de la Academia de Ciencias de París, concluyó con el grandioso descubrimiento del Bromo, acontecimiento científico mundial que ha glosado en estos días, con los más ardientes fervores, todos ellos merecidos, la gloriosa Universidad de Montpellier. [

DR. FERNANDEZ DE ALCALDE

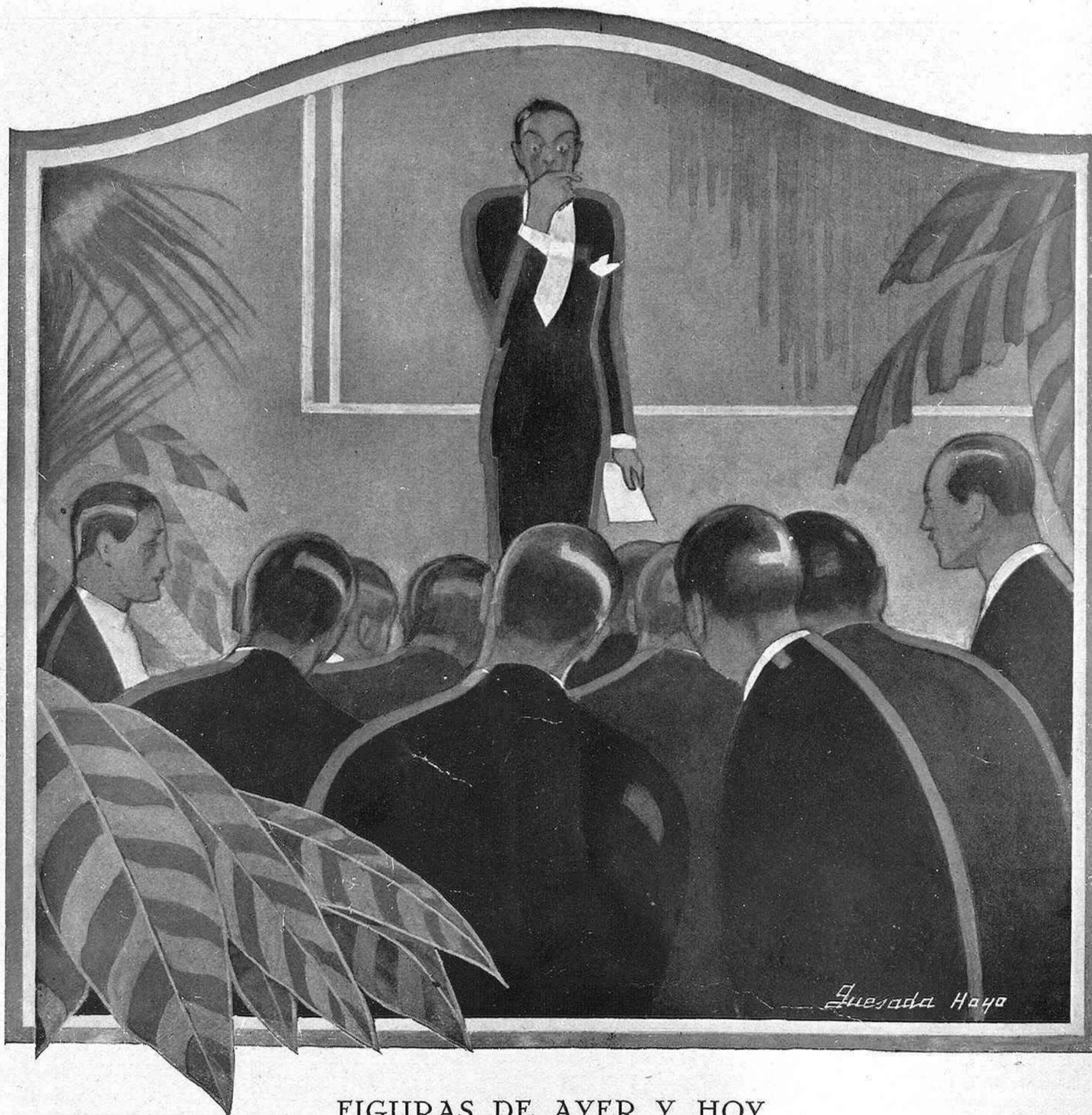


Sillón de piedra donde se sentaba el profesor para dirigir las autopsias en el antiguo anfiteatro



A la sombra que proyecta el traje académico de Rabelais, que la antigua Escuela de Medicina conserva como preciada reliquia, el glorioso centro docente sigue en su marcha triunfal





FIGURAS DE AYER Y HOY

EL CONFERENCIANTE

Al dirigirme á las bellas, nobles y honestas damas y á los cultos é inteligentes caballeros...

Una señora gorda, con una verruga en la nariz, vestida con un *modelo* de Paquin—lagarto y añil—interpretado por su portera, se esponja y rebuye en su asiento orgullosa; otra cincuenta, negra y barrigona, vestida de corinto con lentejuelas de oro, hija de un contratista de zapatos para el ejército en la guerra carlista, donde por su culpa anduvieron todos descalzos, sonrío satisfecha; y una chata, *sicalíptica* en el firme repujado de carnes, echa una mirada anonadadora á su amante, sentado junto á ella. También los caballeros siéntense contentos y aprueban sin reservas los prolegómenos.

Decididamente, el conferenciante tiene mucho talento y no defrauda las esperanzas puestas en su disertación. Cuando fueron allí, bien sabían ellos... No había más que verle, ¡tan co-

rrecto!, para comprender que era una persona de valía, y que no había de decir sino lo que debía...

Pues claro está que no iba á decir sino *lo que debía, lo que era regular...*, á lo menos en opinión de sus oyentes.

Porque es el caso que en eso, en no decir sino lo que los oyentes quieren que se diga, algo que ellos, si no piensan, presienten, pero que... no saben decir, está el arte actual de la conferencia.

Hubo un tiempo en que un conferenciante podía poner en sus disertaciones cabeza y corazón; ahora, no; el cerebro es algo que sirve para esa fea y peligrosa función que se llama pensar, y el corazón para esa no menos arriesgada que se dice sentir. Como la vida moderna es sabia y previsora, y comprender, amar y padecer, cosa peligrosa, ha comprendido la sociedad la necesidad de andadores, de alambradas, de riendas, y al igual que en las modernas ciudades se cercan

con espinos artificiales los jardines, cerca con mil reglamentaciones y trabas las palabras y las acciones. Antes, en las conferencias se lanzaban gritos de rebeldía, imprecaciones, denuos; se hacían gestos rotundos de sublevación; arte, literatura, política, sociología, sufrían los embates de los reformadores; se tambaleaban; oscilaban sobre sus asientos, que crujían. Ahora, no; ahora el arte de la conferencia es un arte banal y amable, parecido al hablar de un comensal.

Pero escuchad. El señor Perogrullo sigue su disertación:

«¡Respeto para los ancianos! Ellos también hicieron su obra; fueron jóvenes. Pero respeto para los jóvenes, que van á hacer la suya..., y con los años serán viejos!»

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT

(Dibujo de Quesada Hoyo)



Estatua yacente de D. Eduardo Dato, modelada en barro por el ilustre Benlliure,

y destinada al Panteón de Españoles Ilustres de Atocha (Fot. Daniel)

« IN MEMORIAM »

LA SOMBRA DE DON EDUARDO

SEIS años... Creí que, como tantas otras cosas que por deber de gratitud, no pudo olvidar nunca España, y las olvidó, la sombra de Dato se iría esfumando rápidamente entre la febril actividad que ha invadido nuestra vida nacional, con serio peligro de quebrantarla, al igual que la vorágine suicida que arrastra al Universo hacia el fin del cerebro y la apoteosis de la animalidad; y creí también que las nuevas etapas transformadoras y críticas de las ciencias morales y políticas lograrían, á fuerza de entusiasmos explicables más por su intención que por su lógica, ir mitigando en las memorias flacas de nuestros días el recuerdo de aquel don Eduardo, al que con tanto acierto podía definirse con el Libro Sabio: «Más vale el paciente que el fuerte; y el que domina su corazón, vale más que el que se apodera de ciudades.» (*Prov.*, XVI, 32).

No ha sido así.

Por ese destino misterioso que rige la vida de los pueblos y de los hombres, la sombra de Dato adquirió tras su muerte, coincidente —quién sabe si provocadora— de curiosas páginas de la Historia Nacional que aun vivimos tan intensamente, una excepcional vigorosidad, hasta el punto que su moderación trazó tras él la estela que Bossuet atribuía á Miguel de Tellier, canciller de Francia, cuando en San Gervasio, de París, decía á los obispos: «Pero lo que hace á su moderación más digna de alabanzas es la extensión de su talento, nacido para la actividad, y la energía, que durante largos años le hizo sacrificar su cabeza á los furiosos civiles.

Si me veo obligado hoy á trazar el cuadro de nuestras desgracias, no daré excusas á mi auditorio, en el que, por cualquier lado que mire, todo lo que se presenta á mis ojos me muestra intachable fidelidad, ó tal vez breve error reparado por largos servicios.

En tan fatales coyunturas, necesario era para un ministro ser hombre de talento enérgico y de carácter seguro que, habituado á las corporaciones, conociese las órdenes del Estado y el espíritu de la Nación.»

Nada podría añadirse á estas palabras pronunciadas en 25 de Enero de 1686 por el cronista que ante el aniversario del querido muerto quisiese recordarlo á sus lectores.

Dato, por esa misma condición, precisamente definida por el fa-

moso orador francés, vive con nosotros, y no hay español que no tenga en su mente un momento cada día, por comparación, por equilibrio, por temor ó por añoranza, porque nadie supo como él conocer el espíritu de su país, sin exageraciones ni timideces, sin reservas mentales ó frases convencionales sobre el pulso de España.

Porque Dato supo realizar, dentro de su vida intensamente patriota, la difícil unión del exacto concepto de las cosas y las posibilidades para su incorporación á la existencia práctica del país. Tuvo el acierto de apartar los sueños de las exigentes necesidades; la vibrante imaginación del pueblo latino y la pobre verdad de todos los días, de todos los pueblos.

No era como los cáusticos clásicos, que con tanto afán se esmeran eternamente en nuestra tierra en destruir—ideas y hombres—, sin nociones de constructor, ni habilidad, ni audacia; era sencillamente: Experiencia.

Conocimiento de su pueblo, mucho más allá de los salones de tapices, de las cámaras egregias, de los pasillos de oficinas y de patios de cuartel. Y mucho más acá de los sótanos de conspiración, recovecos de inquietud y redacciones de mentiras.

Eduardo Dato era el equilibrio, la moderación. El freno de los impulsivos y el estímulo de los apocados. Era ese hombre que tienen todas las historias políticas de los pueblos, y de los que pudo decir Emilio Castelar: «Son éstos los hombres que obligan á decir que los estallidos de las revoluciones se deben á otras causas: no era tanta la corrupción de la Corte de Luis XVI como la de Luis XV, ni la de Jacobo II como la de Carlos II, y, sin embargo, en tiempo de Luis XVI y de Jacobo II estallan revoluciones.» (22 Febrero 1870).

Y es que los otros tuvieron el hombre que supo detenerlas, aun á costa de sus propios prestigios.

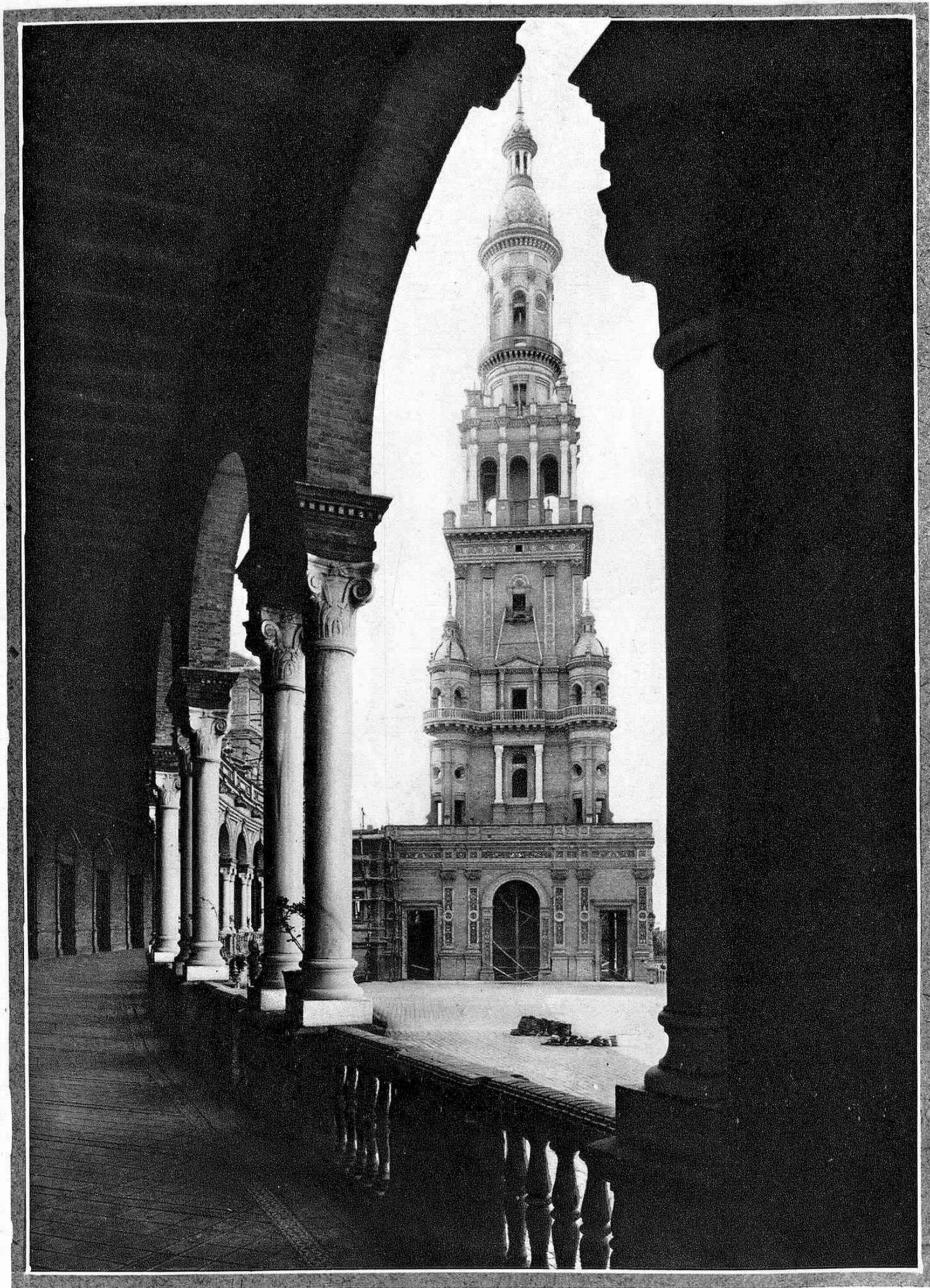
Los odios pasados no arrebatarán jamás la justicia del porvenir, y para la sombra de don Eduardo, esta justicia es su actual proyección sobre la vida nacional, por la que resbala suavemente, insistentemente, la lección de su vida austera, empapada en su misma sangre, que unos villanos glorificaron.

VILA SAN-JUAN



UN ASPECTO DE LA ANTIGUA SEVILLA
El Patio de los Naranjos, á la sombra de la Giralda y de la Catedral
(Fot. Serrano)

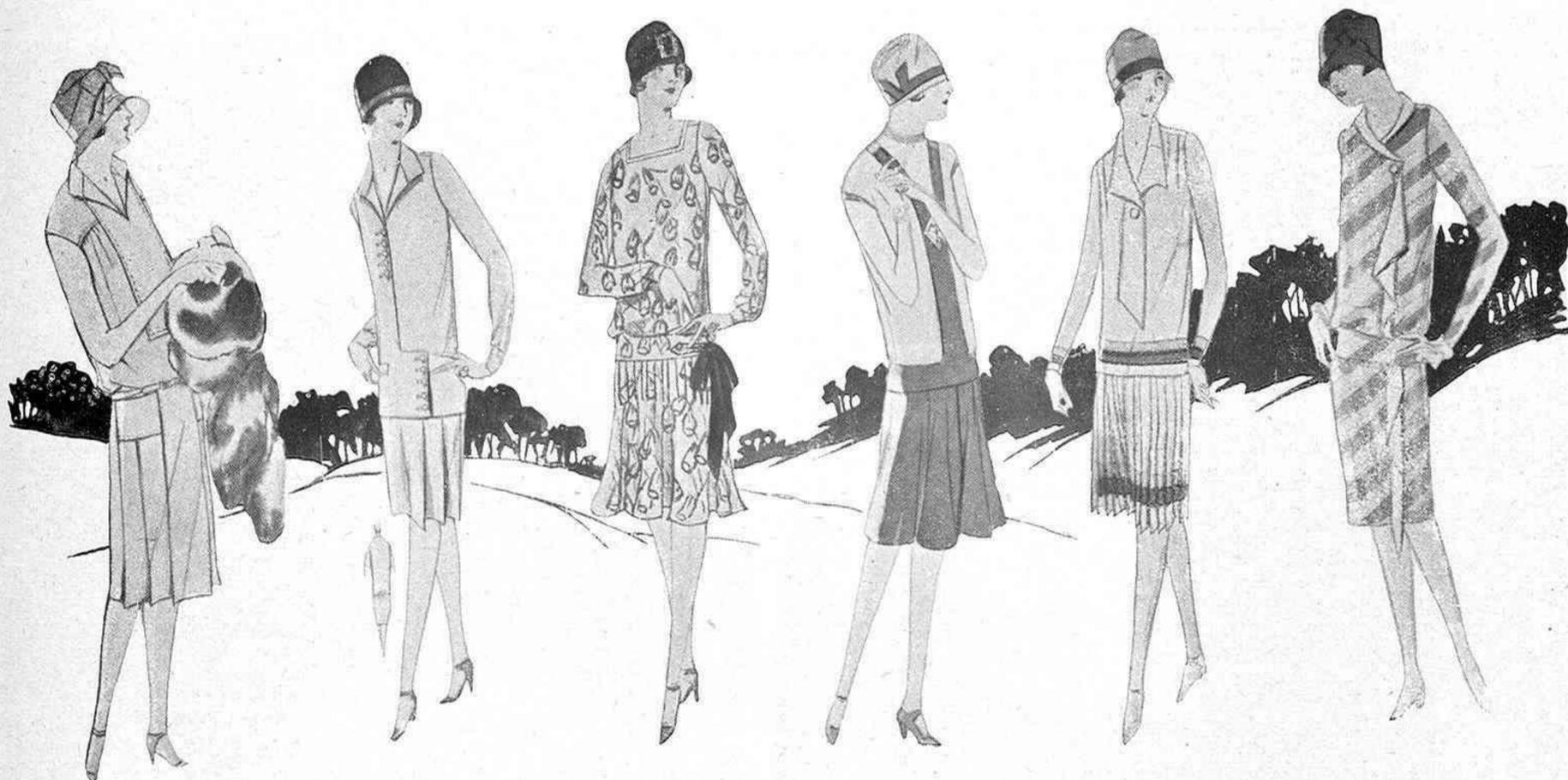




UN ASPECTO DE LA NUEVA SEVILLA
Detalle de la Plaza de España, construída recientemente
(Fot. Serrano)



LA SONRISA DE VALENCIA
Fotografía artística de Díaz Casariego



Linda colección de vestidos muy propios para la actual estación de Primavera

Elegancias

LA COQUETERÍA, FLOR DE PRIMAVERA

LA coquetería, como una flor de primavera, crece y se desarrolla con la llegada del buen tiempo. La Naturaleza reviste sus mejores galas; el cielo es más transparente y profundo; el mar es más liso y tranquilo. ¿Es de extrañar, por lo tanto, que la mujer, supremo adorno del mundo, exhiba también su belleza, buscando el medio de realzarla?

Esta época, sin embargo, presenta no pocas dificultades para que el buen gusto, la armonía y la verdadera elegancia no abandonen sus fueros; el invierno, con los abrigos, las pieles y los adornos de todas clases, es un encubridor de defectos; pero, una vez relegados aquéllos al olvido, la silueta aparece con toda su esbeltez, como las estatuas de los jardines cuando el musgo y la hiedra las abandonan al soplo de las cálidas brisas.

La moda presenta sus inconvenientes y escollos, de los que es indispensable precaverse. Los perfiles delicados, las líneas esbeltas, los contornos suaves son, desde luego, de un atractivo singular, á fin de que los anhelemos para nosotras mismas. ¿Qué duda cabe que de este modo las *toilettes* son más seductoras, aumentando todavía la gracia y el encanto de quien las lleva? ¿Adoptaremos por esto el mismo modelo y la misma forma, cuando son tan diversos y distintos los cuerpos de las mujeres?

Los célebres costureros Point, Doeillet, Dre-coll, Lucile, Lelong, Lanvin, Vroinret, Jahe Regny, etc., han dado recientemente una conferencia, disertando sobre este tema. «Todo el mundo—han dicho—culpa á los modistos de las extravagancias que adoptan muchas mujeres para vestirse; se nos tacha de fantásticos, de excéntricos, de originales; se pretende que imponemos á las masas femeninas nuestras elucubraciones, como reyes absolutos.



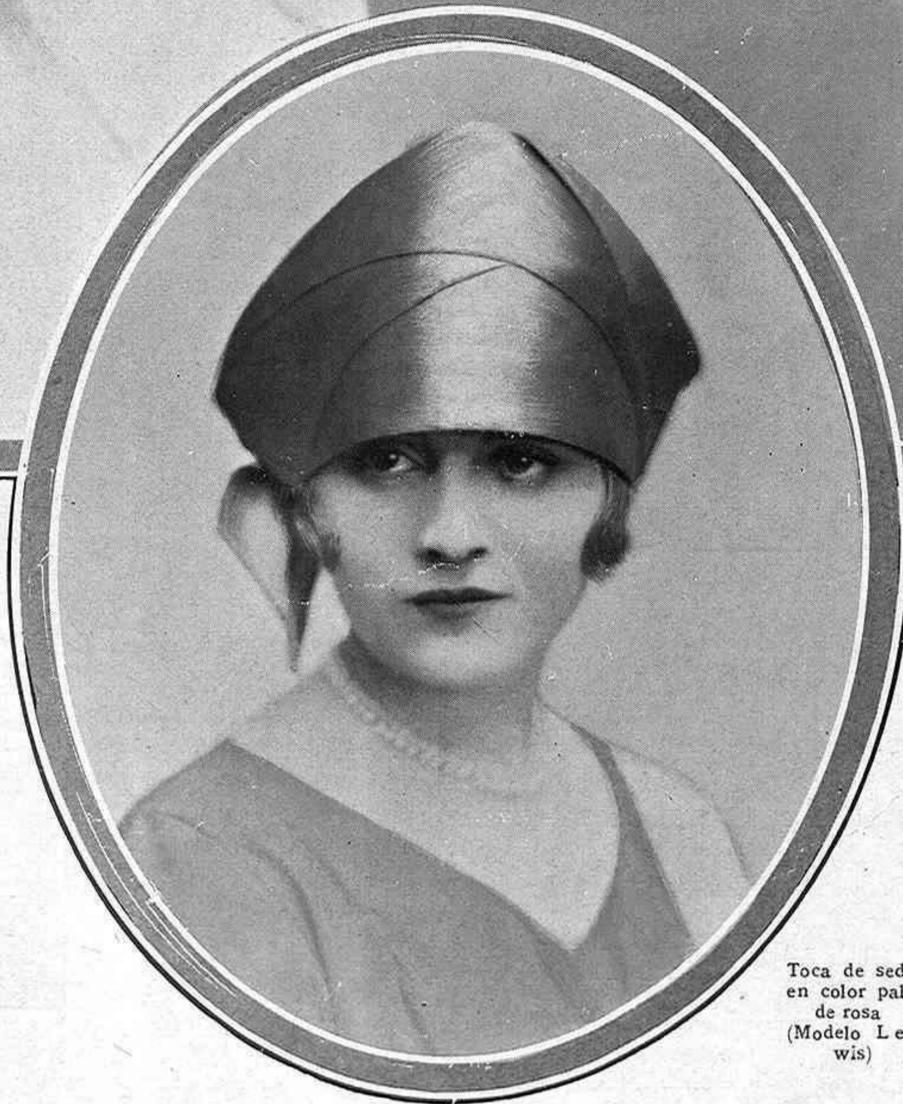
Vestido de noche en «crêpe georgette» bordado en perlas blancas (Fots. Manuel Frères)



Vestido de «crêpe» de China blanco, bordado en cristal y con una banda de armiño en la falda



Sombrero de paja en tonos beige y azul marino con cinta de este color (Modelo Blanchot)



Toca de seda en color palo de rosa (Modelo Lewis)

Todo esto, sin embargo, no reposa sobre ningún fundamento serio; la clientela que nos es peculiar se encarga de demostrarlo ampliamente; basta para convenirse de ello asistir por algunos instantes al desfile de las colecciones delante de un grupo de damas diferente; entre sí por los tipos y las edades.

Los vestidos que sometemos alcanzan una diversidad deslumbrante, pues cada temporada se cifran en doscientos modelos.

¿Creéis, por ventura, que cada una de las elegantes reunidas adoptará la *toilette* que lógicamente, artísticamente, le correspondería? Nada de eso. Todas, ó casi todas, escogen, quieren, exigen los mis-

mos modelos, porque los han visto llevar á ciertas amigas con envidiable donaire. Y por esta sola razón lo adquieren también, convega ó no á sus características personales.

Por esto se ven tantas ridiculeces que se amparan bajo el nombre mirífico de la moda. ¿Es posible evitar tan graves inconvenientes?»

Para ello no hay más que adoptar los consejos de los oradores á que antes me refiero:

«Toda mujer que sigue las indicaciones de su costurero viste con elegancia; la que se guía por su sola inspiración suele equivocarse lamentablemente.»

CLAIRE

LA
HEROINA
DE
UN GRAN
PLEITO
MUNDANO



«Peaches» Browning, la hermosa newyorkina á quien adoptó el multimillonario norteamericano Edward Browning, y que andando el tiempo se casó con su protector, ha entablado, contra éste, pleito de divorcio, dando lugar á uno de los procesos mundanos de mayor resonancia mundial en estos últimos tiempos. «Peaches» ha tenido que sostener ante el Tribunal una terrible batalla jurídica. Vencedora al fin, la bella muchacha se ha refugiado en una playa de las Bermudas, para descansar, lejos de las amistades y de los periodistas. He aquí á «Peaches» saliendo del mar, tan bella como Venus y un poco más vestida que la divina Afrodita...

(Fot. Marin)



Los aristócratas excursionistas del último «rally-paper» celebrado recientemente en Moncada, alrededores de la Ciudad Condal, á su regreso á Barcelona después de la animada prueba

COMENTARIO DEPORTIVO

Los últimos triunfos de los equipos nacionales

EL FÚTBOL, COMO ESPECTÁCULO DE PROFESIONALES, PLANTEA NUEVOS Y DIFÍCILES PROBLEMAS

No hay fórmulas de arreglo fáciles que canalicen el intento de crear la Liga de Profesionales. Y, sin embargo, es casi seguro que los que á sí mismos se titulan representantes de los grandes clubs, venciendo los obstáculos que parecen infranqueables, lograrán, al cabo, y á despecho de los intereses de las modestas sociedades, perjudicadas y hasta sacrificadas algunas inútilmente, reunir el primer grupo de entidades industriales con títulos deportivos que se dedicarán decididamente á la explotación del negocio del fútbol.

Al aprobarse el vigente reglamento de profesionalismo se previó el caso, y ahora, ante la realidad del público llenando en las grandes capita-

les los mejores estadios, ciertas gentes han abierto los ojos y se preparan á hacer la definitiva transformación que si para el deporte puede ser perjudicial, para la gaveta de los modernos negociantes habrá de resultar espléndida.

Tendremos, pues, clubs profesionales y entidades que exploten el fútbol; lo que aun siendo parecido por lo que toca al reglamento, en el fondo se diferencia bastante. Aquéllos, con arreglo á las normas actuales, todavía tendrán cierta justificación deportiva, cuando los esfuerzos redunden siquiera en beneficio de una colectividad cuyos socios tengan campos de tennis, salas de gimnasia, piscinas, pistas atléticas y, sobre todo, un parque al aire libre donde hacer los deportes que sean de su agrado. Las otras, consideradas como empresas sólo atentas á su negocio, deberán ser clasificadas de muy distinto modo, y menester será concretar antes los medios de que

habrán de vivir, en evitación de que jugadores y directivos se puedan llamar cualquier día á engaño.

EN BARCELONA, EL HOCKEY CATALÁN TRIUNFA Á MEDIAS, Y EN PARÍS EL FÚTBOL GUIPUZCOANO VENCE ROTUNDAMENTE

Uno de los mejores equipos parisinos de hockey ha jugado en la ciudad condal, mientras la selección guipuzcoana de fútbol actuaba en la Ville Lumière.

Los jugadores del mazo barceloneses han hecho dos exhibiciones irregulares. Temerosos de su enemigo, el once del Racing Club formado por maestros del *stych*, el grupo del Real Polo salió en el primer encuentro convencido de su derrota tanto como de la obligación de defenderse con todo esfuerzo de los rivales calificadísimos. Y sucedió lo que es frecuente en las duras competiciones del *sport*; quienes se suponían inferiores, lograron imponerse tras una partida enconada, y sin dominar absolutamente el entusiasmo en el juego, sumando hábilmente los valores del grupo, decidía el *match* con absoluta justicia: vencían los catalanes por 3 á 0.

Cuando, en la jornada siguiente, el Real Polo acudía al campo más confiado, el equipo francés, creyéndose obligado á dejar bien puesto el pa-

bellón, se empleaba desde el principio á fondo, sin ninguno de los titubeos que antes le habían sido fatales, y por su mejor clase se imponía en el transcurso del *match*, venciendo por el breve resultado de 1 goal á cero. A esto se le pueden llamar lecciones del deporte.

En París, los guipuzcoanos, agrupados formando la selección que anualmente disputa el torneo interligas, se presentaban ante veinte mil espectadores, reunidos en el Estadio de Colombes, para hacer una nueva y brillante exhibición que añadir á la lista de los triunfales encuentros.

Pero nuestros jugadores no hallaban fácil el camino del éxito, que apenas comenzado el *match*, el parisino Bunyan lograba el goal primero de la jornada de un tiro formidable.

En el ánimo de los guipuzcoanos, la dificultad que el tanto significaba no hacía mella, y cuando restablecida la calma, Gamborena tomaba la iniciativa del juego, como resultado de uno de sus esfuerzos, llegaba el indispensable empate. Con él, más tarde, el éxito estaba garantizado, y Regueiro y Goiburo, dos puntales magníficos de los nuestros, se encargan de dirigir los tiros que distancian á Guipúzcoa de París con el 3-1, que, dejando á salvo el honor deportivo galo, mantenía la tradicional superioridad hispana.

Vigo.—El guardameta de la Real Sociedad Gimnástica de Torrelavega en una desesperada y brillante defensa de su marco, durante el partido de campeonato jugado contra el Celta, y en el que los galaicos vencieron por cinco tantos á dos



Barcelona.—Una animada fase del «match» internacional de hockey entre el Racing Club, de París, y el Real Polo Hockey Club, de la Ciudad Condal, y en que los jugadores españoles obtuvieron una brillante victoria

(Fots. Pacheco y Gaspar)

Una charla con Fernando Roldán ☆☆☆

CURIOSIDADES Y ANÉCDOTAS DEL «FILM» ESPAÑOL, CONTADAS POR ESTE EXCELENTE AYUDANTE CINEMATOGRAFICO

FERNANDO Roldán es un excelente ayudante cinematográfico. En este nuevo arte del *film*, la labor del ayudante es de una gran importancia, y, sin embargo, queda en penumbra para el público. El ayudante ha de estar en todo; ha de atender á todos esos mil detalles que para la gente pasan luego inadvertidos. Es, para la dirección de la película, como un secretario inteligente, en continua actividad, en atención constante hacia todos los aspectos del trabajo.

Fernando Roldán ha intervenido como ayudante en numerosísimas películas. Esta experiencia le hace profundo conocedor de la historia y los bastidores de la cinematografía española. De todo ello nos va hablando un atardecer, en un café, mientras en nuestras cercanías bulle un público femenino y frívolo: público de chicas bien, apasionadas del *film*, del *té* y del *chárlestón*...

—¿Cuándo se hicieron—le pregunto—las primeras películas españolas?

—Debió ser—me dice Fernando Roldán—hacia el año noventa, aproximadamente... Entonces se *filmó* la retirada del *Guerra*... Fué en Barcelona donde el *cine* comenzó á adquirir más brillantez. En realidad, hasta el año 1920—en que se hace *La Verbena de la Paloma*—, puede decirse que no toma incremento nuestra cinematografía...

—¿Recuerda usted alguna película hecha anteriormente?

—Sí... *Los intereses creados* y *La madona de las Rosas*, de Benavente. Pero su éxito había sido muy escaso...

—¿Cuáles son, á su juicio, los artistas cinematográficos españoles que más se destacan en la actualidad?

—De ellas, Carmen Viance, Celia Escudero, *La Romerito*... Hay, en segundo término, una verdadera legión de muchachas bonitas. De ellos, *Pitouto*, *Varillas*, Montenegro, Ribas, Orduña...

—¿Quiere usted decirme qué tiempo se tarda en hacer una película?

—Según... *La Casa de la Troya*—por poner un ejemplo de cinta de verdadero éxito—se empezó á rodar en Abril del 25 y se terminó en Enero del 26. Esta película, con *Curruto de la Cruz*, es la que más ha producido.

En general, puede decirse que una película produce el triple del coste, por lo menos... A mi parecer, las más logradas han sido *Los chicos de la escuela*, *Boy* y *La chica del gato*. Y las que más resonancia han tenido en el público, las de toros y motivos andaluces...

—¿No cree usted que la producción nacional debiera huir de esos cañinos que la acercan á la españolada?

—Crea usted que si se hace ese género de cintas es, precisamente, porque son las que el público prefiere y busca con más entusiasmo...

—¿Qué sueldos son los más altos pagados en cinematografía?

—El máximo me parece que ha sido el de Antonio Calvache, por intervenir en *Curruto de la Cruz*, en una actuación de tres meses. Cobró 17.500 pesetas... De ellas, *La Romerito* cobró una crecida cantidad, también en la misma cinta...

—¿Y de los trucos cinematográficos?...

—Descubrirlos ahora sería defraudar un poco la curiosidad del público, ¿no le parece?... Sí le recordaré el caso del *Algabeño*, que se dejó coger al impresionar una película. Esa cogida le ha producido, al tanto por ciento en la explotación de la película, unos ocho mil duros...



ELISA RUIZ ROMERO

Bellísima «estrella» cinematográfica española

CINEMATOGRAFÍA

EL TEATRO DEL SILENCIO

EN ESPAÑA

Y EN EL EXTRANJERO



FERNANDO ROLDAN

Excelente ayudante cinematográfico español

—¿Qué cuesta la impresión de una cinta?

—Oscila de 30.000 á 500.000 pesetas. Esto es lo que costó *La Casa de la Troya*...

—¿Qué se paga por derechos de autor?

—Suelen cobrar, por término medio, de 3.000 á 5.000 pesetas. Juan López Núñez vendió en 3.000 pesetas los derechos de *El niño de las monjas*, y pudo haber ganado mucho más si hubiese esperado el resultado de la cinta, que fué magnífico... A Wenceslao Fernández-Flórez, por las sesenta y seis cuartillas en que ha escrito el argumento *Una aventura de cine*, le han abonado 5.000 pesetas. Esta cinta está ya *filmándose*...

—¿Es usted optimista en cuanto al estado actual de la cinematografía española?

—Sí. Creemos que estamos en un gran momento. Contamos con lo principal: la atención del público, que va aún hacia la más molesta producción nacional...

—¿Hay muchos rostros fotogénicos entre nuestros artistas de teatro?

—No, desgraciadamente... El objetivo amplía los defectos del rostro... En este aspecto se dan grandes fiascos. Rostros de mujeres bonitas, luego, al ser probados en la pantalla, no son fotogénicos... Y al revés... Una cara fotogénica ha

de ser de facciones regulares, muy proporcionadas, nariz recta, ninguna desviación de los arcos de las cejas...

—¿Cree usted, amigo Roldán, que los argumentos deben obtenerse de comedias ó novelas?

—No. Eso me parece una equivocación... Hay que ir á formar escritores especializados en argumentos de pantalla...

—¿Y de los escenarios de arte y de paisaje que hay en España?...

—Puede obtenerse de ellos un partido inmejorable. Ya se ha hecho en varias cintas. Por las escenas de *El niño de las monjas* pasan cuadros de Sevilla, de Córdoba, de Salamanca; por las de *El Cristo de la Vega* pasan escenarios bellísimos de Toledo; en *La Casa de la Troya*, conocidos de todos son los admirables escenarios gallicos que embellecen la cinta...

—¿Cuál es su opinión sobre las academias cinematográficas?

—Las creadas hasta ahora sólo han sido pretextos para explotar á la innumerable legión de muchachos y muchachas que sueñan con el *cine*. Pero el incremento que está tomando la produc-

ción nacional hará pensar en la necesidad de fundar una escuela para artistas de este género...

—¿Cuáles son, á su juicio, los operadores y directores que más se destacan en nuestro mundo de la pantalla?

—Entre los operadores, Blanco, Alonso, Pou, Arroyo, Beltrán... Entre los directores, Perojo, Calvache, Eusebio Ardavín, Walken, Carrasco, Rey, Buchs, Delgado...

—¿Quiere usted, finalmente, amigo Roldán, contarme alguna anécdota cinematográfica?

—Cuando se preparaba *La Verbena de la Paloma*, la primera película nuestra que se empezó á explotar en el Extranjero, vino á adquirirla un inglés, que ofreció quinientos dólares si cambiaban el desenlace. El quería que Julián matase á Susana. Eso le parecía que retrataba mejor «el salvaje y celoso carácter español». Naturalmente, no se accedió á lo que el inglés quería... Otra vez, Ribas, el excelente artista, interpretaba *El abuelo*. A mitad de la película, un gato del hotel en que se hospedaba le destrozó la barba. Y hubo que suspender durante algún tiempo la cinta hasta conseguir, con apuros, y gracias á fotografías de lo *filmado* hasta entonces, una barba igual á la de las escenas anteriores...

Hace Fernando Roldán una pausa, como para ordenar su pensamiento y recordar alguna nueva anécdota. En seguida reanuda:

—Otra vez, mientras se *filmaba* una



Las grandes figuras de la pantalla.—Norma Shearer en la intimidad de su hogar

importante escena de *La hija del Corregidor*, la actriz Enriqueta Palma hizo mutis, y suponiendo, sin duda, que se hallaba en el teatro, asomó luego la cabeza, estropeando con ello una escena de largo metraje... Recuerdo también que en otra ocasión requerimos á un campesino viejo de Santander para que *filmara* una escena con un actor caracterizado de viejo. El campesino, asombrado de la agilidad de movimientos del actor, dijo á éste: «Amigo, cómo se conoce que es usted un viejo «señor». Quería decir el buen hombre que de los dos, á pesar de la igualdad de edades, el actor estaba menos achocoso que él, que se había dedicado á las rudas labores del campo...

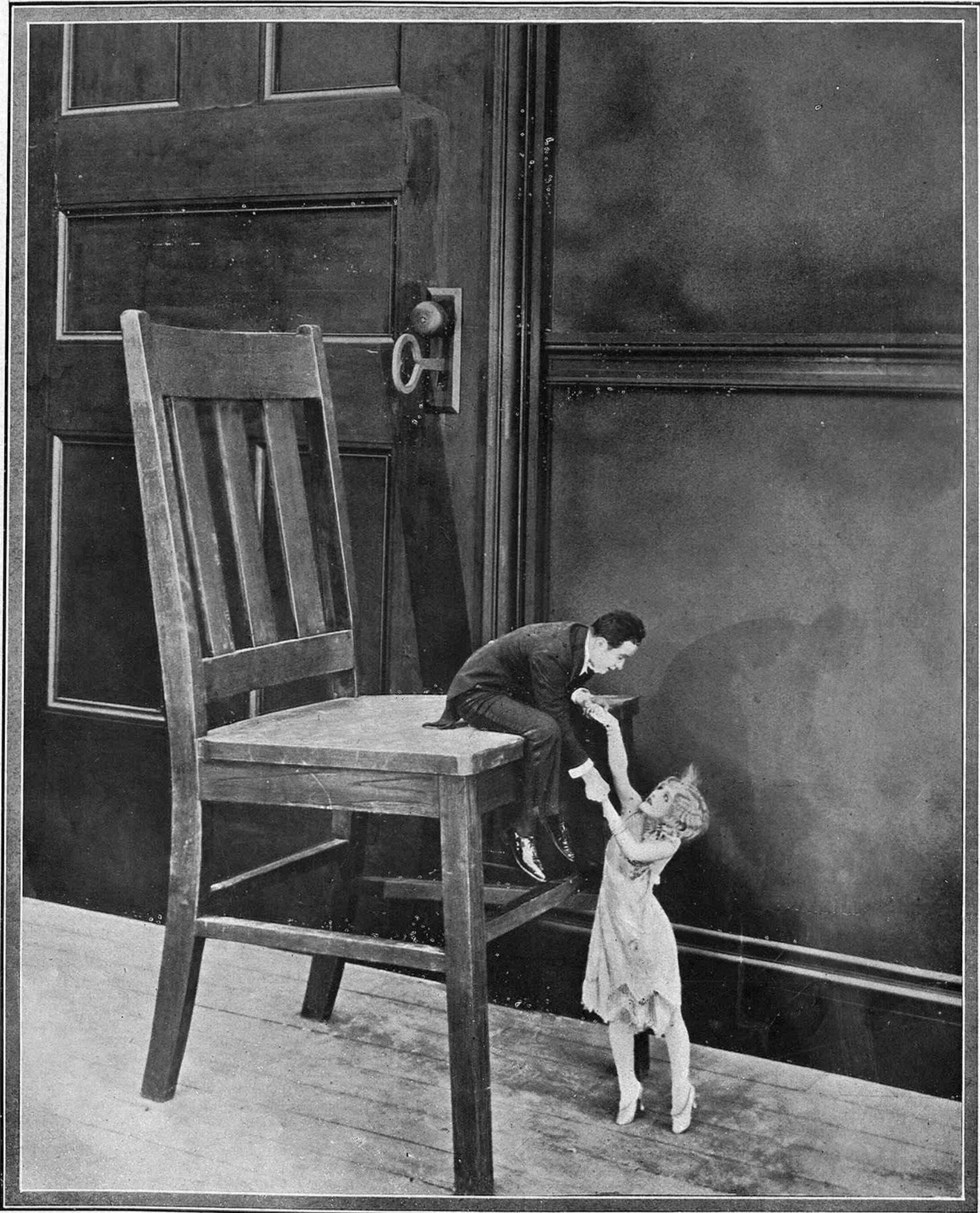
J. M. A.

UN ARGUMENTO DE PELÍCULA DIPLOMACIA

La acción de nuestra historia se desarrolla en la playa francesa de Deauville, punto favorito de reunión de la aristocracia y de la diplomacia europeas. Con el pretexto de la temporada de verano, en Deauville se había congregado un grupo de representantes diplomáticos de las Grandes Potencias para celebrar una conferencia secreta. Entre los prominentes personajes que á ella asisten, se encuentran los hermanos Julián y Enrique Weymouth, miembros distinguidos ambos del servicio diplomático de la Gran Bretaña; el conde Orloff, un joven expatriado de la Rusia bolchevique, portador de importantes documentos, y otros muchos representantes de las cancillerías euro-

peas. En la aristocrática playa no podían faltar la marquesa de Zares, con su encantadora hija Dora, ni la condesa Zicka, una de esas inteligentes y misteriosas mujeres que se encuentran siempre en los lugares donde se congrega la diplomacia. Según insistentes rumores, cuya veracidad los agentes del Servicio Secreto de media docena de países tratan de averiguar, la condesa Zicka es una hábil espía que vive espléndidamente de la compra y venta de documentos secretos, y que trabaja generalmente á las órdenes del barón Ballin, agente secreto de una Potencia europea. Sojin, el representante chino, entrega un tratado secreto al jefe de la delegación diplomática inglesa. Ballin quiere apoderarse del documento á todo trance, y al efecto da instrucciones á la condesa Zicka para que aguce su ingenio y se apodere del importante documento. Siguiendo al pie de la letra las instrucciones que le da Ballin, la condesa hace lo posible por cultivar la amistad de Dora de Zares, debido á la intimidad de ésta con Julián Weymouth, hermano de sir Enrique, jefe de la delegación británica á la conferencia secreta de Deauville. A pesar de no permitirle su situación económica, la cual es deplorable, la marquesa de Zares frecuenta las mesas de juego del Gran Casino, en donde pierde enormes sumas, las cuales consigue de misteriosa manera. La amistad de la marquesa con Ballin hace sospechar al diplomático inglés que aquella está en connivencia con el barón para la adquisición fraudulenta de informaciones diplomáticas secretas de los diferentes gobiernos europeos, y muy particular-

mento para apoderarse del tratado chino del cual depende la paz de media docena de Estados europeos y asiáticos. Un día, el conde Orloff se despide de Dora, á quien secretamente ama, pues una importante y peligrosa misión le lleva á su país. Durante su ausencia, Dora se casa con Julián Weymouth. Apenas Orloff pone los pies en el suelo de su patria, los agentes del gobierno ruso lo arrestan y lo arrojan en un inmundito calabozo, del cual logra escapar gracias á la intervención de unos amigos y correligionarios. El conde Orloff vuelve á Francia en la creencia de que su arresto fué debido á que Dora divulgó los planes de su misión á Rusia á alguno de los espías que pululaban por Deauville. Firme en su suposición, Orloff se dirige al hotel donde se aloja la delegación diplomática inglesa, é ignorante de que Julián Weymouth sea el esposo de Dora, acusa á ésta y á su madre de complicidad con el barón Ballin y la condesa Zicka. La escena que se desarrolla entre el conde Orloff y el diplomático inglés es dramática en extremo. Julián Weymouth rehusa categóricamente dar crédito á las maliciosas insinuaciones del noble expatriado acerca del proceder de su esposa, achacándolas al despecho por un amor no correspondido, y se dispone á partir para Londres en su viaje de bodas, siendo portador, al mismo tiempo, del documento secreto del cual quiere apoderarse el barón Ballin por intermedio de la marquesa de Zares, madre de Dora y suegra de Julián. Sin embargo, momentos antes de la hora de la partida, la confianza implícita que Julián tenía en su esposa sufre un rudo golpe, debido á la des-



LOS
TRUCOS
DEL
CINEMA-
TOGRAFO

Monte Blue
y
Patsy Ruth
Miller
«filman»
una escena
fantástica.
Han sido
narcotiza-
dos, y al re-
cobrar el co-
nocimiento,
se encuen-
tran con-
vertidos
en enanos.
El «truco»
consiste en
que el mo-
biliario,
el decorado
y cuanto ro-
dea á los ac-
tores tiene
un tamaño
cuatro veces
mayor que
el normal

aparición misteriosa del valioso documento, que él mismo había colocado en una cartera de cuero, de la cual Dora guardaba las llaves. Interrogada por su esposo acerca de la desaparición del tratado secreto chino, Dora guarda un silencio acusador. Finalmente, acosada por Julián, Dora revela á éste que la llave del portafolio está en poder de su madre, á quien en distintas ocasiones el barón Ballin había sacado de graves apuros monetarios, entregándole respetables sumas, que invariablemente iban á parar al tapete verde de las mesas de juego del Gran

Casino. Confrontada por su esposo y acusada por éste de un grave delito, del cual, aun siendo inocente, no puede defenderse por no comprometer á su propia madre, la situación de la infortunada Dora no puede ser más trágica y dolorosa. Y, á pesar de lo que murmura la gente, Dora continúa considerando á la verdadera culpable, á la condesa Zicka, como una amiga. Mientras tanto, Julián y Enrique Weymouth hacen esfuerzos inauditos para recobrar el documento desaparecido, el cual fué dirigido al barón Ballin en un sobre escrito de puño y letra de Dora.

No obstante este comprometedor detalle, la culpabilidad de la condesa Zicka resulta, á fin de cuentas, perfectamente establecida, gracias á la activa intervención secreta en el asunto de Roberto Lowry, un detective americano, quien logra arrojar sobre los hombros de la astuta condesa toda la responsabilidad en la desaparición del valioso documento. Comprobada sin el menor asomo de duda la inocencia de Dora, no hay motivo ninguno que impida que el interrumpido viaje de bodas se celebre en medio de la mayor alegría y la más completa felicidad.

LA VIDA TEATRAL - EL NUEVO ARTE ESCÉNICO

Nos es forzoso considerar la enorme diferencia que media entre nuestros tabladillos, henchidos de mezquindad aún, con los añosos telones, los rompimientos, las bambalinas y bastidores de lienzo y papel pintado (muy siglo XIX), y los escenarios modernos, tan plenos de inquieto esteticismo y de normas nuevas, tan colmados de motivos artísticos y de amplias sugerencias.

Se sigue por la generalidad un triste apego por las decoraciones *pompieri* de un meticuloso verismo escénico; por un mal entendido realismo en la mayoría de las representaciones plásticas, y por una serie de viejos convencionalismos, llamados á desaparecer. Los tiempos aquellos en que los exteriores se reducían á fenomenales postales iluminadas han pasado. Cierta género de obras requieren otras decoraciones que no las que se vienen usando, y de las que se viene abusando en nuestra escena, harto anquilosada por los cuatro lados.

En toda Europa y en gran parte de América, la evolución escenográfica va imponiéndose cada vez más, con rotundos bríos afirmativos, y desarrollando con perfecta normalidad sus diversas tendencias. Fué un plural y simultáneo movimiento, cuajado de singularidades completamente definidas y acusadas. Cada país podía mostrar su faceta con arreglo al canon ó credo estético de su más moderno innovador. Así, en Italia fué Bagaglia; en Alemania, Max Reinhardt; en Bélgica, René Moolaert, J. Meester; en Francia, Antoine, Copeau; en Inglaterra, Gordon Craig; en Rusia, Michier-Hold, Stanislavsky... Pero, con ser muchos, no fueron, sin embargo, éstos los únicos. En la vanguardia escénica figuran otros conspicuos nombres: Esler, Fuchs, Magritte, Appia, Karel Maer, Emil Pirchan, Covarrubias, Stobbaerts, Tairof, Irene Lagut, Alejandra Exter, etc. Y Pitoeff. Pero éste merece párrafo aparte.

¿Y en España?, se pregunta uno. En España se ha hecho poquísimo. Pero no ciertamente porque no sean españoles los mejores, cuando menos, de los mejores y más caracterizados *metteur en scene*: Fontanals y Fortuny.

Manuel Fontanals, actualmente en París, ha dirigido el teatro *Il Convegono*, de Milán, teatro esencialmente de arte y en donde mostró ampliamente su credo estético y dió á conocer su obra, por muchos motivos admirable, bien lograda y de generoso y pródigo ímpetu renovador.

Fortuny, hijo del famoso pintor catalán, es el autor de un originalísimo sistema de iluminación indirecta que ha hecho más hacederos los sistemas de Reinhardt, de Brandt, de Lautenschläger y de otros de plásticas decoraciones. Fortuny acaba de modernizar el escenario de la *Scala*, de Milán, y sus recursos de iluminación son concienzudamente estudiados por los alemanes, que los están sacando gran partido.

Las normas escénicas modernas, variadísimas, ya se inspiren en el arte ruso moderno, en los «complejos plásticos móviles» de Balla y



MANUEL FONTANALS

El gran «metteur en scène» español, que ha dirigido el Teatro de arte «Il Convegono», de Milán, y trabaja actualmente en París

Depero, ó en el sintetismo de Craig, del teatro *Du Marais*, de Bélgica; del cerrado *Vieux-Colombier*, de París, etc., van apoderándose de todos los escenarios.

La escena moderna ha dado al traste con la rancia y polvorienta balumba de los bastidores. Estamos en el reinado del *metteur en scene*. Se requiere hoy que el actor se desenvuelva en un medio que sea real y corpóreo, y no pintado. Se tiende hacia el reinado de la plasticidad escénica. Todo ha de ser efectivo: columnas, balaustradas, casas, árboles... O nada. El escenario de Edward Gordon Craig, que hacía actuar á los artistas entre cortinas de colores armónicos, al estilo shakesperiano.

Se supone entonces en el espectador la fuerza imaginativa suficiente para transmutarse espiri-

tualmente al lugar de la acción, sin que unos árboles pintados ó unos interiores casi de verdad se lo hagan sugerir. Ni más ni menos que lo que vienen á ser las representaciones del lejano teatro oriental.

•••••

Desde la perspectiva perpetua, en horizonte circular, ideada por Brandt en Munich en 1869, nada menos, pasando por los sistemas de iluminación y las decoraciones plásticas de Reinhardt; las escenas giratorias de Otto Devrient, de Carlos Lautenschläger, de Gustavo Dumont; los sistemas de juegos de construcción alemanes (que con unas mismas piezas de color indefinido se construyen rápidamente, pilares, escaleras, arcos, columnas); el sistema *Asphaleia*; el de Linnebach; los escenarios de vagones; los escenarios sintéticos, etc., hasta el escenario estilizado ó el tablado moderno para escenas simultáneas, á la manera medieval, existe una variadísimas serie de sistemas, procedimientos y matices, de la que es fácil extraer lo más útil y apropiado á cada obra.

Indudablemente que aferrarse á un sistema ofrece el grave inconveniente de que no todas las obras pueden ser montadas de la misma manera. Este es el mayor éxito de los Pitoeff. Para él, cada una requiere su forma de expresión adecuada, y es misión del *metteur en scene* el lograrla. Ni realismo, ni verismo, ni simbolismo, ni sintetismo, ni estilizaciones en absoluto, con carácter general. Cada producción teatral se presentará como convenga á su espíritu. Pero con arte.

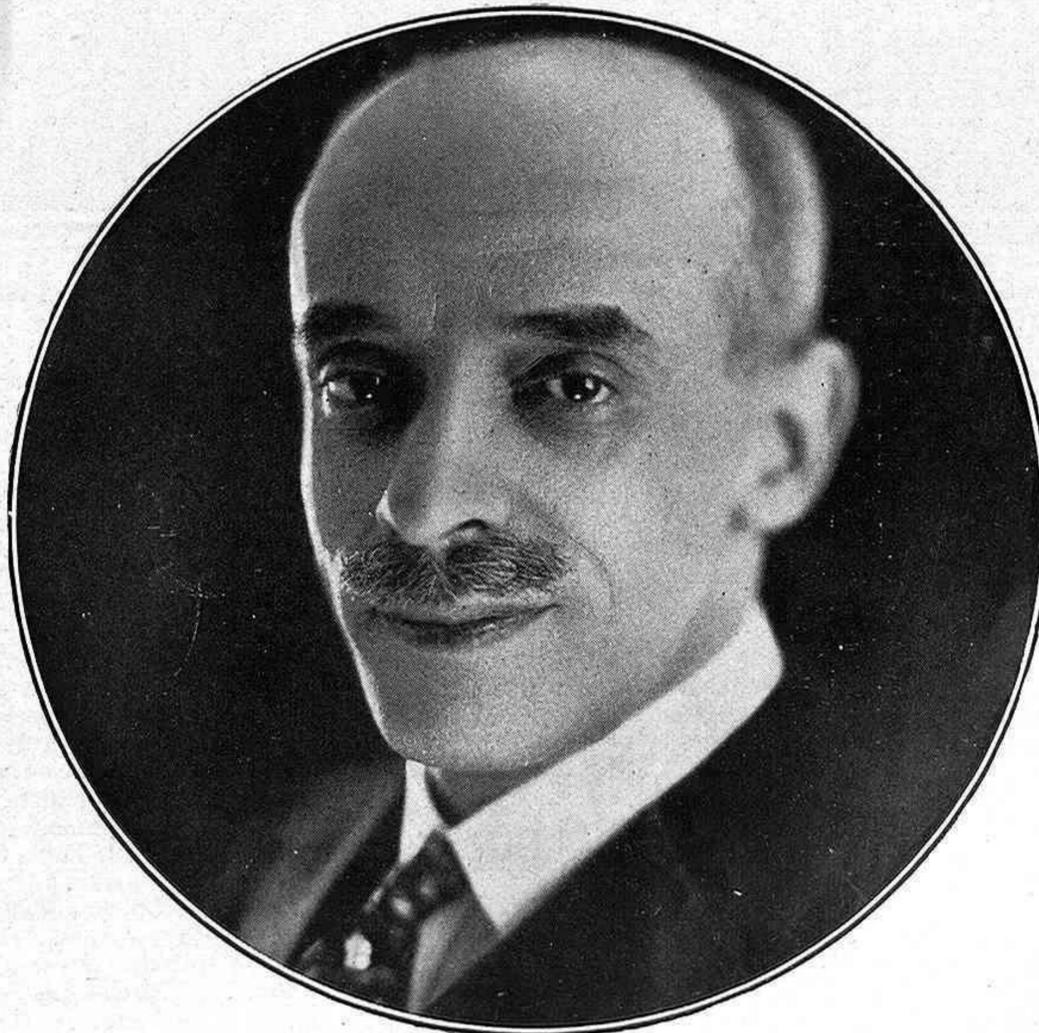
Bien están los nuevos sistemas escénicos, pero siempre que en ellos no se encaje la representación de toda obra, sea como sea; sino al contrario, cambiar de sistema, de estilo, y dar á cada producción su fondo y la forma que necesite.

Esta admirable lección que van dando á todos los públicos y á los mejores directores de escena, la explicaron también al nuestro desde el escenario del Alkazar los Pitoeff, con la acusada expresividad de su arte personal é inconfundible.

Resulta un poco deprimente que estas ú otras innovaciones, que á las veces tienen marchamo nacional—volvamos á recordar á Fontanals y á Fortuny—, sean extranjeros los que nos las muestren, ó los que más se aprovechen de ellas.

Ahora bien: los ejemplos de Martínez Sierra y de la Xirgu, que yo recuerde ahora, cuyas inquietudes por el arte escénico los ha movido en ocasiones á romper con el anacronismo imperante y ofrecer originales decorados, logrados y bien recibidos por la generalidad, ¿por qué no han de hacer que esperemos, con fundamento, en que la renovación apuntada algunas veces en algunos de nuestros escenarios se afiance y extienda cada vez más por ellos, con el brío y pujanza que tiene en todos los demás países?...

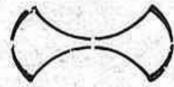
E. ESTEVEZ-ORTEGA



GREGORIO MARTINEZ SIERRA

Insigne dramaturgo, á quien debe el teatro en España tantos y tan nobles intentos de arte, y cuyo espíritu comprensivo y amplio ha renovado poderosamente nuestra escena

EL TEATRO EN ESPAÑA



EL CASO "AZORÍN"



DORINI DE DISO

Celebrada soprano madrileña, que después de alcanzar recientes y clamorosos éxitos en «tournée» por el Norte de España con la Compañía Zúffoli-Bódalo, se presentará, en fecha próxima, ante el público barcelonés



CARMEN ORTEGA

Notable primera actriz, que destacó brillantemente su personalidad y su temperamento artístico en la Compañía Díaz-Artigas, á la que ha pertenecido varias temporadas, y que últimamente ha actuado en el Teatro del Centro como primera figura de la Compañía de Manolo París



Una de las deliciosas escenas de «Todo el año es Carnaval ó Momo es un carcamal», obra de los Sres. Vela, Moreno y el maestro Rosillo, estrenada recientemente en el Teatro de Novedades, de Madrid, con éxito enorme

EL hombre propone y la taquilla dispone; cerrado el teatro del Centro, *Azorín* no ha podido dar su conferencia explicativa de *Brandy, mucho Brandy*.

Ha sido la mejor solución posible, porque en esos casos hay que recordar casi siempre la famosa frase del maestro Arrieta á su ama de gobierno:

—¡Señora, con azúcar está peor!

Si el dramaturgo novel fuese un ser capaz de reflexión, el mismo *Azorín* habría caído en la cuenta de que su

literatura no interesaba á la dirección artística del Centro, y de que en esa aventura le habían repartido un malísimo papel. El caso de Mac-Kinley, anterior al estreno de *Brandy, mucho Brandy*, fué, además, definitivamente demostrativo. Los cómicos, en aquella ocasión, entregaron la obra traidoramente «á la fiera», y Mac-Kinley tuvo un gesto bello de autor de hace cinco lustros, retirándola. En el Centro no estrenaban de buena fe, es decir, con fe en las obras estrenadas.

El crítico que peor haya tratado á *Azorín* le ha tratado con respeto infinitamente mayor que los cómicos que le han hecho el favor de estrenarle la comedia.

Por eso se ha repetido el caso de Mac-Kinley; á la cuarta representación de *Brandy, mucho Brandy*, cerraron el teatro para ensayar otra comedia con que substituir á la de *Azorín*; si la taquilla hubiese respondido al ideal de la Empresa, aunque el público hubiera arrancado á tiras el pellejo de *Azorín*, la obra seguiría en el cartel; *Azorín*, su literatura y su teatro eran lo de menos. Una Empresa teatral es una Empresa industrial, y trata su negocio, generalmente, como una industria; pero también en eso hay clases, y el caso de Tirso Escudero, creyente en los autores de *El genio alegre*, y sosteniendo en el

cartel *Las flores* cincuenta noches consecutivas con entradas poco menos que malas, no es tan remoto que no sirva para establecer la comparación.

Si es cierto que *Azorín* quiso salir á escena durante el estreno para explicar lo que el irritado público no entendía, según el autor, quizás el gesto hubiese sido lógico, aunque no nuevo; eso lo hizo hace muchos años Salvador María Granés, saliendo en Eslava á explicar un *quid pro quo* de que el público protestaba:

—Pues, sí, señor: la canoa..., porque canoa es un barco, y canoa un sombrero de copa...

Cierto que la experiencia del valeroso Granés no fué de las que invitan á la repetición... Granés, sin embargo, no era hombre á quien arredraran las protestas, ni autor de los que se rendían, como entonces era costumbre, á las indicaciones del público. Testificalo aquel otro estreno, en la Zarzuela, de una obra escrita en colaboración; la protesta fué de las que hacen época, y el colaborador, un novicio andaluz, estaba aterrado. Granés encontró en seguida la frase justa para consolarle:

—No se asuste usted, hombre; esto no es nada; es un éxito. ¡Usted no sabe cómo las gastan en Madrid! Aquí, cuando una obra no gusta, ¡disparan torpedos en las butacas!

Pensar que la batalla de *Brandy, mucho Brandy* es comparable con las provocadas por la dramaturgia romántica, es tomar el rábano por las hojas—valga la frase, poco académica para aplicársela á *Azorín*—y creer que para hombrearse con Shakespeare basta con usar monocle y escribir en inglés el título de un drama, es confundir al autor de *Otelo* con un inglés de guardarropa; con el de *Los sobrinos del capitán Grant*, por ejemplo.

Por lo demás, el caso *Azorín* ni siquiera tiene el mérito de la novedad; es de tantos ilusos como sueñan con la gloria escénica, con las revoluciones dramáticas y hasta puede ser que con las liquidaciones de la Sociedad de Autores.

Un periodista indiscreto nos ha contado imprudentemente el secreto de *Azorín*, la novedad que se le había ocurrido—como aquellas que se le ocurrían al personaje quinteriano—al autor de *Old Spain*; lo que quiere es hacer un teatro superrealista. ¿Hase visto innovador como él? ¡Teatro superrealista, nada menos, cuando hace ya lustros que estamos de vuelta de Ibsen y poco menos que Galdós definió teórica y prácticamente el simbolismo!

¿Por qué no pide *Azorín* privilegio de invención?

ALEJANDRO MIQUIS

LOS MAGOS DEL PIANO

EL INGENUO Y GLORIOSO RUBINSTEIN



ANTONIO RUBINSTEIN

Con Listz y Grieg forma Rubinstein la trinidad prodigiosa que, culminando entre los «virtuosos» inimitables del piano y salvando triunfalmente los abismos de la muerte y las fronteras de un siglo, perviven en el recuerdo y culto de nuestro tiempo, á través de toda Europa, más quizás por su excelsitud de ejecutantes insuperables que por su magistral personalidad de compositores.

Y, sin embargo, en este sector y aspecto, su labor inspirada, viril, moderna, humana, levanta y afirma su figura entre los grandes maestros europeos de la música.

Acercándose ya el centenario de su nacimiento, ¿qué menos que volver á él los ojos, rindiendo pleitesía á su memoria?

Su precocidad musical no enturbió su vocación nativa, ni abatió, por el lastre de lo prematuro, los vuelos de su espíritu, hecho para luchar y vencer. Su semblante es espejo de su temperamento; dice voluntad, agudeza, austeridad, acometividad, tenacidad, dominio soberano é incoercible. Su frente es de pensador y de hombre de acción. Su melena nos trae al recuerdo la aureola de Listz; su expresión fisonómica tiene algo singularísimo del gesto de Beethoven.

Desde que su madre puso las mieles del divino arte en sus labios balbucientes, y los ungió con el beso de los elegidos, hasta que la Inexorable heló sus manos y apagó su cerebro á los sesenta y seis años, ¡cuántos anhelos florecidos, cuántos combates librados, cuántas energías derrochadas, cuántas victorias logradas y homenajes recibidos!

Si Meyerbeer le condujo á Dehn, fué realmente el célebre Willaing el maestro y guía de sus tiernas aptitudes en Moscou y quien á poco en París le presentara al famoso autor de las *Rapsodias húngaras* y le alistara entre sus discípulos. Y aún no se había cuajado de rosas su juventud, cuando los laureles acariciaban su frente. Si á los ocho años asombraba con su primer concierto, á los diez y nueve escribía, de retorno á Rusia, su patria, su primera ópera en tres actos: *Dimitri Donskoi*; á la cual siguieron, caldeadas por el mismo estro juvenil, su *Toms*, que los cantantes ejecutaron en Viena; *La venganza* («Tcherkesse») y *Los cazadores de Siberia*, que en vida del maestro, y por expresa voluntad suya, no fueron representadas. *Nevón*, broche de su producción dramática, fué estrenada en San

Petersburgo, cuando Rubinstein estaba en la plenitud de sus facultades.

Avido de saber y de ser oído y juzgado por los más extraños públicos, peregrinó por toda Europa, engastando en las maravillas de oro purísimo del «virtuoso» las piedras preciosas del compositor: sus oratorios, sus sinfonías, sus conciertos, sus melodías, sus obras diversas de orquesta que, con las múltiples para piano, suman un rico tesoro de 550 producciones. Alemania, Inglaterra, Francia y Bélgica fueron para el pianista mago, de 1862 á 1875, palenque y pedestal de sus más resonantes y gloriosos éxitos, tales como pocas veces los alcanzó un genial artista. La excelencia del maestro, realizada por la fama del ejecutante, lo explica justamente.

Dió á su música el carácter, fibra y universalidad de su tiempo, no vaciando su inspiración en los moldes eslavos, no obstante querer captarle y monopolizarle para su nación y raza el mecenazgo de la gran duquesa Elena y la protección del conde Wilhosk. Su cosmopolitismo espiritual y su sentido humano y libre sustrajéronle á estas cadenas sugestivas y estrechas y salváronle de caer en encasillamientos de una determinada tendencia ó escuela. Su obra entera es expresión y personificación vibrante de la vida moderna: nerviosa, varia, vigorosa, elástica, sensible, exuberante, conjunto armónico de placer y dolor, de pasión y lucha.

«Ningún artista mejor que Rubinstein—ha dicho un gran crítico de su tiempo—recuerda el ímpetu, el mecanismo excepcional y aun la ejecución fulminante del genial Listz; y se le ha podido juzgar superior á su maestro en la interpretación de las obras clásicas de Bach y Mozart y, sobre todo, de las de Beethoven.»

No obstante la consagración solemne y unánime de su personalidad, su alma ingenua, nunca desvanecida por la lisonja, parecía arrojarse en la sinceridad de la propia modestia, cuando en el auge de sus triunfos dejaba escapar estas palabras: «Ningún indicio se vió en mí de talento. Quise yo escribir grandes cosas, ciertamente y con tal voluntad; compuse óperas, conciertos para piano, cantatas y sinfonías... Pero todo ello no me ha parecido luego más que papel emborronado. Mi hermano Nicolás sí que valía.»

Este inquieto anhelo de perfectibilidad y tanmaña insatisfacción de sí mismo no fueron en el

maravilloso músico episodios aislados. Su ingenuidad los tuvo á flor de labio en toda ocasión. Su genial virtuosismo no le estorbaba para sentirse descontentadizo y ser consigo el más severo crítico.

Letchtetizky, que le trató en la intimidad, lo confirma con esta curiosa anécdota:

«La última vez que Rubinstein estuvo en Viena se organizó en su honor una gran función de gala. A ella concurrió toda la alta intelectualidad de la capital austriaca. Antes de presentarse en el proscenio, el gran músico, encogido entre bastidores, quiso echar una ojeada á la sala, y el aspecto de aquella multitud brillante le conmovió profundamente; llegó á palidecer de tal modo que le creí á punto de desvanecerse. Le llevé á un saloncillo contiguo y le ofrecí un vaso de agua, preguntándole si se había indispuerto.

—No—me contestó—; no me he puesto enfermo, querido camarada. Es que tengo miedo.

Rubinstein, efectivamente, era ingenuo en su nerviosidad como un novato que tuviera que habérselas con el público por primera vez. Salió por fin á escena y tocó soberbiamente, y á medida que el concierto avanzaba, el entusiasmo delirante del público tomaba proporciones de apoteosis.

Al cabo, él mismo, como enfebrecido, se dejó requerir muchas veces, y, de más, tocó luego todo lo que el auditorio quiso pedirle. Nunca como entonces le vi de mejor humor.

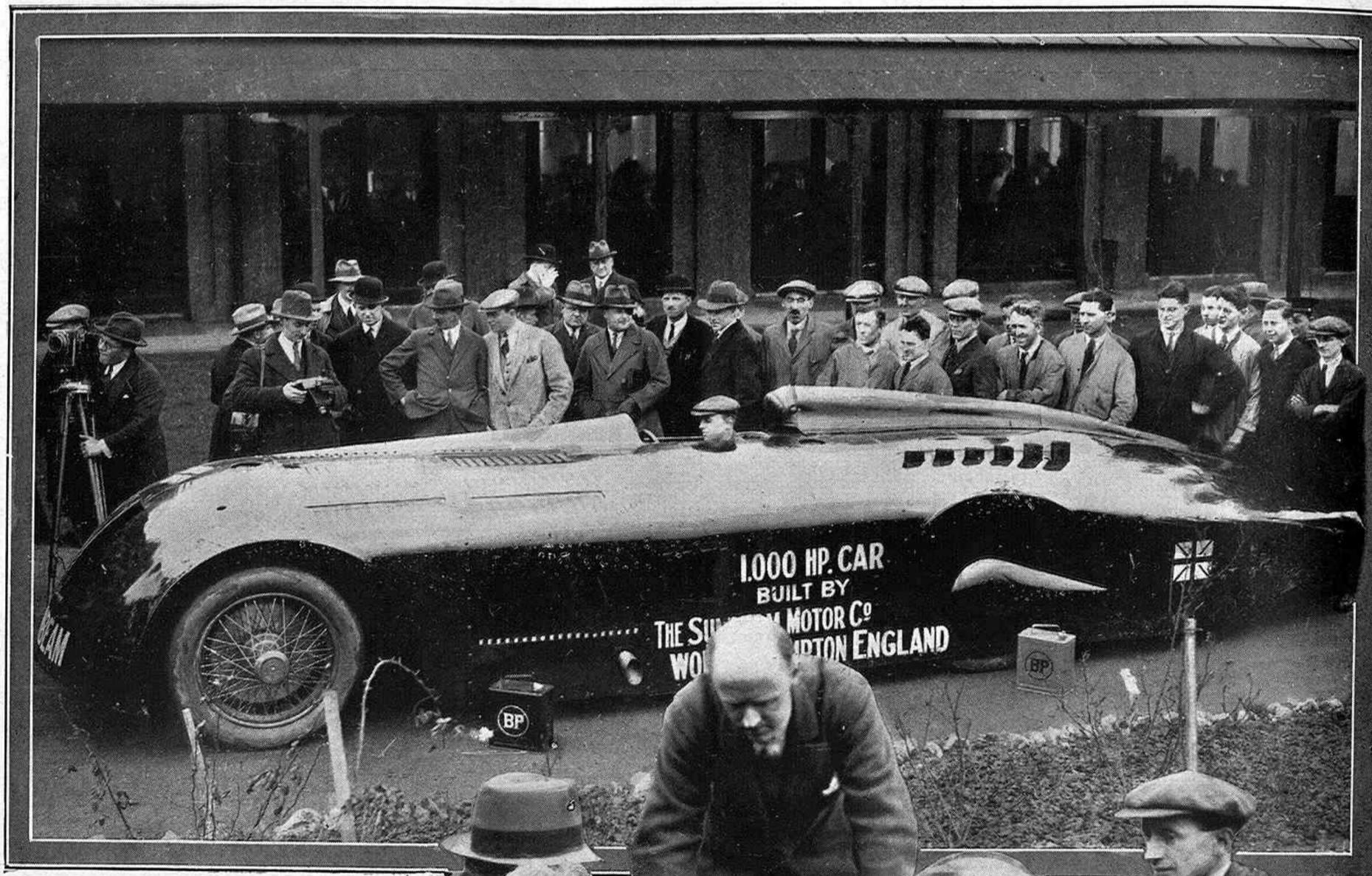
Terminado el concierto, quiso escabullirse, y en el foyer le rodearon todos, estrechándose para felicitarle; pero él, rehaciéndose hacia un extremo de la sala, inmergió la diestra en un recipiente de agua fría, y, rociando algunas gotas sobre los entusiastas que le cercaban, llegó á decir:

—Si un alumno de piano hubiese hecho oír, durante una velada, tantas notas falsas como á mí se me han escapado esta noche, habría merecido que su profesor le arrojase por la ventana.»

Tal era consigo la severidad franca del hombre, encumbrado por su labor y méritos á las cimas del arte.

La posteridad le ha hecho justicia. Ríndasela plena y solemne el Real Conservatorio de Madrid en el próximo primer centenario de su natalicio.

RODOLFO GIL



El bólido del Mayor Seagrave á las puertas de la fábrica en la que ha sido construido, tripulado por vez primera por el audaz piloto, que piensa batir los «records» mundiales de la milla y el kilómetro lanzados

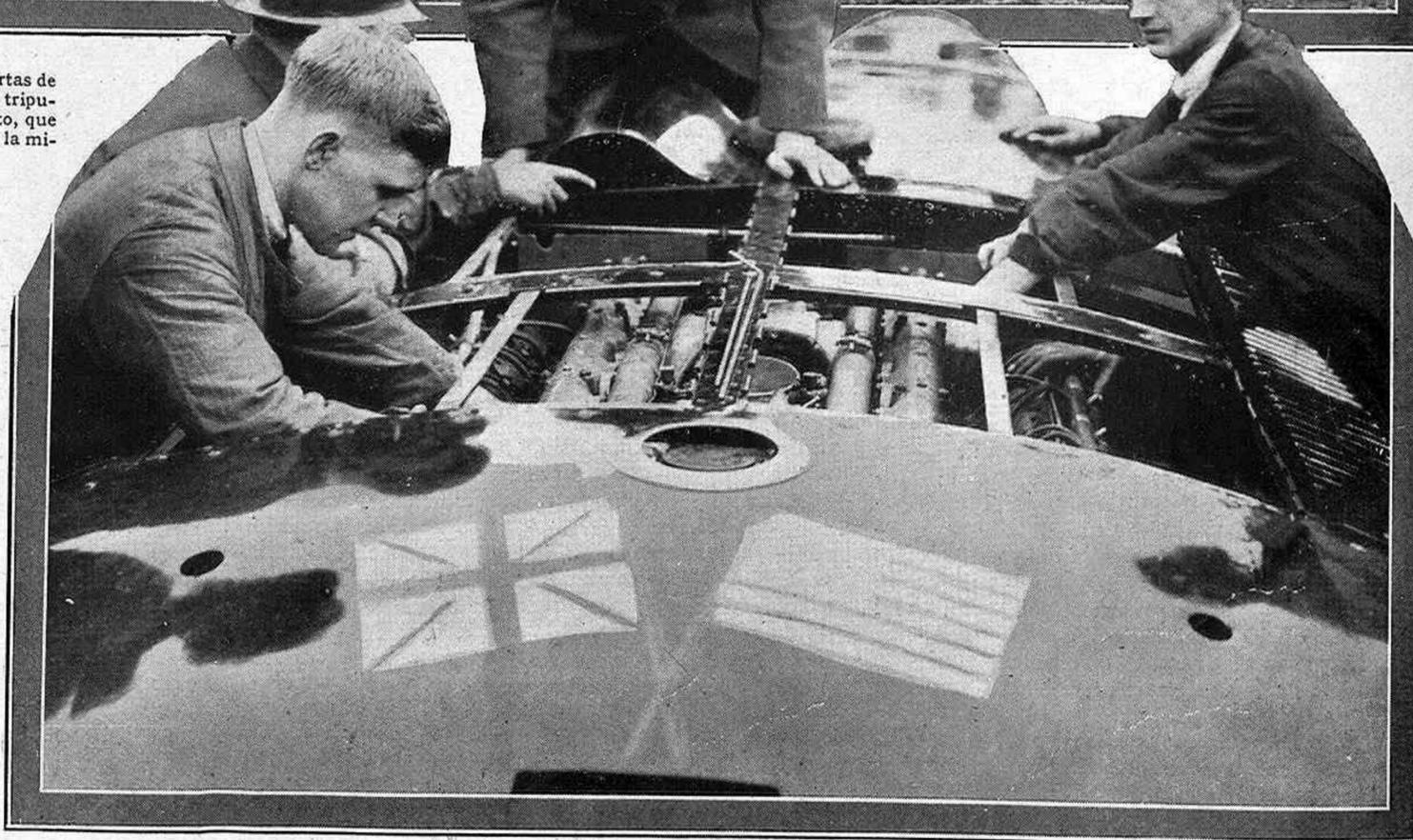
LOCA VELOCIDAD

La obsesión vertiginosa de los bólidos modernos

EL lector está acostumbrado á ver desfilar por las planas de los gráficos modernos estampas de vehículos absurdos, disformes, con los que sus conductores afirman que batirán nuevos *records* mundiales.

En distintas ocasiones, logrado el intento, que quedó fijado para gloria del héroe en una cifra inverosímil, las gentes se preguntaron qué era lo que la Humanidad había conseguido con aquel esfuerzo peligrosísimo, sin que valieran á justificar la hazaña los argumentos manoseados de la conveniencia de acreditar una marca ó la de estudiar el límite de resistencia de los materiales. Aquello podía conseguirse por mil otros medios, y para esto hay un banco de pruebas que dice tanto como la carrera más arriesgada.

Siguiendo en el empeño obsesionante de Malcolm Campbell y otros *ases* del volante, el Mayor Seagrave—la flemática figura conocida de los aficionados del circuito internacional de San Sebastián—ha decidido correr contra el *record* mundial de la velocidad con el bólido más imponente que haya salido de fábrica. El curioso aficionado podrá juzgar por las fotografías que ilustran esta plana.



Seagrave, el famoso conductor, vencedor un año del Gran Premio de San Sebastián, examinando los motores del monstruo recientemente construido en Wolverhampton, antes de empuñar el volante (Fots. Agencia Gráfica)

La panzuda máquina, que ha efectuado sus primeras pruebas con éxito, está dotada de dos motores de 500 caballos, situados delante y detrás del lugar destinado al piloto, el que, hundido en su alojamiento, sólo deja ver la cabeza, protegida por una elevación del *capot*, que la preserva de la violentísima corriente de aire producido al desarrollar la enorme velocidad.

Seagrave ha decidido marchar á Norteamérica, porque la playa británica de Pendine Sands no tiene las dimensiones suficientes para lanzar su bólido con seguridades de éxito, y los americanos esperan ya al nuevo rey de la velocidad,

que ha embarcado con sus mil caballos en reposo completo.

¿Alcanzará el famoso conductor los 300 kilómetros con la *tortuga* construída para semejante intento?

Es muy dudoso, porque no son exclusivamente los problemas á resolver el del motor y la resistencia del aire, sino los que dependen del factor hombre, que también tiene un límite de capacidad y resistencia frente á estos ensayos violentos, frecuentes en trágicas cabriolas, y á los que no se ve un fin práctico que importe á las gentes, sólo atraídas por el malsano afán del espectáculo peligrosísimo, emocionante.



La PASTA DENS
 hará conocer a usted
 la verdadera blancura
 de sus dientes.

Limpia el esmalte dental con
 la suavidad de una esponja,
 sin atacarlo ni rayarlo.
 Refresca la boca.
 Perfuma el aliento.

Tubo grande, 2 ptas.; pequeño, 1,25
 en toda España.

El impuesto del Timbre a cargo del comprador.

PERFUMERÍA GAL. - MADRID

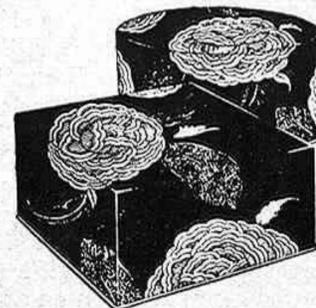
Algunos
 de los productos
 más recomendados
 de la Perfumería Gal.



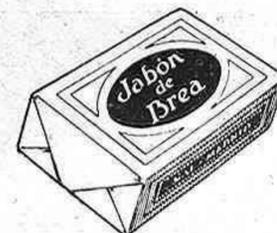
Frasco, 2,50.



Pastilla, 1,25



POLVOS DE ARROZ TRINI,
 delicadamente perfumados. Caja, 2,50.

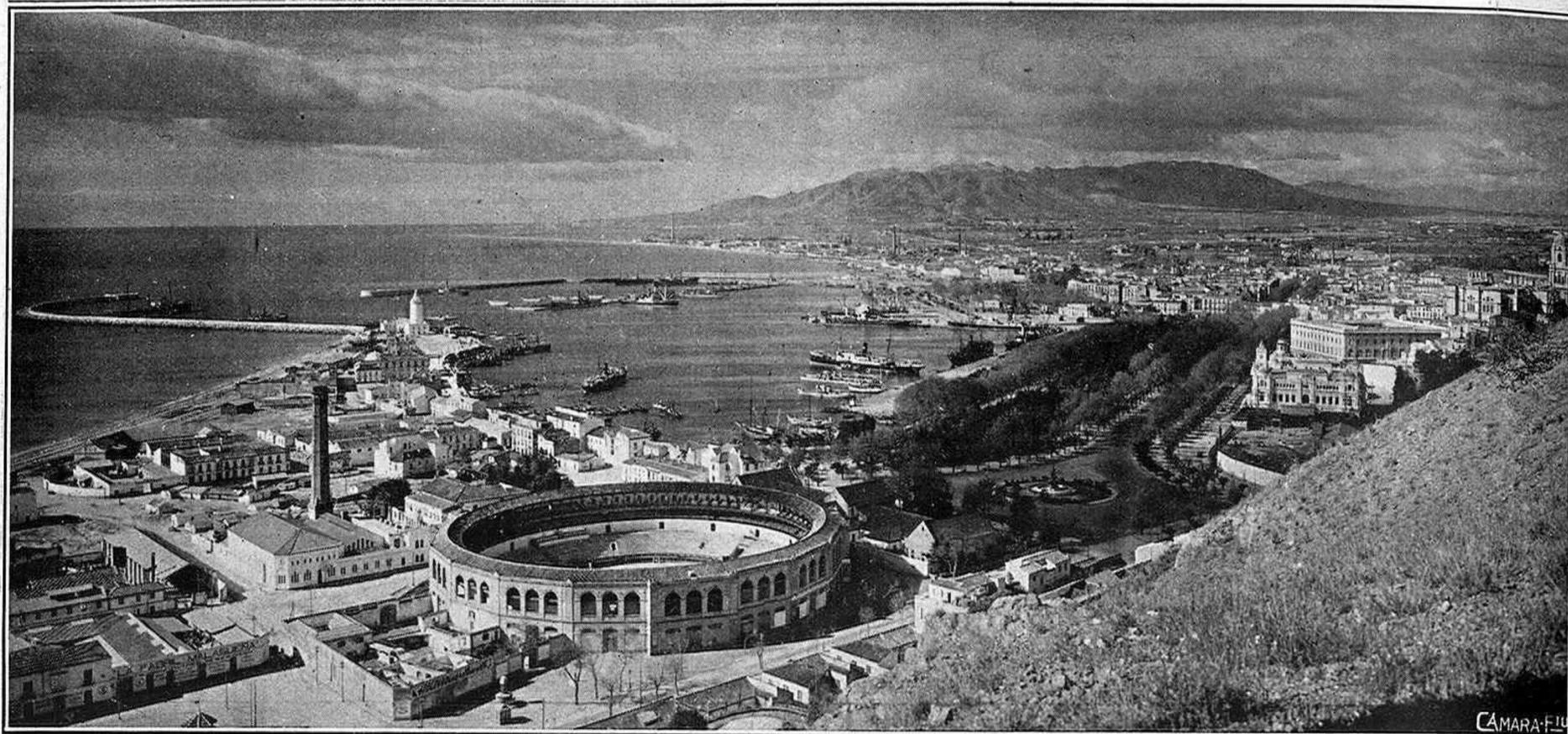


Indicado contra afecciones de la piel
 por sus propiedades balsámicas
 Caja de tres pastillas, 2 pesetas.



EI EXTRACTO FLORES
 DE TALAVERA se distingue
 por su perfume discreto. Frasco, 7,50.

MÁLAGA, ORGULLO DE ESPAÑA



Vista panorámica del puerto de Málaga, la bella ciudad andaluza cuyas fiestas de Semana Santa serán este año, como los anteriores, una gran atracción por su suntuosidad y su belleza

EN ese renacimiento que es progreso material y afán de expansión espiritual que anima á las ciudades de España, Málaga destaca de modo señero.

Va cundiendo en nuestras urbes la estimación, la ponderación por los propios valores. Del sedentarismo de antaño se va pasando á una enérgica actividad que teniendo por origen el amor local, irradia sobre el resto de la nación y empieza á proyectarse tras las fronteras, llamando la atención de los extraños sobre nuestras ciudades, nuestros paisajes, nuestras costumbres y nuestros trabajos.

En ese renacimiento expansivo, Málaga camina en primer término. Una generación de naturales de aquella tierra privilegiada ha tomado sobre sí la tarea de llamar la atención del mundo sobre los tesoros que el arte y la Naturaleza, en feliz rivalidad, se complacieron en acumular sobre aquel bellissimo rincón de la patria española.

Pocas ciudades, como Málaga, tienen tanto derecho á reclamar esa atención del turismo mundial. Por su clima, de una dichosa uniformidad, por su admirable situación mediterránea, en la

que el sol y el mar funden las maravillas de sus reflejos, es Málaga una estación invernal sin competencia posible. Los centros europeos más reputados por la *réclame* para el turismo no pueden ofrecer tan espontánea y segura templanza atmosférica, sitios tan selectos para que el cuerpo eluda los rigores de la Naturaleza y al par el espíritu se repose en el deleite de la contemplación.

Pero si Málaga es la estación invernal de España por excelencia, al llegar la primavera se convierte en una de las ciudades del mundo que más interesantes espectáculos pueden ofrecer á la curiosidad extraña.

La exuberancia de un suelo privilegiado, la riqueza de perspectivas y emociones que el mar brinda como colofón de las bellezas de la tierra, y por contera las magnificas fiestas en que transcurre la Semana Santa, convierten á Málaga en el lugar de atracción máxima durante la época vernal.

Durante el invierno, las visitas regias precursoras de la instauración de temporadas oficiales de la Corte en la bella ciudad andaluza y ahora

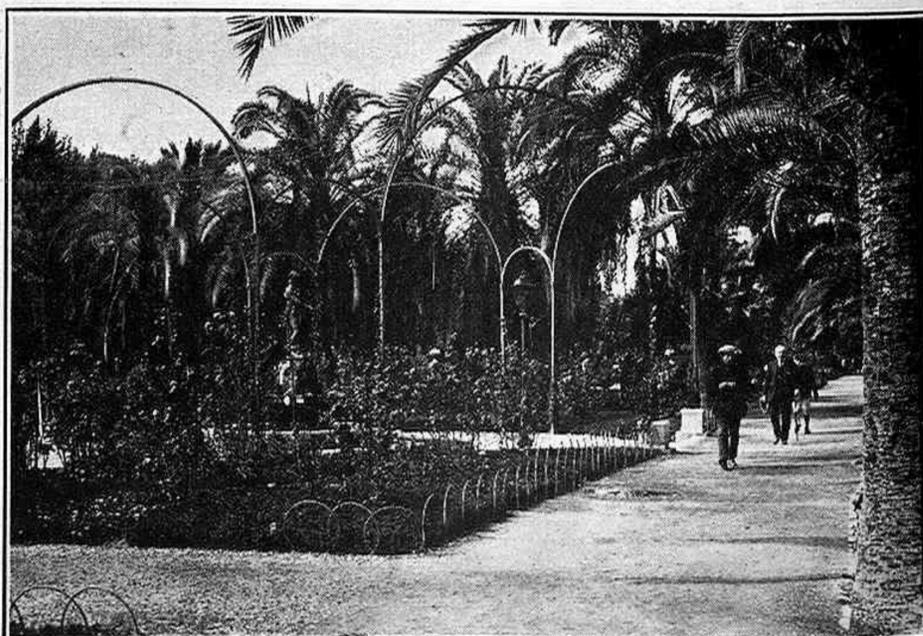
el atractivo de la Semana de Pasión, la convierten en punto de cita de la más selecta emigración elegante.

El tesón, las iniciativas, la admirable labor organizadora de D. Antonio Baena, presidente de la Asociación de Cofradías, ha logrado hacer de las procesiones malagueñas un desfile inconcebible de arte, de suntuosidad y de belleza.

Las obras más famosas de la escultura sacra en cortejos de fabulosa riqueza, aureolados por la devoción popular, cruzan las calles malagueñas durante la Semana Santa, siendo orgullo y gala insuperable de la ciudad.

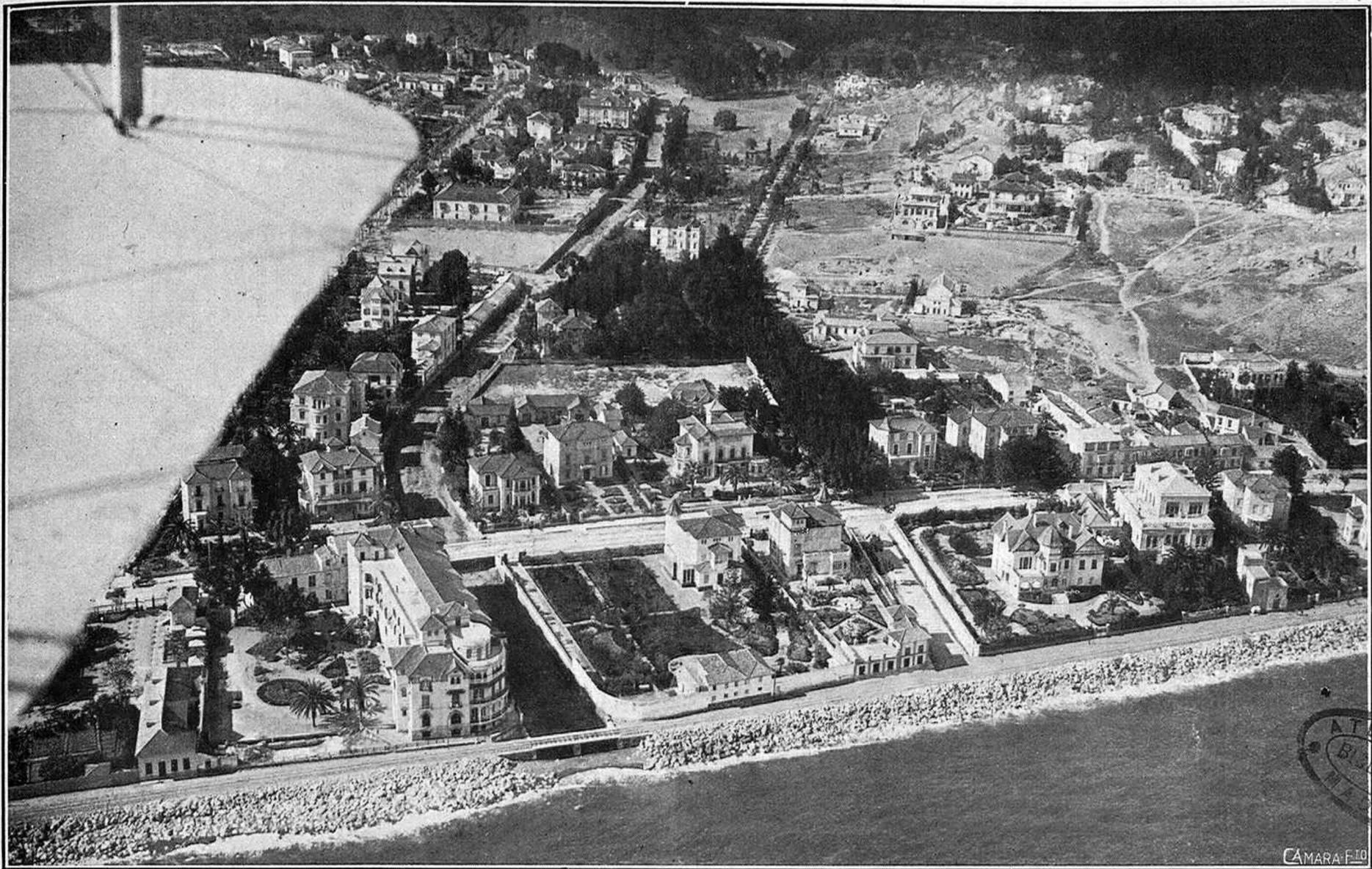
Y mientras lo típico se une á lo artístico y el fervor armoniza con la luz esplendente y el ambiente único, la Málaga moderna brinda al viajero todas las comodidades, todos los atractivos, el orden y la higiene y el progreso de la mejor gran ciudad cosmopolita.

Así, Málaga, por feliz coincidencia de la Naturaleza, el arte y el esfuerzo de sus hijos, se ha constituido en uno de los más legítimos timbres de orgullo que España puede mostrar á la admiración del mundo.



Dos detalles del magnífico Parque de Málaga

(Fots. Lledó y Díaz Casariego)



Vista panorámica del aristocrático barrio de la Caleta, tomada desde un aeroplano

SOCIEDAD HIDROELÉCTRICA DE EL CHORRO

FALTARÍAMOS á nuestro deber informativo, incurriendo en una falta imperdonable, si al hablar de Málaga, bajo sus diversos aspectos, dejáramos de dedicar un espacio tan justo como merecido á la Sociedad que encabeza estas líneas. Sería algo análogo como ir en peregrinación á Roma y no ver al Papa.

Por ello, á pesar de disponer de corto espacio, nos vemos en la necesidad ineludible de consignar, siquiera sea á la ligera, lo que es y representa para la región malagueña la Sociedad Hidroeléctrica de El Chorro.

La obra de ingeniería del pantano de El Chorro, tan admirado de continuo por propios y extraños, constituye un alarde supremo de sabiduría que tanto enaltece al Cuerpo de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos.

Al amparo de esta magna Empresa se van creando diversas industrias, base, como todos sabemos, de la prosperidad y progreso de la civilización española.

La Sociedad Hidroeléctrica de El Chorro abastece de fluido eléctrico á la región malagueña, con el beneplácito de todos sus habitantes.

A la par, dedícase felizmente la Empresa á la producción de carburo de calcio, negocio suplementario del anterior, desarrollándose su explotación bajo todas sus fases, de éxito en éxito.

Funcionan de continuo sus dos saltos de agua, el del Gaitanejo y el del Chorro, ambos de potencia suficiente para rendir el abastecimiento de fluido necesario, atendiendo sobradamente todos sus compromisos; dándose el caso de que

en un solo año se han podido suministrar 2.305.334 kilovatios-hora más que en el anterior.

Esta Sociedad, que tiene por norma no escatimar ni regatear cuantos sacrificios económicos se presentan, bajo el punto de vista de perfeccionar el mejoramiento de sus servicios, ocupase en la actualidad muy activamente de la ampliación de la sección de la línea de transporte del fluido á Málaga, y realizan otras pequeñas reformas en el canal, con lo cual se podrían disponer de unos cinco millones de kilovatios-hora más, siendo suficientes por el momento para atender á las más urgentes demandas del mercado. Estas obras están calculadas en unas 300.000 pesetas.

También, recientemente, ha quedado terminada la reparación del puente-acueducto, habiéndose reforzado las baterías antiguas con una camisa de hormigón armado. En el canal se han enlucido las bóvedas de los túneles, efectuándose algunos drenajes y desviaciones de vaguadas.

Constituyen el Consejo de Administración de la Sociedad Hidroeléctrica de El Chorro: D. Jorge Silvela Loring, como presidente; el conde de los Gaitanes, como vicepresidente; el conde de Guadalhorce, como administrador delegado, y como vocales D. Agustín Silvela Corral, el conde de Mieres, el marqués de Casa-Loring, el marqués de Casa-Ximénez, D. Joaquín Benjumea y Burín, D. Ramón y don Jesús de Ussía y Cubas, D. Ramón Díez de Ulzurún, D. Jaime Milans del Bosch, D. Julio Heredia Loring y D. Víctor Urrutia y Usaola.

Hierros * Vigas * Chapas * Ferretería

Materiales de construcción-Maquinaria

:: :: Herraduras y clavos herrar :: ::

Domingo Izurrátegui

Cuarteles, 31 y 33, y Salitre, 10

MALAGA

Vda. de Fernando Rosado

AGENCIA DE ADUANAS
Y COMISIONISTA DE TRÁNSITO

Casa fundada en 1870

Alameda de Alfonso XIII, núm. 11

MALAGA

EMPRESA GENERAL DE CONSTRUCCIONES

(S. A.)

CASA CENTRAL:

MADRID: Caballero de Gracia, 34

SUCURSALES:

BARCELONA: Gran Vía Layetana, 20

SEVILLA ... Reina Mercedes, 3

MALAGA ... Avenida de Carlos Haes, 6

Dirección telegráfica y telefónica (Casa Central y Sucursales):

— ALARIFE —

HIERROS, CHAPAS, HERRADURAS,
MATERIALES DE CONSTRUCCIÓN,
CEMENTOS, FERRETERÍA, LOZA,
CRISTAL, MATERIAL ELÉCTRICO,
ARTÍCULOS SANITARIOS, TUBERÍAS,
ETC., ETC.

Hijos de D. Izurrátegui y C.^o

Casa Central: MALAGA, Plaza Arriola, 20

Sucursal: JAEN, Bernabé Soriano, 38

REINA VICTORIA HOTEL

ESTABLECIMIENTO DE PRIMER ORDEN

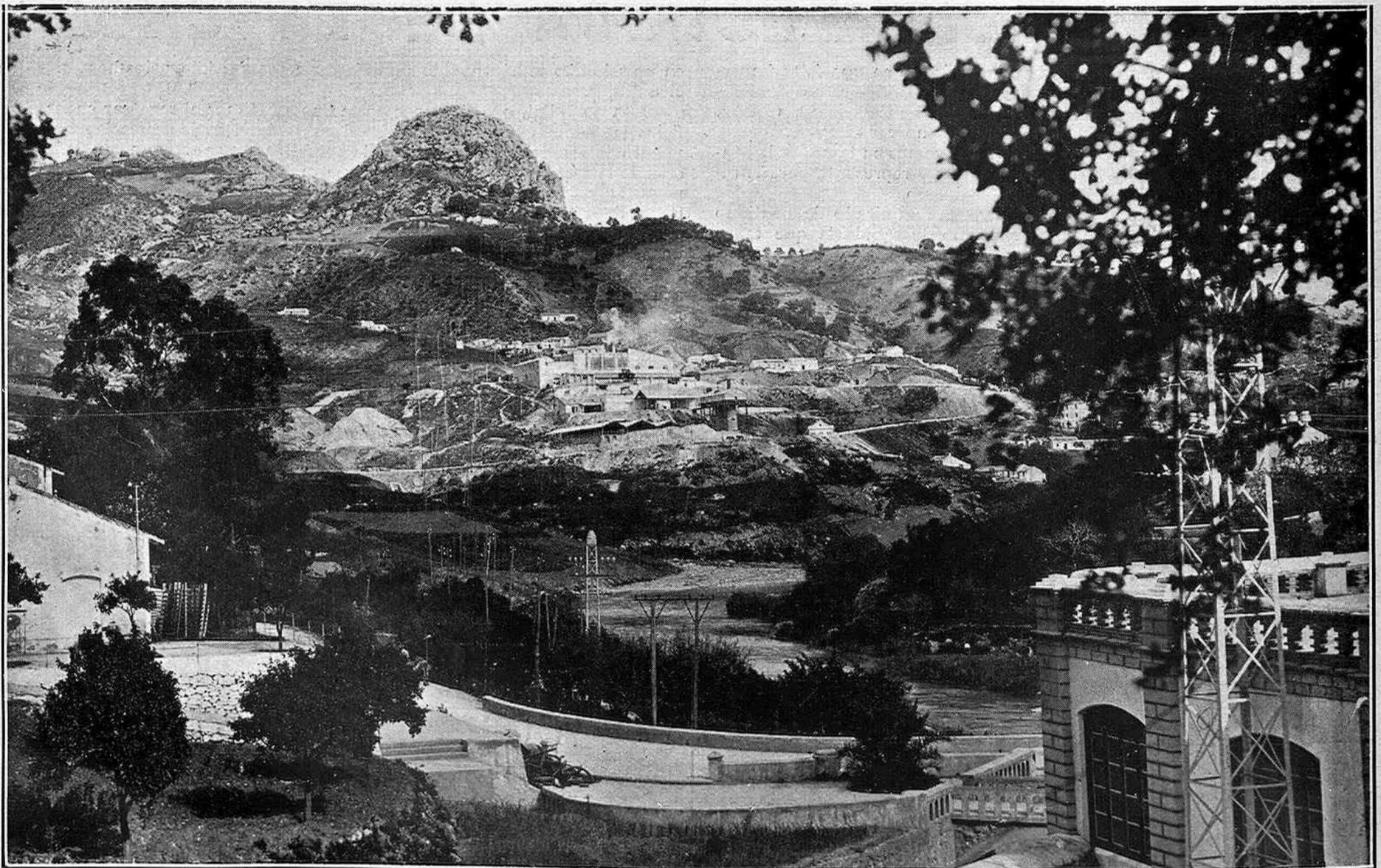
HOTEL NIZA

RECIENTEMENTE REFORMADO

DIRECTOR PROPIETARIO:

DON BALDOMERO MÉNDEZ

MALAGA



Vista panorámica de El Chorro, uno de los sitios más pintorescos de Málaga, donde está el pantano de Guadalhorce, magnífica y admirada obra de ingeniería
(Fot. Díaz Casariego)